

XII

FORO HISPANO BRITÁNICO

EN EL BICENTENARIO DE 1808.
LA ALIANZA HISPANO BRITÁNICA
FRENTE A NAPOLEÓN
Y SUS CONSECUENCIAS
EN AMBOS REINOS

M A D R I D

25 DE NOVIEMBRE DE 2008



Fundación Hispano Británica

Esta monografía recoge las ponencias e intervenciones del XII Foro Hispano Británico que, organizado por la Fundación Hispano Británica sobre el tema «En el bicentenario de 1808. La alianza hispano británica frente a Napoleón y sus consecuencias en ambos reinos», se celebró en Madrid el día 25 de noviembre de 2008, en la Representación en España de la Comisión Europea.

La Fundación Hispano Británica desea expresar su agradecimiento
a las siguientes instituciones y empresas



BRITISH EMBASSY



COMISIÓN EUROPEA
Representación en España



S U M A R I O

1ª SESIÓN - SESIÓN INAUGURAL

PRESENTACIÓN DEL FORO

D. Felipe de la Morena	11
------------------------	----

INTERVENCIONES

D. José Luis González Vallvé	17
D. Fernando García de Cortázar	19
Mrs. Denise Holt, CMG	33
D. Guillermo Corral van Damme	39

2ª SESIÓN

INTERVENCIONES

D. Juan Durán-Loriga	45
Prof. Charles J. Esdaile	59
D. Jesús Maroto	77

3ª SESIÓN

INTERVENCIONES

Mr. Tom Burns Marañón	111
Dr. José Álvarez Junco	123
Dr. Carlos Rodríguez Braun	129

1.^a SESIÓN

RAZONES DE ESTA CONMEMORACIÓN

PRESENTACIÓN DEL FORO

Don Felipe de la Morena

EMBAJADOR DE ESPAÑA
PRESIDENTE DE LA FUNDACIÓN HISPANO BRITÁNICA

Alteza Real, Señoras, señores, queridos amigos:

Honráis de nuevo, Señora, con Vuestra presencia a nuestra Fundación, al presidir esta primera sesión del XII Foro Hispano Británico. Valoramos ello como muestra del conocido interés de la Corona por todas las actividades relacionadas con la cultura y de Vuestra propia y personal atención y la de Vuestro esposo, don Carlos Zurita, para con la Fundación Hispano Británica.

El comienzo de este XII Foro me parece también momento apropiado para destacar el acierto del fundador, el doctor Roger Fry, al constituir esta Fundación dedicada al acercamiento de españoles y británicos a través de la acción cultural.

En este XII Foro Hispano Británico que celebramos en el bicentenario de 1808 nos proponemos examinar algunos aspectos concretos de aquellos hechos históricos y de sus consecuencias más relevantes. Para ello hemos invitado, como siempre hacemos, a ilustres personalidades españolas y británicas, a quienes deseo expresar mi agradecimiento y el de la Fundación Hispano Británica por el interés con que han acogido nuestra invitación para intervenir en este Foro.

Los trabajos del Foro los desarrollaremos en tres sesiones sucesivas.

En esta primera sesión intervendrá don José Luis González Vallvé, director de la Representación en España de la Comisión Europea, que en su calidad de anfitrión nos dará la bienvenida a esta casa y a quien agradezco muy efusivamente

su colaboración con nuestra Fundación. El tema de este año tiene, por cierto, una especial relevancia no sólo para España y el Reino Unido sino para toda la Unión Europea, al contemplar un hecho histórico, como fueron las invasiones napoleónicas, que dividieron a Europa en su momento pero que supusieron también, tras la victoria sobre Napoleón, el comienzo de la implantación de ideas de modernidad y libertad y el fin del Antiguo Régimen. ¡Cuánto camino recorrido desde entonces en nuestra querida Europa!

Para explicarnos las razones de la conmemoración de este bicentenario de 1808 hablará don Guillermo Corral van Damme, actual director general de Política e Industrias Culturales del Ministerio de Cultura y diplomático que ha desempeñado responsabilidades importantes en la Unión Europea, en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en diversos países. El Ministerio de Cultura viene prestando su apoyo a los Foros Hispano Británicos, por lo que deseo dejar aquí constancia del agradecimiento de la Fundación por su patrocinio.

A continuación lo hará don Fernando García de Cortázar, director de la Fundación Dos de Mayo. Nación y Libertad, premio Nacional de Historia 2008 y gran divulgador de temas históricos no sólo a través de sus 43 libros publicados sino mediante artículos de prensa, series de televisión, etc., y cuya actividad, al frente de la fundación que dirige, está siendo verdaderamente notable. Él enunciará algunas claves fundamentales de la celebración de este bicentenario. Es bien conocida su tesis de que una conmemoración histórica debe ser un recuerdo imparcial y revelador de una situación histórica determinada que nos enseñe y nos prepare para el futuro. Esperamos con interés sus juicios y apreciaciones sobre los hechos acaecidos a partir de 1808.

Esta primera sesión terminará con una intervención de la embajadora británica en Madrid, Mrs. Denise Holt, quien nos ofrecerá una visión británica sobre los acontecimientos históricos que conmemoramos. Estoy seguro de que comparten ustedes conmigo el interés por conocer sus reflexiones. Como es bien sabido, la historiografía española y británica sobre estos hechos no es coincidente, por decir lo menos. Para los españoles se trata de una guerra de independencia contra un invasor, de un levantamiento popular de un pueblo en armas, camino hacia la libertad. En cambio, para los británicos fue «The Peninsular War», en que tantos jóvenes británicos murieron en defensa de unos ideales y

en lucha contra quien pretendía imponer su hegemonía en Europa que Gran Bretaña no podía aceptar. Al final, Napoleón sería definitivamente derrotado en Waterloo por el duque de Wellington, el general que lo había vencido antes en España.

La segunda sesión la vamos a dedicar al examen de los hechos históricos que nos ocupan y a las diferentes interpretaciones que se han dado de estos hechos en España y en el Reino Unido.

Para ello hemos pedido al embajador don Juan Durán-Loriga, diplomático, embajador en Francia y Alemania, entre otras importantes misiones, y escritor cuyos libros nos dan siempre una visión profunda y precisa de los temas que trata, que nos hable sobre la diversidad de interpretaciones históricas que provocaron hechos tan heterogéneos como fueron el levantamiento popular, las guerrillas, las intervenciones del ejército regular español o la muy importante participación del ejército expedicionario británico bajo el mando del duque de Wellington, así como las actividades de las Juntas Supremas locales, de la Junta Central y finalmente de la Regencia.

Hemos invitado también al profesor Charles Esdaile, catedrático de Historia de la Universidad de Liverpool, escritor e investigador, que ha estudiado con tanto interés y dedicación «The Peninsular War», quien nos dará su visión sobre la aportación británica a esta guerra contra la invasión napoleónica en España. Aportación no siempre lo suficientemente valorada por los historiadores españoles, que han practicado lo que me atrevería a denominar un ejercicio de incomprensión recíproca a la desarrollada por escritores del Reino Unido que, por su parte, han ignorado en sus estudios la importancia del levantamiento popular o de las actuaciones de las partidas de guerrilleros que tanto daño hicieron al ejército francés, destacando, en cambio, las dificultades habidas con los ejércitos españoles, cuyos generales, por otra parte, trataban de evitar que la invasión de los franceses fuera sustituida por la de los británicos, lo que añadió un motivo de incomprensiones y recelos entre los aliados. El profesor Esdaile se caracteriza por haber estudiado esta difícil situación con minuciosidad y rigor.

Continuando con el examen de los hechos, don Jesús Maroto, miembro de la Junta Directiva del Foro para el Estudio de la Historia Militar de España, especialista y autor de libros y publicaciones de gran interés sobre nuestra

guerra de independencia contra Napoleón, expondrá las dificultades y problemas militares, políticos y diplomáticos que tuvieron que afrontar los actores de estos acontecimientos, comenzando por la distinta visión que tuvieron de la guerra españoles y británicos. Si para los españoles se trataba ante todo de hacer frente y expulsar al invasor francés, para los británicos era una guerra expedicionaria que se desarrollaba en suelo español contra los ejércitos de Napoleón, que pretendían imponer su hegemonía en todo el continente europeo. A lo dicho anteriormente hay que añadir la diferente visión de objetivos políticos, entre partidarios de la situación anterior y quienes, además de expulsar al invasor, pretendían conseguir una nueva realidad nacional que supusiera el fin del Antiguo Régimen, lo que llevaría a las Cortes de Cádiz a la elaboración de la Constitución de 1812.

Quizás el mejor epílogo sobre los hechos de aquella guerra lo escribió el propio Napoleón en su memorial de Santa Elena, memorial que es a la vez una confesión de errores propios y un reconocimiento hacia los españoles que, según sus palabras, habían sabido comportarse con honor.

La tercera sesión, la dedicaremos a estudiar algunas consecuencias concretas de aquella situación que se inició en 1808 y que significó un cambio en el curso de la historia. Respecto a España, nos centraremos en la importancia de las ideas liberales que llevaron a la Constitución del 12 y al predominio del pensamiento liberal en los economistas españoles. En cuanto al Reino Unido, se examinará el nuevo interés que en aquel país despertó España tras «The Peninsular War».

La intervención de don José Álvarez Junco, catedrático de Historia de las Ideas Políticas y de los Movimientos Sociales de la Universidad Complutense de Madrid, que ha dirigido cursos en múltiples universidades (Tufts, Harvard, la Sorbona, México, Oxford o Padua) y ha sido director del Instituto de Estudios Políticos y Constitucionales de España, versará sobre los orígenes del liberalismo español y la Constitución de 1812.

Don Carlos Rodríguez Braun, catedrático de Historia del Pensamiento Económico de la Universidad Complutense, autor de una docena de libros centrados en el pensamiento económico liberal, estudiará el pensamiento liberal británico y su influencia en los economistas españoles. La materia es amplia pues muchos fueron los economistas españoles que ya en el siglo XVIII estudiaron

con dedicación las nuevas ideas provenientes de las islas británicas; recordemos a Jovellanos o Campomanes. Pero, sobre todo, fue en el primer tercio del siglo XIX cuando se intensificó la relación de economistas británicos y españoles por la presencia en Londres de los economistas exiliados de España; bastaría para ello citar a un Flores Estrada o a Canga Argüelles.

Finalmente, el señor Tom Burns, brillante escritor que ha estudiado en profundidad la realidad histórica actual de España en sus múltiples libros publicados y periodista que ha trabajado y trabaja con importantes cadenas de periódicos, tanto europeas como americanas, nos expondrá ese interés específico que la guerra provocó en el Reino Unido y que llevó a una verdadera irrupción de la realidad histórico-político-cultural de España en el pensamiento y en la sociedad británica, aunque esto se iniciara a través de esa España «inventada» por un George Borrow o un Richard Ford.

Tras las sesiones se abrirán coloquios entre los miembros de la mesa sobre los temas tratados, coloquios en los que podrán participar quienes lo deseen.

Termino mis palabras haciendo extensivo mi agradecimiento y el de la Fundación, además de a todos los participantes, a cuantas instituciones y empresas han colaborado para hacer posible este Foro: la Dirección General de Política e Industrias Culturales del Ministerio de Cultura, la Embajada Británica, la Representación en España de la Comisión Europea, la Fundación Barclays, el Bland Group, el Grupo BP España, Gómez-Acebo & Pombo Abogados y el King's Group.

E igualmente mi agradecimiento a todos ustedes, señoras y señores, por vuestra presencia.

Muchas gracias.

BIENVENIDA

Don José Luis González Vallvé

DIRECTOR DE LA REPRESENTACIÓN EN ESPAÑA DE LA COMISIÓN EUROPEA

Alteza Real, señor duque, señora embajadora, señor director general, señor director, señor presidente de la Fundación Hispano Británica, señoras y señores. Muy buenas tardes.

También para mí es un honor y un placer acoger en esta casa de Europa esta XII edición del Foro Hispano Británico, que, además en esta ocasión, se dedica a tema tan sugerente como «El bicentenario de 1808. La alianza hispano-británica frente a Napoleón y sus consecuencias en ambos reinos». Permítanme que, a modo de aperitivo magro para alguien que no es experto en absoluto de los temas que con profundidad se van a tratar, traiga a colación dos reflexiones que me vienen a la mente esta tarde.

La primera es que quién les iba a decir a aquellas personas que hace doscientos años se dejaron la vida aquí cerquita que, doscientos años después, españoles, franceses y británicos, y muchos más, íbamos a estar tranquilamente hablando de ese asunto aquí esta tarde. Y la segunda es que, repasando brevemente antes de llegar aquí, he visto que uno de los afanes que tuvo el hermano del emperador francés fue el intentar imponer en España una moneda con la cara de la efigie del emperador. Y también me ha venido a la mente el pensar que quién le iba a decir a aquel rey, que tan vanamente intentó ese esfuerzo, que hoy también muchos de los que estamos aquí, y a lo mejor dentro de no mucho otros, llevamos en el bolsillo una moneda común que se llama euro. ¡Cómo han cambiado las cosas en doscientos años!

Bienvenida

Nada más, a modo de aperitivo magro, como les decía, para alguien que no es experto en estos temas, les reitero mi bienvenida, les doy las gracias por su asistencia y les deseo una feliz sesión.

Muchas gracias.

CLAVES DE UN BICENTENARIO

Don Fernando García de Cortázar

DIRECTOR DE LA FUNDACION DOS DE MAYO. NACIÓN Y LIBERTAD

No hace falta acudir a las últimas películas de Clint Eastwood sobre la guerra en el Pacífico entre Japón y Estados Unidos para saber que con la conmemoración de ciertos acontecimientos históricos se ha perseguido, más de una vez, una parcial y placentera amnesia, un recuerdo a tono con los prejuicios y modas ideológicas del tiempo presente. Ha ocurrido así demasiadas veces como para ignorarlo: al abrigo de sombras, los monumentos, los cenotafios, los centenarios pueden decir «para que no recordemos» y no «para que recordemos». No «para que comprendamos».

Como historiador, siempre he desconfiado de las jornadas heroicas fabricadas o simuladas por los gobiernos, porque a menudo no discriminan con honradez sino que lanzan hurras con grosería, y no tienen en cuenta el simple heroísmo de una acción más que en la medida en que va conectado con un evidente beneficio publicitario. Sin embargo, el bicentenario del dos de mayo y de la guerra de la Independencia es una buena oportunidad para recordar el tortuoso itinerario que los derechos individuales de los españoles iban a recorrer hasta la actualidad de nuestra Constitución. Es una ocasión propicia para reivindicar la nación como un gran acuerdo entre ciudadanos, especialmente para aceptar sus diferencias, su diversidad. Y para subrayar que la historia de España pertenece a la historia de Europa mucho antes de la entrada en la Comunidad europea o del euro y a la de América con siglos de antelación a las cumbres iberoamericanas. También para insistir en que la libertad es preciosa como el agua, y como ésta, si no se guarda, se derrama, se escapa y disipa. Un político de aquella época y

padre de la Constitución de 1812, Agustín Argüelles, lo supo decir con proféticas palabras: «Vuelvo a repetirlo, señor: un Estado se pierde igualmente entregándolo al enemigo o equivocando los medios de salvarlo».

El dos de mayo de 1808, un espectador profético de la carga del mameluco sobre la multitud que responde al arma blanca, hubiera visto que multitudes de apariencias futuras acompañaban al pueblo madrileño en su inmenso clamor de *dies irae* contra el invasor francés: la sombra del guerrillero y el orador de las Cortes de Cádiz, la joven Alemania que escolta a gritos las palabras del profesor Fichte —«Se suspenderá el curso hasta el final de la campaña; lo retomaremos en nuestra patria liberada, o moriremos para reconquistar la libertad»— y el derrumbamiento de José Bonaparte en Vitoria, y la mirada victoriosa del orgulloso duque de Wellington posando para Goya, el paso apresurado de Simón Bolívar, que ya empieza a alzarse en el horizonte, y la independencia de las posesiones americanas, el pistoletazo del suicida Larra, la desolación de la quimera del Torrijos pintado por Gisbert y cantado por Espronceda y las guerras carlistas que habrían de convertir el mapa de España en el plan estratégico de una batalla sin fin. El horror de estas contiendas civiles lo había anticipado Jovellanos en 1810, cuando huía de los ejércitos franceses que avanzaban por la Península y ya anciano veía acercársele la muerte:

Tú, ¡oh amada patria!, yo lo pronostico, también perecerás no por los esfuerzos del bárbaro tirano que devasta tus pueblos sino por los de los hijos ingratos que destrozan tus entrañas!

Como la nación en armas francesa el año 1792, los españoles, en masa, en 1808. Porque es ahora, en mayo de 1808, cuando el pueblo real, el pueblo llano, generoso, verdadero, terrible y admirable, se adelanta al primer plano de la historia y se empeña en actuar de altavoz y protagonista. Es ahora, frente a unas instituciones sumisas a los dictados del invasor, un ejército que abandona a los pocos oficiales unidos al arrebato pasional de los ciudadanos, una larga nómina de intelectuales que confía en las tropas imperiales y en un rey de dinastía napoleónica para la prolongación del despotismo ilustrado, y una burocracia y unos monarcas entregados a Napoleón, cuando pasa por la Península Ibérica entera, estremeciéndola, el grito colectivo, coral, arrebato y memorable izado por el pueblo madrileño.

Las naciones, pregonaban los poetas, tenían vida propia y todo era cuestión de despertarles el alma ante el tirano. Es lo que sucedió en Madrid el dos de mayo de 1808. La ira del pueblo madrileño hizo avanzar la historia de España en pocos años, de tal forma que la rebelión popular contra el ejército francés habría de convertirse en una insurrección nacional contra la tiranía, por obra de los diputados de las Cortes de Cádiz. «¿Paz, paz con los tiranos? Guerra eterna», decía Martínez de la Rosa convencido de que la guerra contra el invasor francés o traía el final del absolutismo o no era guerra. «¿Patria no existe donde sólo hay opresos y opresores», escribía un jovencísimo duque de Rivas.

La fecha del dos de mayo tiene, en sí misma, algo de bella bandera izada en primavera, cuando florecen los parques de las ciudades y revientan las flores buscando un cielo nuevo. Junto al despertar de la nación, la jornada madrileña trae la memoria de lo que a nosotros, dentro de España, a menudo se nos olvida, el recuerdo de una hazaña colectiva que asombró a Europa, que iluminó con su furia no sólo nuestro país, desbarajustado por el secuestro de sus reyes, sino también todo un continente acobardado que siguiendo el ejemplo del alzamiento madrileño iba a oponerse, hasta derrotarlo, al todopoderoso Napoleón.

«Las guerras de España —apunta el historiador francés Edouard Guillon— fueron las más largas, las más difíciles y las más dramáticas del primer Imperio... Al cruzar los Pirineos entramos en el país de la aventura. Batallas, sitios, emboscadas, historias de mujeres, de monjes, el hambre y la sed, el degüello y el asesinato... todo muy diferente a la monótona Alemania que tantas veces habíamos atravesado... Las otras guerras pertenecen a la historia, pero las de España parecen pertenecer a la ficción».

Para el gran teórico de la estrategia Karl von Clausewitz, la excepcionalidad de la guerra peninsular viene también dada por ser la primera «guerra total» o guerra popular prolongada de la historia contemporánea. Y en esa contienda la guerrilla representó un elemento de primer orden. Fue un tipo de lucha —lo recuerda Fernando Martínez Laínes— con participación activa de la población civil, sin límite temporal o de espacio, en el que vanguardia y retaguardia se fundieron en un escenario bélico global. Esta guerra generalizada, de frentes indefinidos, anticipó las guerras de liberación nacional que se produjeron en el siglo XX y revolucionaron el mapa del tercer mundo.

En los momentos culminantes de la guerra llegó a haber casi 50.000 guerrilleros, una alta cifra que sólo se explica teniendo en cuenta el alcance de la resistencia popular a la invasión francesa. La guerrilla presupone el carácter nacional de la guerra —dice el historiador Miguel Artola— y manifiesta la colaboración plena del pueblo, sin la cual los guerrilleros estarían condenados a un rápido exterminio. El conde de Toreno, en su clásica obra *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España*, asegura que había guerrillas «en cada provincia, en cada comarca, en cada rincón», y algunas contaban con varios miles de hombres. Las guerrillas —anota en julio de 1810 en un despacho el embajador francés, conde de Laforest— aparecen por todas partes como enjambres y parecen dar muestra de mayor intrepidez conforme transcurre el tiempo

La guerra de la Independencia sería el aldabonazo para que la negra e inculta España de la leyenda europea se transformara en la heroica y pionera España de los poetas, el país ardiente y exótico de Carmen. «Gloria a los invencibles españoles», cantará Turguénev desde Rusia evocando el recuerdo heredado de la guerra de la Independencia. «Un pueblo glorioso vibraba de nuevo», escribirá Shelley con motivo de la revolución de Riego...

Un pueblo glorioso vibraba de nuevo
iluminando las naciones: la Libertad
de corazón a corazón, de torre a torre, sobre España
esparciendo un fuego contagioso en el cielo
brillaba...

Versos los de Shelley que encendieron de utopías el corazón de toda una generación inglesa, compañera de viaje de Torrijos y Espoz y Mina y precursora del ardor guerrero que en el siglo XX llevaría a otros ingleses —poetas, intelectuales, obreros...— a luchar y morir en la España de la guerra civil.

Como la nación en armas francesa el año 1792, los españoles, en masa, en 1808. Porque es ahora, el dos mayo de 1808, cuando el pueblo real, el pueblo llano, terrible y admirable, bestial y generoso, gigantesco y verdadero se adelanta al primer plano de la historia y se empeña en actuar de altavoz y protagonista. Los madrileños no aguantan más la presencia de los soldados franceses en sus calles, sus aires de superioridad de matones endomingados... y explotan.

La ciudad despierta el dos de mayo, con los rumores de que los últimos infantes que aún no se habían trasladado a Francia a requerimiento de Napoleón, estaban abandonando el palacio real, ante el cual grupos de exaltados se congregan con ánimo de indagar qué estaba sucediendo. «¡Traición! ¡Traición! Nos han llevado al rey y se nos quieren llevar a todas las personas reales. ¡Mueran los franceses!», fue el grito de uno de los arremolinados. «¡Vasallos!, ¡a las armas!», la voz airada de otro. Un piquete de veinte soldados franceses dispara contra el griterío y causa las primeras víctimas y los primeros héroes. Comienza la lucha callejera y Madrid es puro pueblo desnudo que acomete a cuchillo y piedras a los soldados franceses. Los capitanes Luis Daoíz y Pedro Velarde se conjuran en el parque de artillería de Montealeón: «Perdida está España, pero tú y yo moriremos por ella». El general Murat reprime la revuelta fusilando a centenares de paisanos, y Goya, excepcional reportero gráfico de guerra, nos muestra la realidad más profunda y estremecedora de aquella jornada histórica. El bando firmado por Andrés Torrejón, alcalde de Móstoles, que en la versión reducida dice «La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid a salvarla», resulta tan impresionante, gráfico y vivo como ayer. Tanto que entre sus líneas aún parecen saltar los puñales del pueblo español a la garganta de los soldados franceses.

Todos conocemos las visiones goyescas del motín madrileño. Los hombres que apuñalan y vuelven a apuñalar, los sablazos del mameluco sorprendido por la resoplante furia de una multitud que responde al arma blanca, los caballos retorciéndose aterrados, avanzando a trompicones entre gritos y ruinas sangui-nolentas, en medio de sombras que se arriman para cortarles los ijares a navajazos... Y después, el fusilado que se yergue con los dos brazos en alto, la luz amarilla del farol en la camisa blanca, grotesco y sublime, anónimo e inmortal, símbolo y pesadilla del pueblo pululante y alucinado, de los chisperos, majas, lechuguinos, artesanos, toreros, soldados, frailes, beatas, rameras y pordioseros que se agitan y retuercen en la jornada histórica de 1808. Todo eso nos pasa por los ojos con un escalofrío de punzante lejanía siempre que nos detenemos ante los dos famosos cuadros de Goya: *El dos de mayo de 1808 en Madrid* y *El tres de mayo de 1808 en Madrid*.

Tras la explosión popular del dos de mayo, tras el aullido nocturno de los fusilados, la noticia de la perfidia francesa se extiende por todos los rincones

del país y la sublevación contra el invasor prende en una respuesta común que hermana las regiones españolas, rompiendo las viejas barreras históricas y culturales. Las campanas tocan a degüello; España se precipita en una contienda brutal, en la primera guerra de liberación de Europa, cuya prolongación y dureza cristalizaría en el ímpetu constitucional de Cádiz y en la definición de España como nación.

Llamarada de cólera, el levantamiento del dos de mayo flota sobre la deserción de Fernando VII, primero de los napoleónicos españoles, y enciende la mecha de la guerra de la Independencia, seísmo patriótico, nacional, que subleva a la vieja España contra el ejército imperial. Lo sabe ver a tiempo el mismo Jovellanos, que se resiste a seguir las ofertas de sus amigos afrancesados para unirse a la corte de José Bonaparte y comprende un porvenir donde el pueblo español exigirá ya el nombre de nación:

«La nación se ha declarado generalmente y se ha declarado con una energía igual al horror que concibió al verse tan cruelmente engañada y escarnecida... Por eso dije a Vmd [el afrancesado Azanza] y le repito, que la guerra civil era inevitable. Esto tienen que reflexionar ustedes y todos los que en tiempos tan desdichados tienen la desgracia de mandar, y pues el gran problema de si convenía inclinar la cerviz o levantarla está ya resuelto, resolver otro que aún queda en pie. ¿Es por ventura mejor una división que arma una parte de la nación contra el todo, para hacer su opresión más segura y sangrienta, o una reunión general y estrecha que hará el trance dudoso y tal vez ofrecerá alguna esperanza de salvación?».

Lo ve igualmente Stendhal, ya pasado el tiempo, cuando escribe su *Vida de Napoleón*: «España ofreció de pronto un espectáculo semejante al de Francia cuando se llenó de gente que deliberaba sobre los peligros de la patria». Y mucho antes el propio Napoleón, que se reprocharía haber presentado la empresa española como una descarada conquista «al desnudo», y que en el crepúsculo de la derrota se repite a sí mismo: «La inmoralidad debió de mostrarse de manera demasiado patente, la injusticia de manera demasiado cínica». «Los españoles, en masa —reconoce en el memorial de Santa Elena— se portaron como un hombre de honor».

La guerra de la Independencia hubiera sido inconcebible sin una etapa previa de «nacionalización» de la sociedad española llevada a cabo por los ilus-

trados. Las referencias a un carácter nacional determinado por la geografía, el clima, la historia o las costumbres —lo recuerda Tomás Pérez Vejo— son muy frecuentes entre los ilustrados españoles. Si ya en el último cuarto del siglo XVII el conde de Fernán Núñez había utilizado la expresión «el genio de la nación», avanzada la siguiente centuria proliferaron conceptos semejantes en los escritores de la Ilustración. A partir de entonces, términos como España o Francia asumen una forma nacional y empieza a perfilarse una imagen política de esos países que se superpone a la idea unos territorios cuyo único vínculo era el ser súbditos de un mismo rey.

Por supuesto, el dos de mayo de 1808 tiene también algo de temible, hasta de absolutista. La atmósfera de cataclismo da miedo a las personas moderadas, que recelan de un pueblo exhortado desde los púlpitos a guerrear «las guerras del señor, contra sus enemigos los franceses libres». Los tedeum y las persecuciones de la España de Fernando VII, donde el pueblo rechaza su identidad política, recién descubierta, y vuelve a la pasividad del pasado despótico, entre vivas al Rey Deseado que reviven las cadenas y fusilamientos de Torrijos, pueden devolvernos también a los lugares comunes más gastados por aquellos victimistas que todavía hoy nos aburren subrayando la vocación cainita del español, diciéndonos que no hay peor enemigo del español —y de lo español— que el español mismo. Ya se sabe, la Inquisición, la sangre caliente, la intolerancia, los frailes, la predisposición a matarnos los unos a los otros...

Pero junto a la evocación de un episodio nacional que asombró al mundo, en el segundo centenario del dos de mayo quizá convendría también poner de relieve que las pasiones sectarias enfrentadas no son ni han sido nunca exclusivas de nuestro país. ¿Fue más civilizada en sus luchas políticas la Francia de Robespierre y Napoleón que la España de Carlos IV y la guerra de la Independencia cuando el primero cortaba las cabezas de sus compatriotas y el segundo hacía cargar sobre media Europa unos sufrimientos como si fueran un tributo que le era debido? ¿Acaso los príncipes de Alemania no faltaron igualmente a las promesas cultivadas por los poetas durante la lucha contra Napoleón y los hijos de las musas no fueron mandados también a los calabozos en pago por su abnegación y su noble credulidad?

Si el «progreso» estaba representado por los soldados franceses que mataban, robaban y violaban en España, muchos pensaron que se trataba de un

progreso diabólico que debía ser combatido. Por otro lado, el Napoleón de 1808 no es ya el representante de las Luces de la Revolución francesa sino el emperador hegemónico, borracho de victorias y usurpador de reinos y regiones. Es el guerrero imperialista que decide invadir España, no para iluminarla con el resplandor de la Enciclopedia, sino para esquilmarla, como se quejaba su mismo hermano José I.

No se trata de comparar horrores, pero sí de poner un poco las cosas en su dimensión histórica, y de no aceptar esa mirada desdeñosa hacia nuestro pasado y ese deleite fatalista y no poco masoquista que condena la España nacida del dos de mayo a la negrura de la reacción más grotesca. El bicentenario del dos de mayo puede servirnos también para recuperar la reflexión nacional de la historia de España, sin pesimismo, sin llanto. Nos ha hecho mucho daño a los españoles, la historia que nos han contado de decadencia y naufragios, el réquiem que asciende por los reinos de los Austrias al caer el siglo XVI y encadena la nación liberal del XIX hasta asfixiarla despiadadamente.

Todo lo relativo al dos de mayo es materia épica, materia de esa parte del sueño que nutre la memoria colectiva de los pueblos, pero entre el paso sonoro de los coraceros y los dragones imperiales, entre las descargas de fusilería de quienes disparan sobre la siniestra escenografía de los paredones enrojecidos por la sangre, tras aquel estremecimiento antifrancés en el espinazo de España hay también un lugar para otro sueño poblado de no menos quimeras del sentimiento. La revolución liberal. La nación, que nace progresista en 1812, y cuya gran cohesión en la guerra de la Independencia demuestra que ya palpitaba ahí en el siglo XVIII, latente, gestándose en el discurso de los reformistas del despotismo ilustrado y de los hombres de letras y de acción de la generación de Quintana y Marchena, hechizados por el ejemplo de la Revolución francesa.

Porque si tras el levantamiento madrileño la movilización partió de la Iglesia y de la nobleza en defensa de sus prerrogativas, la prolongación de la guerra favoreció la obra de los jóvenes jacobinos que se habían unido al pueblo contra el invasor francés y dejado de lado a los afrancesados de la corte de José Bonaparte. Para entonces, la dinámica de la guerra contra un ejército extranjero había hecho surgir un creciente sentimiento de unidad entre los habitantes y territorios de España, un anhelo de que «suceda el espíritu de nación al de provincia».

De los conde de Toreno, Argüelles, Flórez Estrada, Muñoz Torrero, Martínez de la Rosa... puede decirse lo que escribe La Forest del poeta Quintana: partidarios ardientes de la Convención, moderados admiradores del Directorio, enemigos jurados del Bonaparte del 18 de brumario. Tras ellos, que se rebelan por devenir algo nuevo y mejor que el Antiguo Régimen, amanece en Cádiz el sueño liberal del constitucionalismo y nace en España la promesa de una nación de ciudadanos iguales en derechos y deberes.

El Antiguo Régimen, decían los profetas liberales, limitaba con la ceniza. La utopía, repetían los héroes románticos, era la verdad del mañana. Hasta el último detalle quisieron regular los arquitectos de la Constitución de 1812, cuyo diseño de Estado unitario imponía los derechos de los españoles por encima de los históricos de cada reino. «Yo quiero —dice Muñoz Torrero durante los acalorados debates de Cádiz, certificando con su oratoria la urgente necesidad de una ordenación racional del territorio español— que nos acordemos que formamos una sola nación, y no un agregado de varias naciones».

Para satisfacer la recién proclamada igualdad de todos los ciudadanos, se necesitaba una burocracia centralizada, una fiscalidad común, un ejército nacional y un mercado liberado de la rémora de las aduanas interiores. Sobre estos cimientos y con los resortes administrativos del Estado, la burguesía construiría la nación española. Una utopía en el siglo XVIII, soñada sobre papel en 1812, hecha realidad a lo largo del XIX, y viva en el siglo XXI, no por supuestas identidades milenaristas sino por la voluntad democrática de sus habitantes de reconocer una historia común y una cultura sin imposición alguna.

Si Goya es el mejor reportero gráfico del levantamiento de 1808, Galdós es el más grande de sus cronistas. *Trafalgar* y *La corte de Carlos IV*, los dos primeros *Episodios Nacionales*, son el punto de partida de la meditación de Galdós sobre un pasado que avanza, tortuoso y al mismo tiempo el cervantino prólogo de los grandes acontecimientos históricos narrados enseguida: el motín de Aranjuez, el levantamiento del dos de mayo, las más importantes batallas de la guerra de la Independencia, la derrota final de los mariscales franceses, el regreso de Fernando VII. Benito Pérez Galdós poseyó el dominio pleno de aquella época, entendió la revolución liberal como un avance de las ciudades sobre el campo, y, en su retrato literario-histórico de una España habitada por

las quimeras del sentimiento y poseída por la discordia, quiso esculpir y hacer pedagogía del presente. Así, por ejemplo, en *El equipaje del rey José*:

«¡Oh si en el santo polvo a que se reduce la carne y los huesos de tantos hombres arrastrados a la muerte por el fanatismo y los rencores políticos quedase un resto de vida! ¡Cuántas íntimas reconciliaciones, cuántos tiernos reconocimientos, cuántos perdones no calentarían el seno helado de la fosa donde el insensato cuerpo nacional ha arrojado parte de sus miembros, como si le estorbasen para vivir!».

Todo el siglo XIX chisporrotea en la prosa llana, familiar, coloquial de los *Episodios*: revolución y reacción, progreso y tradición, rebeldía y resignación, fe y razón, dogma y sueño. Todo palpita en las páginas de este espejo móvil e incomparable de los usos políticos y sociales que atraviesan la España del siglo XIX, y de las fuerzas que la arremolinan. Todo permanece y nos aguarda. Sólo en las páginas de las *Novelas ejemplares* de Cervantes, en los cuadros de Velázquez y Goya, y en el abigarrado mundo de la novela picaresca del Siglo de Oro pueden el historiador y el lector encontrar esa plena verdad, esa mirada justa e implacable que el escritor canario emplea para describir las escenas de una nación que, al mismo tiempo, ha sabido vivir y soñar en la experiencia de la más angustiosa desventura.

Así mismo, pocas veces como en los acontecimientos históricos que van desde el descalabro de la flota hispano-francesa en Trafalgar al triunfo de Wellington en Arapiles estuvo tan cerca de ser plausible la homérica sentencia según la cual los héroes habían luchado con la exclusiva finalidad de que el poeta cantase un día sus combates. La propia existencia del personaje ascendente Gabriel Araceli, encarnación de los más nobles ideales de la burguesía liberal, cobra su plena justificación al narrar desde la vejez los hechos colectivos que él mismo personifica:

«Muchas cosas voy a contar. ¡Trafalgar, Bailén, Madrid, Zaragoza, Gerona, Arapiles!... De todo diré alguna cosa si no os falta la paciencia. Mi relato no será tan bello como debiera, pero haré todo lo posible para que sea verdadero».

La historia, nos dicen ya Tucídides y Tácito, arroja luz sobre el presente, y en su aspecto biográfico, como tempranamente nos descubren Suetonio y Plutarco, sobre la condición humana. Los centenarios son temibles, pero al mismo tiempo, si se evita maquillar los hechos, si no se manipulan para fortalecer el

victimismo, el narcisismo de una opción política o los prejuicios de la época en que vivimos, pueden servirnos para mirar cara a cara el pasado y no quedar prisioneros del mismo, para comprender el presente que habitamos, para recordar las destructivas consecuencias de los fanatismos ideológicos...Y sobre todo, para restituir a lo que fue su dimensión humana, precaria, compleja...

El rey intruso José I hubiera querido crearse una legitimidad sin mácula, asistir al nacimiento de un país nuevo, como se había complacido en soñarlo el afrancesado Moratín cuando escuchaba los esperanzados discursos de Meléndez Valdés. Hubiera querido gobernar y pelear menos. Porque la idea de que un gobierno fundado sólo sobre el sable y la victoria cae siempre a la primera derrota, era algo que su hermano Napoleón, consciente de su fuerza, podía obviar. No así él, José Bonaparte, a quien un decreto imperial había entregado la corona de España y sus Indias el cuatro de junio de 1808 y que en 1813, obedeciendo al emperador, que le mandaba ponerse al frente del ejército de ocupación, salía de la capital madrileña rumbo a Valladolid. Las tropas de Wellington no tardarían en arrojarle para siempre de la Península Ibérica.

¿Era esto, era esto la historia? Contrariado al tener que gobernar a golpe de bayoneta, el hermano mayor de los Bonaparte encontró poco amor entre sus súbditos españoles y aún menos justicia en la posteridad. A los fieles absolutistas de Fernando VII les empieza a brotar bilis de la pluma con tan sólo escribir su nombre. Para golpear al invasor, tenían que atacar al rey impuesto por la Francia imperial. Tirano, intruso, vil alma de bayoneta, mujeriego... Todos los vicios, toda la depravación moral, todas las formas de perversidad le fueron atribuidas sin vacilar en periódicos, folletos y pasquines. Marea de voces, en el boca oreja del pueblo se le pinta borracho, se le llama Pepillo, Pepe Botella, Rey de Copas o Pepe Plazuelas. Con Napoleón revelando al mundo que los reyes son revocables y los pueblos divisibles hasta el infinito, la imagen que el ilustrado José proyecta a los españoles al ocupar los salones del palacio real es la grotesca imagen de un maniquí, la sombra de un jactancioso inútil y un figurante de poca monta, adicto a los placeres y al lujo. Jovellanos, que no le trató y le rechazó la cartera de Justicia, sólo ve en él a un conquistador. Llorente, afrancesado por pragmatismo político y cálculo personal, se limitará a recordar su carácter afable y clemente. Tampoco el dramaturgo Moratín, que nutrió sus filas y fue adicto hasta el destierro al espejismo de su reinado, se preocupó de indagar en su carácter.

Ni siquiera en sus compatriotas franceses hallaría justicia el mayor de los Bonaparte. Como una marioneta quiso emplearle Napoleón, que le consideró siempre fantasioso y pusilánime, un rey de levita hechizado por la vida palaciega a la que se había acostumbrado en Nápoles y cautivado por la idea de hacerse querer en lugar de gobernar con el vigor de un príncipe francés. «Le he encontrado mal —dirá el emperador después de la derrota de Bailén, después de entrevistarse con él y sus ministros españoles en Vitoria—, se ha vuelto completamente rey». De ese modo, o más bien rebelándose contra ese papel de fantasma en una obra de teatro o una opereta napoleónica, lo describió el conde La Forest, embajador de Francia en España, hombre agudo que todo lo observaba y de todo se enteraba, y que le pintó en sus memorias mediocre e inestable, tan pronto sufriendo las angustias de una situación a la que no puede poner remedio, como animado y con la íntima convicción del triunfo. Concedor de la debilidad del hombre por el dinero, el lujo y los pequeños vicios, Joseph Fouché, el astuto ministro de policía de Napoleón y uno de los hombres más singulares de la Revolución francesa y la época imperial, será aún más contundente: en el mayor de los Bonaparte sólo ve un alma de corchete al que únicamente le interesan los bailes, los amoríos, la riqueza.

No es necesario extenderse sobre el importante papel jugado por la historia en la construcción de las naciones. No es que haya historias nacionales porque hay naciones; hay naciones porque hay acontecimientos e historias nacionales, como la guerra de la Independencia. Las naciones sin historia no son naciones en sentido estricto, son mera materia amorfa, moldeable por el espíritu de las que sí la tienen. La nación no es, se construye y se construye en gran parte a través de la transmisión de una memoria pública. La historia se convierte así en una especie de partera de la nación. De ahí que los historiadores seamos considerados sujetos peligrosos e indeseables por aquellos que hoy desean hacerse con un patria nueva, por aquellos que se esfuerzan en inventar una memoria separada y enfrentada a España, una memoria que reescribe su idea de nación con los renglones torcidos del mito, del odio, de la animosidad, de la diferencia. A los nacionalistas de hoy no les interesa, en absoluto, conmemorar la guerra de la Independencia que fue la que a un pueblo aparentemente disperso lo transformó en comunidad nacional por el calor y la exaltación de su respuesta unánime al extranjero.

Poco antes de convocarse las Cortes de Cádiz, Calvo de Rozas, uno de los escasos liberales admirados por lord Holland, llamó a construir la razón de la resistencia antinapoleónica y la dignidad de ser español sobre la libertad y sobre un cuerpo político que contribuyera a afianzar los derechos del individuo. Ese es el modelo de nación que festejamos, la que Galdós soñara entre las sombras de sus *Episodios Nacionales*, como él tolerante de lealtad contraria, heroica viviendo, heroica luchando, por el futuro que hoy es el nuestro. Esa nación de ciudadanos y no la otra, aquella que aún se imagina sobre la sensación de pérdida, sobre el rechazo del distinto, sobre el exilio o la amenaza del que no piensa igual. Frente a la exasperación del grito, la inhibición, el pasteleo o el silencio aturdido nos queda la palabra. El molesto nadar en contra de la corriente, que suele ser nadar a favor de la razón, sabiendo y haciendo saber que la historia distorsionada está en la raíz del fanatismo étnico y del odio a todo lo español que cultivan los nacionalistas. El bicentenario de la guerra de la Independencia con su grito coral de libertad nos animará a seguir proclamando que la violencia es estrategia para malhechores y que nuestra nación española será la primera garantía de quien no piense como nosotros, una nación sin excluidos, sin pertenencias trágicas, ni fatalismos del destino. Una nación que justifique su proyecto por su contribución a «aquella paz perpetua» que Kant concibió como ideal supremo de la humanidad.

Mrs. Denise Holt, CMG
EMBAJADORA BRITÁNICA EN ESPAÑA

Alteza Real.

Distinguidos colegas.

Es un placer y un honor participar en el duodécimo seminario anual del Foro Hispano Británico. Me han pedido que dé una perspectiva británica sobre el tema de este año, pero inmediatamente me encuentro con una dificultad, porque la guerra de la Independencia es conocida en el Reino Unido como «The Peninsular War».

Y de hecho, la guerra evoca muy diferentes imágenes y recuerdos populares en el Reino Unido y en España. Los británicos recuerdan la Peninsular War por su salvajismo y su romanticismo. Pensamos en un ejército que se lleva todo lo que encuentra por delante de acuerdo con un plan maestro ideado por el mejor general que hemos producido. Pensamos en Wellington y en sus casacas rojas y fusileros, los cuales él tenía en gran estima:

«I will venture to say that... there never was an army in the world in better spirits, better order, or better discipline».

[«Me atrevo a decir que jamás hubo un ejército más motivado, más ordenado o más disciplinado»].

Cabe añadir que también tenía una gran opinión de sí mismo: tal como dijo después de Waterloo:

«By God! I don't think it would have done if I hadn't been there».

[«No creo que hubieran ganado si yo no hubiera estado allí»].

En el Reino Unido, conocemos la Peninsular War a través de las historias de aventura y de las historias militares serias que analizan tácticas y estrategias.

España (y Portugal) fueron esencialmente el lugar romántico de un capítulo más en las guerras napoleónicas. Pocos de los que han analizado la Peninsular War han dominado el idioma español, y mucho menos han tenido el tiempo, el dinero o el deseo de trabajar en fuentes españolas. Su trabajo ha sido a menudo vago y muy parcial. Felizmente, el libro más reciente del doctor Charles Esdaile, *A new History*, señala un momento decisivo en las obras en lengua inglesa sobre la guerra de la Independencia, al inspirarse en gran medida en fuentes españolas, logrando así un estudio académico mucho más equilibrado. Me alegra decir que el doctor Esdaile va a hablar hoy de este tema.

No necesito decirle a esta audiencia lo mucho que difiere la imagen de esta guerra en España. Se dividieron familias españolas por motivos políticos y geográficos. Fueron saqueados pueblos, aldeas y campos. España perdió su imperio americano. Por lo tanto, es comprensible que en España haya habido una tendencia a alejarse de las imágenes de la guerra convencional en favor del concepto del «pueblo en armas», destacando el heroísmo de la guerrilla, de los *majos* y *majas* que se enfrentaron a los franceses en Madrid el dos de mayo de 1808, y de los iconos populares, como Agustina de Aragón. Es normal, que las diferentes historias estén escritas desde diferentes puntos de vista. Pero las distintas interpretaciones de lo que sucedió pueden significar que sacamos conclusiones muy distintas, y esto puede producir malentendidos. Espero que el seminario de hoy dé lugar a una síntesis.

No soy una historiadora militar y, por lo tanto, voy a dar una «perspectiva británica» sobre dos temas que me interesan en mi papel actual.

En primer lugar, ¿por qué a los británicos les gusta España?

Por supuesto, en el Reino Unido no tenemos sol, ni aceitunas, ni vino (¡hasta ahora!). Ustedes tienen el Mediterráneo, la Alhambra, Mallorca, y así sucesivamente.

Pero nuestra obsesión con España es más profunda que eso. En la época medieval hubo una estrecha interrelación entre nuestros países. Santiago de Compostela fue una parte importante de nuestra Europa, y todos los años miles de personas hicieron la peregrinación desde las islas británicas. Sin embargo, en el siglo XVIII la mayoría de los jóvenes aristócratas británicos que se embarcaron en la peregrinación cultural que fue el «Grand Tour» hicieron caso omiso de España, considerándola algo irrelevante.

Trescientos años más tarde, los ciudadanos británicos que hacen una peregrinación a una España algo más hedonista que la del siglo XII se cuentan por millones, no miles.

¿Qué sucedió para hacernos cambiar de opinión? Una teoría que me parece convincente es que el estallido de la Peninsular War en 1808 fue un punto de inflexión. Políticos, estrategias militares y lectores de todo, desde libros de historia hasta literatura barata, se interesaron por España. ¿Por qué esta guerra capturó la imaginación?

Para los británicos, la campaña representa la victoria de un ejército pequeño y hasta entonces despreciado, bajo la notable dirección de Wellington, sobre los veteranos de Napoleón. Las campañas peninsulares de Wellington despertaron gran interés entre los historiadores y lectores británicos en el siglo XIX y esta pasión continúa en el XXI. Esta es muy posiblemente una de las razones por las cuales ha habido tantos renombrados historiadores de España en las universidades británicas.

Si la guerra hubiera sido tratada tan sólo por historiadores militares se habría convertido en un tema arcano. Sin embargo, desde el principio, la guerra de la Independencia se apoderó de la imaginación de la gente corriente a través de la literatura, empezando con el poeta y ensayista Robert Southey. Entre 1808 y 1814 su trabajo para la *Quarterly Review* le estableció como el hispanista más destacado de la Gran Bretaña. Su preocupación por España también le llevó a escribir en 1814 una de sus más populares obras, el poema épico *Roderick, el último de los godos*.

Aquí, en España, el término «novela de la guerra peninsular» sugiere Benito Pérez Galdós. Pero hubo un subgénero de la ficción británica del siglo XIX sobre la guerra en la Península Ibérica. Estas novelas, a menudo escritas en los primeros días por los oficiales del ejército británico que habían servido en las campañas, ofrecen una visión realista, a veces cáustica, de sus experiencias. Aunque, en muchos casos, los autores parecen tener un verdadero afecto por España, también muestran una notable franqueza al reconocer la hostilidad que a veces existía entre los llamados aliados.

Tampoco se limitó la incipiente relación a la literatura. Gran Bretaña y España desarrollaron importantes vínculos durante el conflicto que más tarde se verían fortalecidos a través del comercio y que llevarían a unos cuantos

británicos (en su mayoría empresarios y sus familias) a afincarse en España. Aquellos primeros colonos —algunos de los cuales se encuentran enterrados, por ejemplo, en los cementerios ingleses de Málaga, Vigo, Tarragona y otros lugares— jamás pensaron que, ciento cincuenta años después, la comunidad británica en España llegaría a su asombroso nivel actual. Pero el hecho es que las raíces de hoy se encuentran en el siglo XIX.

Y así se inició el proceso por el que el pueblo británico poco a poco sucumbe al hechizo de España. El viaje de descubrimiento de España se refleja en otros lugares, lentamente al principio, adquiriendo velocidad con el tiempo. Lord Byron fue uno de los que se sintieron atraídos por España en este período tan turbulento. Influenciado por los movimientos revolucionarios en Italia y España, escribió sobre el «Liberalismo». Se definió como liberal en la vida política, no económica; como alguien interesado en la soberanía nacional, no en la reforma social. La unión de la poesía y la política siempre ha sido una mezcla potente. Agregando más tarde ópera, musicales y otras experiencias artísticas, se tiene una marca tan potente que tan sólo hace falta una melodía de Rodrigo o Albéniz, o el movimiento de un vestido de flamenco para que diecisiete millones de turistas británicos se pongan a buscar vuelos baratos en Internet.

* * *

Mi segunda perspectiva sobre la guerra de la Independencia es algo más serio.

Los británicos no se avergüenzan de ser intervencionistas. Nos gusta pensar que luchamos por lo que es correcto, y que, por lo general, nos encontramos en el equipo ganador.

Consideramos que la guerra de la Independencia es un ejemplo de esto, y que es una de la larga serie de campañas en las que hemos luchado junto a ejércitos del pueblo contra dictadores. Sí, hubo interés propio. No quisimos que Francia dominara a España. Pero nuestro concepto de interés personal va más allá de eso y no ha cambiado de forma significativa. Aplicamos los mismos valores cuando consideramos nuestro papel en el mundo en general, y esto queda reflejado en el lema del Ministerio de Asuntos Exteriores británico: «Un mundo mejor, un Reino Unido mejor».

Por eso aplaudimos el papel de España en Afganistán o en Líbano. Sus soldados están ayudando a hacer del mundo un lugar mejor.

Hace dos semanas asistí a un acto religioso para conmemorar el Día del Recuerdo en Bilbao. Cincuenta y ocho miembros de la Commonwealth muertos en combate están enterrados allí. Como siempre, fue profundamente conmovedor ver las inscripciones a los jóvenes que podrían haber sido mi propio hijo. Me hizo pensar en las 40.000 bajas británicas en la guerra que resultó en la Independencia de España: hombres y jóvenes británicos, muchos de los cuales yacen en tumbas anónimas esparcidas por toda la Península Ibérica. Charles Esdaile ha llamado mi atención sobre un verso conmovedor en relación con este mismo tema:

*Far distant, far distant, lies Scotia the brave
No tomb or memorial shall hallow his grave
His bones they lie scattered on the rude soil of Spain
For poor Jamie Foyars in combat was slain.*

Jamie Foyars fue sólo uno de los soldados de la Black Watch que murieron en el asedio de Burgos. Curiosamente, una de las pocas reinas inglesas de España también está enterrada en Burgos —la hija de una de mis heroínas medievales, Leonor de Aquitania—.

Por lo tanto, en conclusión, mis perspectivas «británicas» sobre la guerra de la Independencia son:

Primero, nos enamoramos de España, con todo su sol y sombra.

Segundo, la guerra pone de manifiesto la necesidad, difícil en nuestra era moderna, de mantener una voluntad de lucha para crear un futuro mejor.

Y tercero, nuestros países comparten mucha más historia de lo que pensamos.

Muchas gracias.

Don Guillermo Corral van Damme

DIRECTOR GENERAL DE POLÍTICA E INDUSTRIAS CULTURALES.
MINISTERIO DE CULTURA

Alteza Real, Excmo. Duque de Soria, señora embajadora, presidente de la Fundación Hispano Británica, amigas y amigos.

Hace ya muchos años que el Ministerio de Cultura ha colaborado activamente con la Fundación Hispano Británica en la organización de los sucesivos Foros Hispano Británicos, primero a través de la anterior Dirección General de Cooperación y Comunicación Cultural, hoy a través de la nueva Dirección General de Política e Industrias Culturales, que tengo el honor de dirigir.

La razón de esta colaboración fructífera y mantenida en el tiempo reside, obviamente, por una parte en el buen hacer de la Fundación a lo largo de todos estos años, demostrando una y otra vez su habilidad para proponer temas de máximo interés, convocar ponentes de primera calidad y desarrollar sus trabajos con la máxima eficiencia, pero también en la convicción profunda y sostenida por parte del Ministerio de Cultura de que con pocos países existe un interés tan evidente por seguir profundizando en las relaciones culturales como con el Reino Unido. Y ello por múltiples razones, en primer lugar por las afinidades profundas que unen a nuestras dos sociedades, que muchas veces no son suficientemente tenidas en cuenta pero que están ahí. Estamos hablando de dos países con un pasado imperial en muchos casos semejante, que han pasado en distintos momentos de su historia por fases muy parecidas, tanto en sus épocas de apogeo como de declive consecuente y, al mismo tiempo, de dos sociedades extremadamente dinámicas, con un juego de valores básicos en muchos casos similar, con una serie de prioridades geoestratégicas también parecidas, y donde existe, estamos todos convencidos, un potencial siempre mayor del que verdaderamente está en marcha.

En este sentido hemos apoyado y seguiremos apoyando a la Fundación porque creemos que este diálogo es verdaderamente útil, además de interesante.

En esa misma línea les adelanto ya que he sugerido —y me agrada decir que con una muy buena recepción— al embajador De la Morena la posibilidad de que el siguiente Foro se dedique a un sector que consideramos crucial, que es precisamente el de las industrias creativas, industrias culturales, en las que el Reino Unido ha sido, desde hace muchos años, pionero marcando una senda por la que España también quiere transitar y por la que este Gobierno ha manifestado un interés especial. Como se demuestra, por ejemplo, con la creación de esta nueva Dirección General de Política e Industrias Culturales que pretende llevar a cabo una política más sostenida y más coherente de apoyo a un sector que representa nada menos que el 4,5% de nuestro productor interior bruto y emplea a cerca de 800.000 personas. En cualquier lugar, esto será para el año que viene, pero me parecía oportuno comentarles hoy que estamos ya trabajando en la organización del siguiente Foro Hispano Británico.

En cuanto al tema que nos ocupa hoy, obviamente venía casi obligado por el año en que nos encontramos. No es mi pretensión hablar en profundidad de este tema teniendo aquí un historiador tan prestigioso como es el señor García de Cortázar, que tomará la palabra a continuación. Simplemente quiero subrayar que los bicentenarios son siempre oportunidades para recapitular, para mirar al pasado y, por lo tanto, proyectar el futuro con las lecciones que podemos extraer de dicho pasado. Coinciden en estos momentos tres bicentenarios consecutivos de enorme importancia, ya los conocen: el bicentenario de la guerra de la Independencia, el bicentenario de la Constitución de Cádiz en el año 1812 y posteriormente el bicentenario de las independencias americanas, que va a venir desarrollándose desde prácticamente ya hasta finales de la década que viene.

El Gobierno ha considerado que esta ocasión no podía dejarse pasar sin verdaderamente intervenir de la forma más activa posible y utilizar la ocasión para reflexionar sobre acontecimientos trascendentales que, en el caso de la guerra de la Independencia, es evidente están en gran parte en la raíz de la formación de nuestra presente identidad nacional y en la formación también de fenómenos como el liberalismo y el constitucionalismo español resaltando, como en varias ocasiones ha dicho el presidente del Gobierno, todo aquello

que nos une fundamentalmente con el mundo americano y también con nuestros socios europeos y, lógicamente, dejando a un lado aquello que nos separa.

En ese sentido, estoy convencido que la cita de esta tarde será de interés y provecho para todos ustedes. Felicito nuevamente a la Fundación.

Muchas gracias, buenas tardes.

2.^a SESIÓN

**LOS HECHOS
Y SUS DIVERSAS INTERPRETACIONES**

LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.
DIVERSIDAD DE INTERPRETACIONES
DE UN HECHO HISTÓRICO SINGULAR

Don Juan Durán-Loriga

EMBAJADOR DE ESPAÑA

Mi padre solía llevarme, de niño, en La Coruña, a su rincón preferido: el jardín de San Carlos, situado en uno de los baluartes de la muralla que en otro tiempo defendía a la ciudad de los corsarios ingleses. Añade romántica melancolía al bello lugar el cenotafio de sir John Moore y el bello soneto de Charles Wolfe en su recuerdo, grabado en la piedra con la versión de Rosalía. Contaba mi padre cómo su bisabuelo, capitán de Artillería, había participado en 1809 en la acción victoriosa del puente de San Payo, en la ría de Vigo. Todo esto me daba una idea de la guerra de la Independencia alejada de los sonoros ripios de Bernardo López García, que los niños sabían entonces de memoria.

Bastantes años después, hojeando un viejo libro jurídico en la biblioteca familiar, encontré, doblada, una proclama que llamaba a los *Valerosos Gallegos* a combatir la invasión napoleónica.

Fue la primera pieza de una colección de placartes de la guerra de la Independencia (que, por supuesto, no rivaliza con la famosa del Fraile) conseguidos con alguna paciencia en las librerías de lance madrileñas. Me hice con interesantes estampas de propaganda bélica. Compré en Londres la ingeniosa caricatura titulada *The Spanish Bull or the Corsican Matador in Danger*, en la que el toro español se lleva por delante a Napoleón y veja a su hermano José. Encontré en Bonn la estampa que presenta borracho al abstemio José Bonaparte con un decreto caído a sus pies sobre el embargo de las bodegas de Valdepeñas.

Su título bilingüe reza en castellano: *El Rey de Copas en el despacho trabajando por la felicidad de España*. En París compré varios cromos de Epinal y unos compañeros de carrera me regalaron el manuscrito original de una carta de José Bonaparte a Berthier, secretario de su imperial hermano, para que informase a Napoleón del poco caso que los mariscales hacían del *Rey de España*.

Estos documentos e imágenes, sobriamente enmarcados, me acompañaron y arroparon en las diversas casas que ocupé en virtud del nomadismo diplomático. Con ellos, y de la mano de don Benito y de don Pío, me familiaricé, por caminos nostálgicos y literarios, con la Francesada. Lo que se unió a una discreta admiración por Napoleón Bonaparte.

No soy, pues, un historiador profesional sino un ferviente aficionado. Sería triste que a los historiadores no los leyesen más que otros historiadores, a veces con recelo. A los *dilettanti* nos gusta leer en crudo las obras serias y no los engendros novelísticos en boga. Cumplimos un papel útil siempre que no nos tomemos demasiado en serio. Sólo pretendo evocar, sin la aportación de datos nuevos, algunos de los interrogantes que presenta un conflicto muy complejo que por la singularidad de sus antecedentes, de su estallido, de su desarrollo, de sus consecuencias y de su valor simbólico para España se resiste a cualquier explicación simplista.

ORIGEN DE LA GUERRA

Portugal y España no podían en el siglo XVIII defender, aisladas, sus inmensos territorios ultramarinos. Necesitaban un respaldo. Lisboa contaba con su tradicional alianza inglesa. Madrid, desde el advenimiento de los Borbones, con la francesa. España no buscaba solamente conservar los virreinos americanos. Sus reyes se consideraban obligados a recuperar lo perdido en la guerra de Sucesión. Para ello confiaban en la ayuda de Francia, que hizo posible la retrocesión de Menorca, pero no la de Gibraltar. La Gran Bretaña era el enemigo.

La política de amistad con Francia, que había tenido escasas interrupciones a lo largo del siglo XVIII, se rompió con la Gran Revolución. La decapitación de Luis XVI, a pesar de los esfuerzos políticos y económicos de su primo hermano Carlos IV para evitarla, provocó el ataque español a través de los Pirineos en 1793, guerra que para las armas españolas empezó bien y acabó mal. El año

1795 se volvió a la alianza francesa y se concertó la paz que valió a Godoy su título principesco. España entró en guerra con Inglaterra. En 1805 sufrimos, con nuestros aliados franceses, la derrota de Trafalgar.

Napoleón, empeñado en bloquear, a falta de invadir las islas británicas, necesitaba para completarlo acabar con la alianza británica de Portugal. Para ello las tropas francesas tenían que atravesar territorio español. Lo que se aceptó con el tratado hispano-francés de Fontainebleau de 1807 en el que, además, se acordó el troceo de Portugal.

Bonaparte tenía ya decidido que las tropas francesas no se limitarían a cruzar las tierras españolas sino que se apoderarían de ellas. Como explicó en Santa Elena, su destierro final, no podía dejar a España atrás, debía quedar encadenada, de grado o a la fuerza, al *sistema francés*. Sabía que el desentrenado ejército español no estaba en condiciones de defender España con éxito, tanto más cuando sus mejores unidades, como resultado de la alianza con Francia, estaban fuera del país. Pero lo que no sabía es que se iban a enfrentar a un levantamiento popular y a un general inglés apellidado Wellesley.

En el *Memorial de Santa Elena* analiza Napoleón los errores que cometió con España. Como el de no mantener en el trono a Fernando VII, despreciado por él pero idolatrado por los españoles, y que hubiese acatado sin chistar la hegemonía francesa. Se lo propuso en Bayona el taimado canónigo Escoiquiz, hombre de confianza de Fernando. Napoleón no se decidió hasta 1813, cuando la suerte de la guerra le empezó a ser adversa, a devolver el trono al Deseado

Otro podía haber sido el curso de la historia contemporánea de España de haber aceptado Napoleón los resultados del motín de Aranjuez y reconocido, y mantenido en el trono, a Fernando VII. No se hubiesen producido alzamientos populares y a partir de una Constitución de tipo bayonés se podría haber iniciado, dirigida por los neoilustrados, una pacífica transición liberal bajo el patrocinio de Bonaparte, a quien hoy veneraríamos como padre de nuestras libertades.

Pero las cosas son como fueron y no vale la pena preguntarse cómo acaso pudieran haber sido.

GUERRA BRITÁNICA Y GUERRA ESPAÑOLA

Seguiré al profesor Jover, mi maestro a través de sus libros, en considerar dos guerras diferentes, la nacional y la franco-británica

Para la Gran Bretaña la guerra en la Península contra el ejército francés (en el que combatían, por cierto, un buen número de italianos, polacos y alemanes) era un enfrentamiento clásico, puramente militar, que encajaba en la contienda general europea. Había entrado en combate para impedir el uso de la costa atlántica de la Península para el *bloqueo continental*. Luego trató de fijar y destruir a los contingentes franceses para contribuir a la derrota total de Bonaparte en Europa.

Los combatientes españoles luchaban por una causa de menos vuelos aunque más entrañable. Les importaba poco la contienda general contra Napoleón, sólo querían echar de España los franceses y ver de nuevo en el trono a su deseado Fernando. Algunos confiaban en cancelar, de paso, el régimen absolutista.

En Santa Elena diría Napoleón que la desgraciada guerra de España había determinado su derrota final al dividir sus fuerzas, multiplicar sus esfuerzos y permitir que se pusiese en tela de juicio la moralidad de sus procedimientos. En efecto, tener una parte de sus ejércitos empantanada en España y otra en peligro de quedar enfangada en el invierno ruso marcó el fracaso de ambas invasiones. Decía con sarcasmo que los campos de batalla ibéricos sirvieron de escuela militar para que él, Napoleón Bonaparte, formase al ejército inglés.

Los españoles tendemos a minimizar el papel británico en la guerra. Ellos, por supuesto, sostienen lo contrario. Entre los franceses hay quienes prefieren, como el propio Napoleón, atribuir la derrota al pueblo español en armas, heredero de la Revolución francesa, más que al talento estratégico del duque de Wellington y de Ciudad Rodrigo.

Con los ejércitos españoles no tuvieron los británicos el mismo nivel de coordinación que en Portugal, donde se llegaron a establecer unidades mixtas anglo-lusitanas. Los españoles detestaban ver en su casa tropas extranjeras, aunque fuesen aliadas. Si los franceses eran odiados, los ingleses, tenidos por herejes aunque muchos de ellos fuesen católicos, no eran queridos

Wellington, cuya capacidad de desdén era considerable, sólo valoraba, levemente, en España a los guerrilleros que al apresar a los correos militares france-

ses le permitían saber lo que pasaba *del otro lado de la colina*. No tenía una buena opinión, con raras excepciones, de los generales españoles. Éstos criticaban especialmente haber sido abandonados por el reembarque del ejército del general Moore, quien sigue venerado en La Coruña como héroe romántico. (Winston Churchill al explicar a la Cámara de los Comunes el reembarque en Dunquerque citó, para justificarlo, el precedente de *Corunna*.) Resultó también decepcionante la sabia decisión de Wellington de retirar sus fuerzas hacia Badajoz en lugar de avanzar hacia Madrid. Detestaban nuestros militares estar a las órdenes de un extranjero, como sucedió cuando las Cortes designaron a Wellington, que ya lo era de las portuguesas, general en jefe de las tropas españolas.

Al férreo duque le costaba trabajo entender las discrepancias entre los mandos españoles y las intrigas de retaguardia. Y que en plena guerra se desatendiese el conflicto para celebrar elecciones y elaborar una Constitución radical en exceso para un *tory*. España, decía, es el único país en que dos y dos no son cuatro.

Fue generosamente recompensado por España con títulos y propiedades. Recibió además el extravagante regalo de la mejor parte de las obras de arte robadas y recuperadas en Vitoria con los equipajes del fugitivo rey José. Hay que agradecer a Wellington que aconsejase, sin éxito, acabada la guerra, a Fernando VII que no tomase medidas represivas.

Las fuerzas británicas en España nunca superaron los cincuenta mil hombres, mientras que las francesas fueron más de doscientos mil. En estas condiciones les hubiese sido imposible derrotar a los franceses, a pesar del genio estratégico del duque. Tampoco los españoles hubiesen podido vencer sin la ayuda militar y económica británica.

Hay un momento de alto valor simbólico, la entrada de Wellington en Madrid por la puerta de San Vicente el 12 de agosto de 1812, donde es recibido por el *Empecinado*, el *Abuelo* y otros jefes de partida castellanos.

EL ALZAMIENTO POPULAR

Napoleón, mal informado por sus agentes en Madrid, nada sabía del júbilo del pueblo por la caída del odiado trío de Carlos IV, María Luisa y Godoy y la subida al trono del adorado príncipe de Asturias. El vendaval popular surgido en Aranjuez iba a rechazar la ocupación francesa.

Al extenderse por toda España la noticia de las algaradas de Madrid y de la torpe e inmediata represión, con clara exageración del número de víctimas, se producen levantamientos populares en las ciudades no ocupadas por los franceses que arrollan a las autoridades y forman juntas que asumen, a nivel local, la soberanía del rey Fernando. No tienen la menor pretensión separatista.

Para Seco Serrano, el pueblo puso en marcha un ciclo revolucionario sin voluntad revolucionaria. Artola subraya que las juntas locales llamadas todas ellas *Supremas* en el sentido de soberanas, no restauraron el Antiguo Régimen a pesar de que el pueblo había puesto al frente de ellas a nobles y a clérigos. La frecuente ausencia de unidades regulares llevó a las juntas a movilizar milicias locales y a apelar a la defensa popular. El odio a los franceses, como el rey José escribió a Napoleón, fue general. Recordemos el grito catalán: «Abans moros que gabachos».

En octubre de 1808 para evitar el desorden de la actuación dispersa de las juntas, y en parte por consejo británico, se establece la Suprema Junta Central Gubernativa del Reyno que asume sola la soberanía que la cautividad impide ejercer a Fernando VII.

La Regencia sustituyó a la Junta Suprema Central y los liberales, mejor organizados que los partidarios del viejo régimen, consiguieron convocar las elecciones de las que salieron las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812.

El historiador inglés Charles Esdaile, en un magnífico libro recientemente traducido al español resultado de un formidable trabajo de investigación, revisa las visiones desenfocadas, románticas y marxistas de lo que fue el alzamiento contra el francés y de lo que significó. Aporta datos que señalan que el entusiasmo patriótico no fue unánime, ni ordenado, ni siempre eficaz. Difícilmente podía ser de otra manera en un país invadido y privado de gobierno.

Para Esdaile, que las ha estudiado tan bien, las guerrillas no fueron *el pueblo en armas*, al no estar compuestas exclusivamente de civiles armados y quedar las más veces integradas en el ejército, siendo sus jefes oficiales profesionales o asimilados a ellos.

A quien esto escribe le parece estar claro que las acciones de los combatientes irregulares españoles, fuesen o no civiles, a pesar de sus excesos contraproducentes, estorbaron decisivamente a los franceses, impidiéndolos instalarse como ocu-

pantes por sus frecuentes y sorpresivas emboscadas, la captura de los correos y el corte de las comunicaciones. Napoleón se vio obligado a mantener en España muchas más fuerzas que las que hubiese requerido una guerra convencional. De manera que las victorias militares de los franceses sobre los ejércitos regulares españoles, numerosas, resultaban pírricas porque los derrotados se dispersaban para continuar la lucha de otra forma. Fue un caso de lucha del débil contra el fuerte que nos recuerda en cierto modo la insurrección en Iraq de los vencidos contra sus vencedores americanos.

UNA MISIÓN PARADIPLOMÁTICA:

LOS ASTURIANOS EN LONDRES

La Junta Suprema de Asturias fue la primera en formarse por un levantamiento popular, a fines de mayo de 1808. Una de sus primeras decisiones fue enviar una misión con plenos poderes a Inglaterra, presidida por José María Queipo de Llano, vizconde de Matarrosa y futuro conde de Toreno, para negociar una alianza y solicitar ayuda. No se trata de un hecho de alcance anecdótico sino histórico puesto que la misión asturiana fue determinante para la intervención británica en la Península.

El Principado, en nombre del rey Fernando, se consideraba en estado de guerra con Francia y en paz con el Reino Unido. La misión fue recibida por Canning, secretario del Foreign Office. Le entregaron una carta de la Junta para el rey Jorge III fechada el 25 de mayo de 1808 en Oviedo. Citaré algunos términos de estas credenciales atípicas:

El Principado de Asturias, representado por su Junta General, en quien reside hoy toda la Soberanía por particulares circunstancias que se manifestarán a V.M., mirando con el más alto horror la idea de gemir bajo la esclavitud de un usurpador [...] y animado por el sentimiento que le causa el ver a su desgraciado rey Fernando VII y a la real familia cautivos de un tirano que viola los respetos de las justicia, se ha levantado este día tomando las armas para su defensa y para rescatar la independencia de la Monarquía, si es que no puede conseguir la libertad del Soberano.

Nuestra resolución, señor, es grande; pero no lo es menos el valor y la justicia con que estos naturales la han abrazado y la confianza que tienen en el favor y asistencia de la generosa nación británica y de su Augusto

Soberano, que no dejarán de conocer las horribles consecuencias que resultarán de la ilimitada ambición del Gobierno francés, cuyo poder, aumentado excesivamente con la posesión de la Monarquía española, podrá aspirar a la Monarquía universal.

Canning era firme partidario del envío de un cuerpo expedicionario británico a Portugal para empezar a desbaratar el bloqueo francés. La oposición parlamentaria *whig* consideraba aventurada esta idea y el rey Jorge III vacilaba. Canning mandó al rey la carta de la Junta del Principado con otra suya en que matizaba su significado y alcance, y ponía de relieve que los asturianos no eran rebeldes contra su rey. Esto inclinó el ánimo del rey Jorge a favor de la intervención. Con ello y con dos editoriales del *Times* que valoraban la visita asturiana y el comienzo del alzamiento español se pudo dar orden al general Arthur Wellesley, que preparaba una expedición naval con destino, al parecer, a América del Sur, que zarpase rumbo a Portugal con los nueve mil hombres que tenía embarcados en Cork.

El marqués de Villa-Urrutia, al que he utilizado para relatar este episodio, así como a Alicia Laspra, se pregunta al comentar la muy buena relación de Canning con la delegación astur, cómo pudieron entenderse sin un idioma común. Y cita una aleluya del tiempo:

*Canning in english and in latin strong
Was quite an infant in each other tongue.*

Pero hubo un intérprete. Agustín Argüelles, gran figura del progresismo más tarde y que sería llamado *Divino* por su pico de oro, estudiaba en Inglaterra con una beca que le había concedido Godoy. Se incorporó a sus paisanos, a los que aportó lo que sabía de inglés.

Consiguieron los asturianos dinero y pertrechos y en agradecimiento la Junta del Principado regaló a la Gran Bretaña mil ovejas merinas que embarcadas que con sus pastores y sus perros en Gijón llegaron felizmente a puerto inglés. Los pastores se vieron envueltos en tierra inglesa en algunas trifulcas de posible origen etílico.

El Foreign Office declaró terminado el estado de guerra con España. A Asturias siguieron La Coruña y Sevilla con delegaciones residentes, demasiado

numerosas a veces. Preocupó a Londres la proliferación de misiones provinciales españolas, inevitablemente pedigueñas. Los cónsules ingleses, especialmente elegidos para desempeñar un papel político, influyeron en el establecimiento de la Junta Suprema Central que permitió al Reino Unido elevar a relaciones diplomáticas *de jure* las que mantenía *de facto* con la España *patriótica*.

¿SE INCUBARON EN LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA
LOS PARTIDOS POLÍTICOS Y LAS LUCHAS CIVILES
DE LOS SIGLOS XIX Y XX?

Durante la guerra se marcaron nuevas fisuras, ni territoriales ni estamentales, entre los españoles. La línea de fractura más importantes por sus consecuencias fue la que, dentro del campo patriótico, corría entre tradicionalistas y liberales.

El rey José sólo había podido constituir un Estado virtual aunque planteó algunas reformas positivas que quedaron sobre el papel. En su entorno, forzado a la trashumancia por la resistencia patriótica, no había más españoles que un puñado de oportunistas, otro de derrotistas y un pequeño número de idealistas.

Napoleón hizo imposible el papel que había atribuido a su hermano, al tolerar que fuese desdeñado y desobedecido por los mariscales. A pesar de las protestas de José, decidió la anexión de hecho a Francia, por vía militar y fiscal, de las provincias situadas al norte del Ebro, amargo chasco para los afrancesados. Cataluña fue más tarde incorporada formalmente a Francia y dividida en cuatro departamentos regidos por prefectos franceses.

Tenidos tanto tiempo por traidores o cobardes, los afrancesados conocen ahora una rehabilitación en buena parte justificada. Los mejores de ellos, como tantos epígonos de la Ilustración, habían avanzado hacia posiciones ideológicas y políticas preliberales encaminadas a la puesta al día de España. Soñaron que la caída de la monarquía de Carlos IV y Godoy, que abominaban, podía ser la ocasión de reformar al país con ayuda napoleónica. Pero los errores de Bonaparte condenaron al fracaso a los afrancesados al enfrentarlos al pueblo de España.

El josefismo no tuvo consecuencias políticas futuras al acabar absorbidos los afrancesados y sus descendientes por el campo liberal, con el que compartían ideología y condición burguesa. Fernando VII prefería los antiguos josefinos a los liberales que le habían humillado durante los tres *mal llamados años*

(1820-1823). En sus últimos gobiernos participaron viejos afrancesados que prepararon el cambio isabelino.

Contó Napoleón en Santa Elena a Les Cases que había liberado a los españoles de las horribles instituciones que los oprimían y les había dado una constitución liberal y, *con ligereza acaso*, una nueva dinastía. Había pensado retirar las fuerzas francesas de ocupación, pero los españoles sólo tuvieron en cuenta la injuria que habían recibido de él y, desdeñando su interés por ellos, *se comportaron, en masa, como un hombre de honor*.

Glosaré estas palabras, casi finales, de Napoleón Bonaparte. Quien, genio militar y civil, no fue un hombre de una pieza. Como en otros personajes de excepción, convivieron en él varias personalidades distintas, que se reflejaron en su relación con España. El *patriarca corso* es el que pone a su hermano primogénito en el trono de España. Decisión de la que se arrepentiría y que forma parte de la *injuria* hecha a los españoles. La caballerosidad del *pequeño noble* le lleva a elogiar a los que se levantaron contra él y, como vimos en otro lugar, a lamentar y considerar injusta la pérdida de prestigio moral que sufrió por su forma de actuar en España. El *militar de carrera* formado antes de la Revolución lamentó más el deshonor de las armas francesas por haberse rendido Dupont en campo abierto que el hecho de la derrota de Bailén, a la que puso rápidamente remedio. El *revolucionario liberal*, que se jacta de haber querido liberar a España del despotismo absolutista, es quien decretó en Chamartín la abolición de la Inquisición, la reducción del número de conventos y un esbozo de desamortización. El *patriota francés* es el que anexiona a Francia una parte sustancial del territorio español. El *autócrata despiadado* es el que permite los desafueros y rapiñas de sus mariscales y de sus parientes.

El ideal afrancesado palpita en la proclama dirigida desde Bayona por el Consejo Real josefino el 8 de junio de 1808, pocas semanas después del dos de mayo, a los *Amados españoles, dignos compatriotas*, cuyo alzamiento, ya iniciado, trata de frenar:

No os lisonjeéis con la idea de poder obtener sucesos en esta lid que [...] es muy desigual para vosotros: al fin sucumbiréis [...] Es cierto que hemos llegado a una situación lastimosa, pero ¿a quién lo debemos? [...] [al] Gobierno caprichoso, indolente e injusto en que hemos vivido por veinte años [...] ¿Qué resta pues sino prestarnos sumisos y aun contribuir [...] a que se orga-

nice otro gobierno nuevo sobre bases sólidas que sea la salvaguardia de la libertad, de los derechos y propiedades de cada uno? Esto es lo que desea, y en esto se ocupa para nuestro bien, el invicto Napoleón.

Pero había otros hijos de la Ilustración, Jovellanos entre ellos, que despreciando también a Carlos IV y odiando a Godoy, coinciden con los afrancesados en que la trágica situación por la que pasa España puede ser la ocasión de reformarla a fondo. Pero quieren hacerlo como parte del levantamiento popular contra el francés, al que se incorporan. Son los inspiradores de la proclama a los españoles, debida a la pluma del poeta Quintana, que lanza desde Aranjuez el 26 de octubre del mismo año ocho la Suprema Junta Central Gubernativa del Reyno. La proclama dice, después de haber abordado largamente los aspectos bélicos, lo que entresaco:

Pero hay otro (objeto) [...] preciso y principal [...] sin cuya atención la Junta no llenaría más que la mitad de sus deberes [...] nada es la independencia política sin la felicidad y la seguridad interior. Volved los ojos al tiempo en que vexados, opresos y envilecidos, desconociendo vuestra propia fuerza y no hallando asilo contra vuestros males ni en las instituciones ni en las leyes, teníais por menos odiosa la dominación extranjera que la arbitrariedad mortífera que interiormente os consumía. Bastante ha durado en España, por desgracia nuestra, el imperio de una voluntad siempre caprichosa y las más veces injusta [...] tiempo es ya que empiece a mandar la voz sola de la ley fundada en la utilidad general. Así lo quería nuestro bueno y desgraciado Monarca y este es el camino que nos señalaba, aun desde el injusto cautiverio al que un alevoso lo reduxo [...] amanecerá el gran día en que según los votos uniformes de nuestro amado Rey y de sus leales pueblos se establezca la monarquía sobre bases sólidas y duraderas [...] El gobierno cuidará de que se extiendan y controviertan privadamente los proyectos de reformas y de instituciones que deben presentarse a la sanción nacional [...] conocimiento y dilucidación de nuestras antiguas leyes constitutivas; alteraciones que deben sufrir en su restablecimiento por la diferencia de las circunstancias, reformas que hayan de hacerse en los códigos [...] proyectos para mejorar la educación pública [...] arreglos económicos para la mejor distribución de las rentas del Estado y su recaudación [...] La revolución

española tendrá de este modo caracteres enteramente diversos de los que se han visto en la francesa [...] los españoles que por la invasión p rfida de los franceses se han visto sin gobierno y sin comunicación entre sí sabrán [...] sin trastornar el Estado, mejorar sus instituciones y consolidar su libertad.

Si comparamos las dos proclamas, la de Bayona y la de la Junta Central, se ve que coinciden en la condena del pasado y en los propósitos de reforma. Discrepan, dramáticamente, respecto a la mejor vía para conseguirlo.

La Junta Central da los primeros pasos, inevitablemente cautos para no alarmar a sus miembros conservadores, hacia las Cortes de Cádiz y la Constitución de 1812. Estos planes reformistas, en los que ya se habla de *libertad* y de *revolución*, no eran, por supuesto, compartidos por otros sectores del campo patriótico que deseaban volver al Antiguo Régimen. De carácter esencialmente campesino y frailuno, cuando no aristocrático, serían apodados *apostólicos* y *serviles*. Los que muy pronto serán llamados liberales insisten, con mayor o menor sinceridad, como ya hace la proclama de la Junta Central, en que las antiguas leyes serán puestas al día pero no descartadas.

A pesar de sus hondas divergencias, los españoles que combatían a Francia se mantuvieron unidos durante la guerra por el odio a los franceses y la glorificación del *inocente* y *maltratado* Fernando VII. Sin embargo, después de la guerra se escinde dramáticamente el campo patriótico al perseguir Fernando VII a los liberales, y prevalecen las diferencias ideológicas entre reformistas y partidarios del Antiguo Régimen que habían quedado amortiguadas pero que, como vimos, eran bien claras.

 Fue prematura la Constitución gaditana?  Debi  dejarse madurar en los viejos odres tradicionales el vino nuevo?  Ten a razón Jovellanos, precursor del liberalismo conservador?

El profesor Jover considera que los liberales hubiesen debido tener más sinceramente en cuenta, como sucedió en la Gran Bretaña, la potencialidad evolutiva de las instituciones políticas tradicionales para la transición gradual del absolutismo al liberalismo. Los constitucionales de Cádiz olvidaron en su entusiasmo liberal la dureza de los elementos arcaicos de la realidad española. Esencialmente burgueses no tuvieron en cuenta a los campesinos, sometidos al clero rural. Cuando en 1823 llegan los hijos de San Luis para restaurar el absolutismo,

no se repite la resistencia popular a la primera francesada porque buena parte de la nobleza y gran parte del campesinado, del que habían nacido las guerrillas, seguía a la Iglesia en su simpatía por los que consideraba libertadores.

En 1816, en marcha ya la represión fernandina, Napoleón comenta en Santa Elena que los españoles no merecieron después de su triunfo ser castigados con tanta crueldad. Piensa sin duda que más les hubiese valido inclinarse ante sus águilas.

¿SURGIÓ EN 1808 LA NACIÓN ESPAÑOLA?

Los españoles salieron de la guerra formando parte, no sólo de una monarquía sino de una *patria* y una *nación*, conceptos que les llegaron de Francia. Pero el sentido de identidad nacional, de manera más o menos latente, existía ya. Citaré al tan gallego don Diego Sarmiento de Acuña, primer conde de Gondomar, al que muchas horas he dedicado, quien desde su embajada londinense incluye en una carta al duque de Lerma en 1615, en momentos en que los asuntos iban bien, un hiperbólico grito de exaltación nacional: «¡Se ve que Dios es español!».

Hay quienes consideran que la conmoción popular de 1808 fue más anti-francesa que nacional. Fue las dos cosas. La invasión determinó el despertar del latente patriotismo y provocó el odio a Francia. Las sacudidas nacionalistas e identitarias necesitan un enemigo para movilizarse. A veces, si no lo hay, se inventa. Lo que por supuesto no fue el caso de la invasión extranjera de 1808.

El recuerdo de la guerra de la Independencia fue deformado por visiones románticas e interpretaciones partidistas.

Durante más de un siglo la guerra de la Independencia fue considerada como uno de los hechos gloriosos de la historia patria junto al sacrificio de Numancia, la batalla de Covadonga, la de las Navas de Tolosa, 1492, y la victoria de Pavía. Nos habían educado en el culto a Daoíz y Velarde, Bailén, Agustina de Aragón, el tambor del Bruch y el Empecinado. Creíamos unos que España como nación y patria libre había nacido en Cádiz, otros que el católico pueblo español había vencido a los hijos de la hidra revolucionaria. En la guerra del 36 los republicanos comparan la defensa de Madrid al 2 de mayo al tiempo que sus enemigos se tenían por herederos de quienes de 1808 a 1814 combatieron por la nación española, su independencia y su religión.

Hoy, por el paso del tiempo y gracias a los avances de la investigación histórica, podemos ver mejor las consecuencias negativas de aquella guerra. A la tremenda aceleración histórica de la Constitución gaditana siguió el descomunal frenazo absolutista. La naciente libertad política se debilitó por el enfrentamiento de dos Españas que tiñó de violencia los siglos XIX y XX y creíamos superado el XXI. Herencia de la Francesada fue el empleo de la fuerza armada en la lucha política.

La desaparición del Estado español en 1808 sólo pudo enmendarse, como vimos, de manera incompleta, provisional o despótica. De ahí la falta de respeto por el Estado, muchas veces indigno de él, y la cadena de pronunciamientos y guerras civiles

Los cabecillas guerrilleros insertos en los escalafones militares sucumbieron con frecuencia a la tentación de pronunciarse. A los generales de carrera no les repugnaba dar el grito con el pretexto de restablecer la soberanía nacional. Guerrilleros liberales se alzaron contra Fernando VII pero otros se levantan también contra él, en nombre del absolutismo, cuando temen que el Deseado se esté ablandando al final de su reinado. El famoso cura Merino vuelve a tomar las armas, ahora por don Carlos, al morir Fernando VII. Liberales y carlistas se dicen herederos de las partidas que combatieron al francés.

España, a pesar de su decisivo papel en la guerra, no sólo no vuelve a ser la potencia que fue hasta 1788 sino que es prácticamente ignorada en el congreso de Viena. En América se sigue el modelo independentista español para romper con la metrópoli y se produce una fragmentación territorial que podía haberse evitado de haber seguido la emancipación el camino pacífico en el que habían pensado los ilustrados.

Hay que agradecer el esfuerzo de muchos historiadores para depurar visiones románticas o ideológicas del pasado de España.

Pero también hay que evitar, en mi opinión, ir demasiado lejos y renunciar, lo que no hacen los viejos países europeos, a ciertos hitos históricos. A pesar de sus amargas consecuencias podemos estar serenamente orgullosos, sin anteojeras nacionalistas, del levantamiento de los españoles por su independencia y de sus primeros pasos hacia la libertad.

BRITISH MILITARY INTERVENTION IN SPAIN,
1808-1814

Professor Charles J. Esdaile

CATEDRÁTICO DE HISTORIA. UNIVERSIDAD DE LIVERPOOL

With the exception of the battle of Waterloo of 18 June 1815, Britain's role in the Peninsular War of 1808 constitutes by far the most well-known episode in the campaigns of the British army in the Revolutionary and Napoleonic Wars of 1793-1815. This is, perhaps, particularly true of the past quarter of a century — a period when first the country's bookshops and then its television screens were invaded by one Richard Sharpe, a swashbuckling officer of the Duke of Wellington's famous Peninsular army who was a creation of the novelist Bernard Cornwell and earned the latter a massive fortune.¹ Yet the Peninsular War has always been at the forefront of memories of the military aspects of the Napoleonic Wars. Pride of place should probably be given here to the extraordinary number of "battle honours" with which it imbued the regimental colours of the units of the British army (some twenty-two to be precise, including Albuhera, Almaraz, Arroyo Dos Molinos, Badajoz, Barossa, Bussaco, Ciudad Rodrigo, Corunna, Douro, El Bodon, Fuentes d'Onor, Nive, Nivelles, Orthez, Pyrenees, Rolissa, Sahagun, Salamanca, St. Sebastian, Talavera, Toulouse, Vimiera and Vittoria [sic]), but it was also one of the first of Britain's conflicts to be commemorated in her urban geography: London has a Salamanca Place and two Salamanca Streets, Birkenhead both a Vittoria Street and a Vittoria Court, Enfield an Albuhera Close and Manchester a Talavera Street (other such place names, meanwhile, are scattered around what was once the British Empire: in New South Wales, for example, at least

three towns possess Vimiera Roads, whilst the Tasmanian town of Ross has a Badajos Street).² It was commemorated in folksongs such as the Irish “Mrs McGrath” and the Scottish “Jamie Foyars” (both of them laments, the one for a son who lost his legs fighting the French in Spain and the other for a soldier of the Forty-Second Foot who was killed at the siege of Burgos in October 1812), while, as the nineteenth century progressed and the novel became an ever more popular genre, writers such as G.A. Henty turned to Wellington’s campaigns as an obvious setting for the clean-cut exemplars of Victorian manliness that they loved to portray. Meanwhile, while some scribbled, others daubed: though the battles of the Peninsular War were not recreated in oils as frequently as Waterloo, they were, however, depicted by such artists as Lady Butler and Richard Caton-Woodville frequently enough to constitute images that came readily to the mind of the public. And, finally, the war in Spain and Portugal was a topic that attracted the attention of not just novelists, but also historians: the hundred years that followed the Napoleonic Wars were punctuated by three major multi-volume histories of the struggle — those of Robert Southey, William Napier and Charles Oman — and these in turn were followed by large numbers of more-or-less derivative works that sought to reproduce them in more accessible form. Indeed the only factor that prevented London from acquiring, say, a Salamanca Bridge or a Vitoria Station was the dramatic clash of arms of 18 June 1815 that finally brought the Napoleonic Wars to a close.

All this, however, represented something very new. In the course of the eighteenth century, there had on occasion been popular rejoicing at British victories, but even the final defeat of the Jacobite cause at Culloden had not inspired the veritable cultfollowing that was visible in the case of the Peninsular War. In part, of course, the answer lies in the facts: firstly, that between 1746 and 1815 Britain had become a largely literate society and therefore one that was more avid for news of current affairs than ever before; and, secondly, that, acting both from a wide variety of motives, including a realisation that their memories had suddenly acquired considerable commercial value, a desire to aggrandise either themselves or their regiments, a need to communicate experiences that had weighed massively in their lives, and a sense that they had played a part in great historical events, veterans of Wellington’s cam-

paigns produced literally hundreds of diaries and memoirs. All this, however, does not explain why a society that was thoroughly non-military — indeed, anti-military — should suddenly have thrown aside deep-rooted prejudices that had existed for the best part of two centuries. Yet this was precisely what occurred. In 1808 the redcoat had generally been a despised figure, associated on the one hand with defeat in America and Flanders in the campaigns of 1776-1783 and 1793-1795, and, more distantly, with the hated military dictatorship of Oliver Cromwell, whereas by 1814 he had become a national hero (it is worth noting here that the post-1815 flood of diaries and memoirs referred to above did not themselves make the British soldier a hero: whilst their descriptions of courage and sacrifice and depictions of him as not just gallows-fodder but rather everyman certainly reinforced his popular image, their publication clearly responded to an opportunity that already existed).

To explain this great shift in historical perception, we must, of course, examine the experience of the Peninsular War and, indeed, the wider conflict between Britain and Napoleonic France. Let us begin with the latter, for it is, of course, this that provides the general context for the Iberian campaigns. In brief, the collapse of the Peace of Amiens in 1803 and the subsequent resumption of hostilities with France plunged Britain into what was to remain the greatest crisis in her history until the dark days of the summer of 1940. In the American War of Independence of 1776-1783, Britain had in military, naval and diplomatic terms suffered a great humiliation, but the edge had been taken off this development by the fact that a considerable part of British public opinion sided with the cause of rebellion, the result being that defeat was by no means universally mourned. Equally, in the French Revolutionary Wars a strategic setback — the successful occupation by France of Holland and Belgium and, with them, the entire length of the Channel coast — that was far more serious than the loss of America was masked by, first, a series of great naval victories and, second, the reconquest of Egypt from the forces abandoned there by Napoleon in 1799. In the wake of the new rupture with France, however, there was no masking the severity of the crisis. An infinitely more dangerous foe under Napoleon than she had ever been in the 1790s, France at various times threatened a direct invasion of the British mainland, for a long time succeeded in breaking every coalition that emerged to oppose

her, and mounted a deadly challenge to the economy in the form of the so-called Continental Blockade. With the aid of hindsight, it is possible to see that the danger was never quite as great as it appeared, but it was nonetheless bad enough, and the result was national mobilisation on a scale that was quite unprecedented even by the standards of the Napoleonic Age. This mobilisation was not at first accompanied by political unity: once the immediate threat of invasion had receded following the naval victory of Trafalgar in 1805, many Whigs in particular had advocated a compromise peace with a France which, Napoleon or no Napoleon, they stubbornly identified as a champion of liberty, while a variety of pressures, including, not least, the Continental Blockade and its effects, gave rise to a peace movement that by 1810 had become extremely vocal. Yet little by little, this counter-current was undermined: in the first place, such events as the overthrow of the Bourbons in Spain in 1808 and the invasion of Russia in 1812 were inclined to disabuse the Whigs of the notion that Napoleon was a ruler with whom it was possible to do business, and in the second by 1812 it had become clear that Britain had found a variety of ways to limit the impact of the Continental Blockade. To return to the figure of Napoleon, meanwhile, confirming him in the role of aggressor and tyrant had a further effect in that it transformed the struggle with France into what the American historian Studs Terkel has called a “good war”: a war in which there could be no doubt of the rectitude of Britain’s cause, a war which in the end saw Britain achieve victory at the cost of an effort which, if still substantial, was by no means disproportionate, a war in which Britain’s national interest was massively boosted, a war in which Britain’s record compared extremely favourably with that of a variety of more-or-less pusillanimous foreign allies, a war in which Britain could be argued to have played the decisive role, and, finally, a war that awoke deep-seated folk memories of earlier conflicts with France whilst at the same time finally putting paid to her as a “great-power” rival.

If the Napoleonic Wars produced great British success, they also produced a great British hero in the form of the Duke of Wellington. The victor of Trafalgar, Admiral Lord Nelson, was always infinitely more loved, but he was also a man of great human frailty and, in addition, one who only won two great victories in the course of his career (namely, the Nile and Trafalgar, though it

would be unfair not to recognise his contribution to two others in the form of Cape St Vincent and Copenhagen). Compared to Wellington he therefore tended to be somewhat overshadowed. Thus, “the Duke”, as he was universally known, gained far more battles than Nelson ever did, whilst at the same time shunning the ostentation and self-publicity that were always an integral part of the admiral’s style. Devoted to duty and the principle of public service, simple in his habits, seemingly blameless in his personal life, as well as invincible in the field, and by the end of his long life — he died in 1852 — the veritable Nestor of British politics and society, he became the very epitome of the Victorian hero, while the unpopularity generated by his opposition to political reform in the period after Waterloo was swept aside by a growing tide of affection and esteem that time has done little to abate. In the past fifty years, there have appeared no fewer than five major biographies of Wellington, and these have been supplemented by many other works on various aspects or episodes of his career.³

As other British wars had produced military heroes — one thinks here of the Duke of Marlborough and the conqueror of Canada, James Wolfe — perhaps one should not make too much of Wellington, at least in the first instance (the current speaker has never looked at this in detail, but it is difficult not to suspect that the cult of the “Iron Duke” only really began to gather pace after his death). We must therefore return here to a point that has already been touched on earlier, which is that the Peninsular war initiated a massive transformation in the perception of the British soldier. This was not just the result of the publication by many British soldiers of their memoirs, important though this phenomenon was. On the contrary, it is also important to examine the unique way in which the ranks of Wellington’s Peninsular army were replenished. At the beginning of the nineteenth century, the red-coat was recruited in precisely the same way as he had been for the past one hundred years or more, namely by a process of voluntary enlistment. Whenever it needed more men, a regiment would send out a small party of troops — usually a young subaltern, a few sergeants and corporals and one or two drummers — to scour the countryside. Setting up its headquarters in a convenient tavern, the recruiting party would then do everything in its power to attract the attention of the inhabitants and persuade them to enlist. Such

methods, however, were not inclined to put military service in a favourable light. The general result was much drunkenness, while such men that did enlist were often tricked into doing so. There were genuine volunteers, doubtless, but, with such bad conditions in the army, on the whole they came only from the very poorest and most marginalised elements of society — petty criminals, runaway apprentices and the labouring poor — or, as Wellington famously observed, “the scum of the earth”. This issue has been much debated, but whether such a description was fair or not is beside the point: what mattered is that it was very much the view of the general public, amongst whom soldiers were in consequence regarded as little better than pariahs. From about 1805, however, we witness a gradual change in that due to insufficient success on the part of the recruiting parties, the way in which the army’s growing demand for fresh troops was met underwent a dramatic change. In addition to her regular army, Britain also possessed a county militia. Normally, a part-time force, this was generally only permanently mobilised in war time, while it also possessed a guarantee that it would never be sent abroad and was in addition recruited entirely by conscription and organised on a strictly territorial basis (which meant, of course, that the common soldiers in theory served only with men from their own localities). Running into many thousands of men and at the same time comparatively well-trained, the militia was very important in terms of home defence and there is little doubt that it would have put up a good fight had the French actually invaded Britain. But the French did not come, and it gradually dawned on the authorities that to tie up so many trained soldiers on the home front at a time when the regular army was desperately short of men was not the most productive of policies. Faced with this situation, the military authorities were therefore permitted to seek volunteers among the militia, the basic idea being that the men taken would then be replaced by a fresh ballot in their home counties. Too much should not, perhaps, be made of the effects of this measure, for the rank and file of the militia invariably came from the humbler sectors of society and furthermore, those called up could hire substitutes to serve in their place, the latter invariably coming from similar groups to the ones which provided the army’s recruiting parties with their prey. Yet clearly the militia as a whole could not be classed as the “scum of the earth”, and was not seen in this capacity by the

civilian populace. By extension, with more and more of Britain's soldiers coming from this source, attitudes towards the army could not but change: to sum up, the military were no longer a dangerous "other".⁴

The attraction of the Napoleonic Wars is obvious enough, then, but what is it about the Peninsular War in particular that has made it so obviously fascinating a subject? Let us begin here with an examination of how the war was experienced in Britain at the time. In the first place, there is the issue of distance and communication. In terms of the early nineteenth century, Spain was far removed from Britain — a fast passage from La Coruña, say, to Falmouth might take 3-4 days — but at the same time she was clearly not in the same league as India or South America. Given that the British forces in Spain and Portugal had established an efficient postal system relatively early on, friends and relatives of men serving in the Peninsula were able to receive a steady diet of news while it was still comparatively fresh, and this lent a sense of excitement and immediacy to the struggle that it might otherwise have lacked. Added to this, of course, was the sheer length of the conflict: not since the American War of Independence had British forces been engaged in a single campaign for so long, and this, too, was inclined to improve coverage of the war at home: not only were newspapers able to develop stories over a period of many months — something which in the case of *The Times*, in particular, was made still more easy for while in 1808-1809 by its dispatch to the city of La Coruña of Henry Crabb Robinson, a writer and man of letters who in this fashion became one of the world's first war correspondents⁵ — but in addition, their readers gradually acquired sufficient knowledge of Spain and Portugal for them no longer to remain, to coin a phrase, far-away countries of which they knew nothing. All the more was this the case, meanwhile, as for the first time cheap prints of the fighting — some of them not only extremely dramatic, but also very accurate — gave the public a visual impression of the conflict.

Nor was news of happenings in the Peninsula simply a matter of letters or newspaper reports. On the contrary, the relative proximity of the theatre of war meant that a steady stream of officers returned to England for periods of leave (much, it should be said, to Wellington's disgust, and the British commander later prided himself on never having absented himself from the Peninsula, let

alone taken leave, even for a single day), while the number of veterans of the war in circulation were swelled by officers and men who had returned home wounded or been sent back in search of recruits. In anticipation of later events, meanwhile, a number of such men published books on their experiences, collections of the letters they had sent home to friends and family, or the private diaries they had sent home on campaign, and these all tended to reinforce the immediacy of events as well as to engage the sympathies of the public. For the first time, indeed, the latter even saw the sufferings to which soldiers could be exposed on campaign at first hand. Thus, when the British army commanded by Sir John Moore was forced to evacuate Spain in January 1809 after the terrible “Retreat to Corunna”, it arrived on the quayside fresh from the rigours of the Spanish winter with the men haggard, dirty and in rags and the hundreds of wounded in many instances in a state little better than the one in which they had been plucked from the battlefield. Once again, the pressure of events broke down old barriers and made the populace view soldiers and soldiering in a new light.⁶

A further factor that was of importance here was the nature of events in the Peninsula, which was also the only theatre of war in which British troops saw service in the Napoleonic Wars in large numbers until 1815. On the one hand there was a compelling narrative of liberation and victory that began as early as 1808. Having stepped in with selfless dedication and heroism to rescue Spain and Portugal in their moment of need, Britain had committed her all to the struggle and in the process inflicted a series of reverses on the French that were unparalleled in the history of the Napoleonic Wars. The battles concerned did not match those that raged in the rest of Europe in terms of size — the very largest, Vitoria, saw 75,000 British, Portuguese and Spaniards confront 57,000 French whereas if we take the battles of Borodino, Lutzen, Bautzen, Dresden and Leipzig, all of which date from around the same period, the average for the combined total of the combatants comes to 309,000 — but there was not a single occasion on which the French triumphed and the diplomatic and political impact of the Peninsular War was, in British eyes at least, sufficient to justify some extremely grandiose claims. Here, for example, are some of the concluding remarks of Oman’s great work: “The Peninsular War was, as events worked out, the direct cause of the loss of Napoleon’s prestige

for invincibility, and the indirect cause of his downfall in 1813-1814 . . . It was the constancy of Britain, not the snows of Russia, which put an end to the long Napoleonic nightmare.”⁷ Pride in the achievements of Britain’s soldiers, meanwhile, was joined by a strong sense that victory had come as the fruit of British prowess alone. The Portuguese generally earned some recognition for themselves as useful auxiliaries, although it is hard not to feel that this is largely because they in effect completely placed themselves in the hands of their allies and abandoned all pretence of independent action, but the Spaniards were not so lucky. Blamed for the retreat of Sir John Moore’s army in 1808, the failure of the Talavera campaign in 1809 and Wellington’s decision to abandon the siege of Burgos and retire from Madrid in 1812, even when the Spaniards fought well, they received no credit for their achievements. “Complaints in respect of the Spaniards are heard on all sides,” wrote one British diplomat, for example. “Vaughan has published a narrative of the first siege of Zaragoza . . . Everybody who comes from Spain treats the entire book as a fable. They cannot believe that the Spaniards are capable of even a semblance of energy and courage.”⁸ By the end of the war, indeed, there was a general feeling that the Spanish population had no interest in the war whatsoever. Edward Buckham was an officer in the so-called “Staff-Corps Cavalry”, a small unit that had the task of carrying out reconnaissance missions and helping to direct the marches of Wellington’s army:

Had the Spaniards been at all hearty in the cause, the retreat from Burgos would never have happened, but the truth seems to be that they will neither themselves resist the French nor assist us in fighting their own battles. The enthusiasm which the *madrilènes* [sic] and the inhabitants of other great towns which our troops entered evinced was of a very doubtful character. To those who looked further than the surface, it was evident that there existed general indifference as to whether the French were driven out of Spain or not. A great part of the nation regard the contest as one between France and ourselves. “We are compelled”, say they, “to fight them somewhere, and the Peninsula is as good a theatre for war as the soil of any other country.” By this view of the case . . . all considerations of gratitude become, of course, excluded. To assist us is only, they think, to prolong the contest to their own prejudice, and, though

perhaps they would be well pleased to be rid of the French altogether, yet, so lightly does slavery hang about them, that they consider their redemption as not worth the price they must pay to obtain it.⁹

As time passed so things improved a little. A veteran of Wellington's army, the immensely influential historian William Napier was deeply anti-Spanish and this ensured that for most of the nineteenth century there was little serious consideration of the Spanish war effort. Not until the publication of Oman's history of the war, indeed, do we find anything other than condemnation of the Spaniards, and in that case then the shift was only relative. Thus, Oman recognised that the Spanish guerrillas — a force which he singularly failed to define but evidently regarded as being entirely separate from the regular army — had played havoc with the French, attributed a reasonable proportion of his seven volumes to describing the campaigns of the Spaniards, and acknowledged that Zaragoza and other cities had indeed been defended with the utmost heroism. Yet for many years the general tone of British writing on the Peninsular War remained that of a great national epic in which the Spaniards had played only a peripheral role. With too many histories of the Peninsular War either ignoring them altogether or misrepresenting them in the most cruel and ignorant fashion, in the end it fell to the present author to attempt to redress the balance; indeed, in Britain at least, it is to those efforts that he owes a large part of his notoriety.

But are the British so wrong in taking such pride in the actions of Wellington's army in Spain and Portugal? Let us state the obvious and say that the pendulum should not be pushed too far. In just the same way as the battle of Vimeiro of 21 July 1808 was not, as has sometimes been said, the first battle of the Peninsular War, so the Anglo-Portuguese army did not bear the physical brunt of the fighting. In 1808 there were seven field battles (Medina de Río Seco, Bailén, Vimeiro, Gamonal, Espinosa de los Monteros, Tudela and Molins de Rey), but the British only took part in one of them; in 1809 there were twelve (Uclés, La Coruña, Valls, Ciudad Real, Oporto, Medellín, María, Belchite, Talavera, Almonacid, Tamames, Ocaña and Alba de Tormes), but the British took part in just three. Thereafter, it was only because the Spanish army's ability to field large bodies of men began to diminish very rapidly that the total swings much more

in Britain's favour — between 1810 and 1813, with two exceptions, the only field battles were those fought by Wellington's army (Busaco, Barosa, Fuentes de Oñoro, Albuera, Sagunto, Valencia, Salamanca, Vitoria, Sorauren, San Marcial, Nivelles, Nive) — but even then it should be noted that in 1813 in particular, large numbers of Spaniards fought alongside the Anglo-Portuguese, and even the scornful Buckham had to admit that they were now doing so with reasonable efficacy: "The Spaniards have fought better since the enemy have been driven over the Bidassoa than they have ever done heretofore, and Lord Wellington seems to have more confidence in them."¹⁰ But, battles (which are here rather arbitrarily defined as actions in which each side has at least 10,000 combatants present) were not the be-all and end-all of the war. On the contrary, for every one of the major actions listed above, there were a dozen or more petty combats involving anything from a few hundred to a few thousand combatants. Here too the Spaniards had a very clear edge, whilst mention should also be made of the war's twenty-four major sieges, of which the Anglo-Portuguese played the leading role in just eight. Nor is any of this surprising: for long periods of the war — June-July 1808, September-December 1808, February-May 1809, July 1809-July 1810, September 1811-January 1812, November 1812-May 1813 — the Anglo-Portuguese scarcely fired a shot, while the number of French troops actively deployed against them was often a remarkably small percentage of the whole. At the beginning of 1810, for example, counting the reserve forces that were either waiting at Bayonne or being gathered together for dispatch across the Pyrenees, the French had a total of 360,000 men deployed on the Iberian front, but of these only 65,000 men actually marched against Portugal with Marshal Massena in September; equally, at the battle of Vitoria in June 1813 Wellington faced 57,000 French troops, whereas the total in Spain at that time came to some 250,000. And finally the Spaniards always had far more men under arms than the British ever sent to Iberia: in September 1808 there were approximately 40,000 British soldiers in the Peninsula, and 60,000 in June 1813, whereas the Spanish totals for the same dates amount to some 200,000 and 150,000 respectively.

Viewed in this fashion, such figures can be used to build a picture of the war in which Great Britain played a role that was almost peripheral, and this has in the past been something of a hallmark of the Spanish historiography.

One very common line is to claim that Britain did not come to the fore until January 1812, whilst another is to argue that the long periods in which no British soldier fired a shot in Spain were also periods in which Britain played no part in the Spanish war.¹¹ To put it mildly, however, such thinking is extremely superficial, as well as being at least as ignorant as the British tendency to exclude the Spanish war effort from their own historical consciousness. From the end of 1808 onwards, in fact, British military intervention played a decisive role in the struggle, if not *the* decisive role in the struggle. Let us begin with a discussion of the campaign of Sir John Moore in December 1808 and January 1809. On the whole, the Spanish view of these operations have been very negative, Moore being generally held to come to the feast very late, to have behaved in a most unpleasant and unco-operative manner and finally to have abandoned Spain in her hour of need in scenes which came close to resembling a panic-stricken flight. In fairness to the Spaniards, Moore's conduct was far from blameless — in his retreat through Galicia to La Coruña, for example, he pushed his men far too hard and he could certainly have done much more to incommode the advancing French¹² — but let us suppose that things had been different: either that Moore had not hopelessly mismanaged his advance into Spain and therefore got his army to its assigned post of Burgos in time to confront the great French offensive of November 1808, or that, with the situation as it evolved in reality, he had marched from Salamanca to the assistance of Madrid. These are certainly the alternatives that would have best satisfied Spanish opinion both at the time and since, and yet what would have been the result? In brief, disaster: whether at Burgos or Madrid, Moore's 30,000 men would have found themselves enveloped by immense French armies in the open table land of the *meseta* far from the safety of the coast, and the result would almost certainly have been a catastrophe so terrible that it could have knocked Britain out of the war. Far better, then, that Moore should have acted as he did by attacking the communications of the French army in Old Castile. Eager to catch "the hideous leopard", Napoleon marched almost all the troops in central Spain northwards, and in doing so diverted them from the marches he had been planning on Lisbon and Cádiz. In doing so, however, he turned his back on what might have been

his only hope of gaining a quick victory in the Peninsula, for had the French pressed on south and west it is clear that almost nothing could have stopped them. In short, Moore bought the Allied cause time at a crucial moment, and in a sense may even be said to have been the real progenitor of the Peninsular War as the phenomenon with which we are now so familiar.

If Moore's intervention was crucial, the continued presence in the Peninsula of British forces after January 1809 was also extremely important even when the troops were not actually involved in combat. Let us now consider what might have occurred had the Portland administration decided to abandon Spain and Portugal to their devices altogether in the wake of the evacuation of Moore's army from La Coruña, as it easily might have done. Arguing in counter-factual terms is obviously shot through with many difficulties, but it is hard to see how the French armies could have been stopped from spreading out across the Peninsula and gradually putting an end to all resistance. Indeed, even as it was, but for the intervention of the new British army that had been formed in Portugal under the command of the then Sir Arthur Wellesley in the spring of 1809, and, in particular, its participation in the Talavera campaign, Andalucía would probably have fallen in the autumn of 1809 rather than January 1810. At this point, certainly, the Spaniards might still have lined the Sierra Morena with 70,000 men instead of the 30,000 with which they tried to hold it when the French offensive finally came, but if the fighting of the summer of 1809 shows anything, it is that even Spanish armies which had been embodied for many months and received the very best in terms of arms and equipment that the Junta Suprema Central could provide them with were incapable of besting the French in open battle. At Talavera, for example, some Spanish troops had fought well enough yet Cuesta's army as a whole had shown a lamentable tendency to fall into confusion even when it had, for the most part, been merely standing on the sidelines. As Wellington complained, "In the battle of Talavera . . . whole corps threw away their arms and ran off in my presence, when they were neither attacked nor threatened with an attack, but frightened, I believe, by their own fire . . . I have found, upon enquiry and from experience, the instances of the misbehaviour of the Spanish troops to be so numerous, and those of their good behaviour so few, that I must conclude they are troops by no means to be depended on."¹³

But the British government *did* choose to reactivate its intervention in the Peninsula, the result being, first, the expulsion of the French from Portugal, and, second, second, the victory, however ill-starred, of Talavera. We now come to the long hiatus in Wellington's operations that followed the battle of Talavera. Both at the time and since, Spanish criticism of Wellington's refusal to play a more active role in operations in 1809 was heartfelt, and yet what would great involvement have achieved? Had Wellington kept his army at Badajoz in the autumn of 1809 rather than withdrawing into Portugal and then, say, advanced on Madrid at the same time as Areizaga and Del Parque marched on it from the south and northwest, safe in the knowledge that even large Spanish armies had little striking power, the French would presumably have simply contained the two Spanish commanders and rounded on Wellington in overwhelming force, leaving him no option but to retreat to Portugal. In this case, disaster would probably have been avoided and the catastrophe of January 1810 postponed for some little time (always assuming, that is, that Areizaga and Del Parque contrived to save their own armies), but in the end it is hard to avoid the conclusion that, even with the participation of the British army, the Allies were simply too weak to engage in successful offensive operations in central Spain at this point.¹⁴ What, though, of the summer of 1810? Granted that Wellington was right not to intervene in the campaign of November 1809, might he have marched, as is often said, to relieve the fortress of Ciudad Rodrigo when it was set upon by the French in the summer of 1810? Here there is a little more foundation for the Spanish case in that it is probable that the British commander could at the very least have driven the French troops actually besieging the town away from it and thereby given the governor, Andrés Pérez de Herrasti, the chance to repair his defences and replenish his food supplies. But to what end would such an operation have been carried out? Given the immense forces the French were massing for the invasion of Portugal, there was no way that Wellington could have remained in the vicinity of Ciudad Rodrigo for very long, the fact being that to advance would in the end have risked a defeat for no good purpose. "By bringing up every man," writes Oman, "Wellington could have attacked Ney's 30,000 in front of [Ciudad] Rodrigo with 33,000, of whom nearly half would have consisted of the newly organised Portuguese brigades, of which hardly a

battalion would have been under fire. He would have had under 3,000 cavalry to face 5,000 and a marked inferiority of cavalry also . . . If the first stroke should fail . . . Wellington would [also] have Junot's 17,000 men to count with within forty-eight hours. Ciudad Rodrigo lies in a plain . . . and by advancing to relieve it the British army must commit itself to an action in the open. It is no wonder, then, that Wellington refused to attempt the operation: weak in cavalry and with 15,000 troops of uncertain value in his ranks, he would have been mad to embark upon such an operation."¹⁵

Wellington, then, left Ciudad Rodrigo to its fate, and was soon falling back deep into Portugal. The details of the campaigns that followed need not concern us here (except to say that Masséna's 65,000 troops, plus the 10,000 or so reinforcements that were sent to join them, would in the interim have been much better employed in Spain than in the strategic backwater of Portugal), but it was not until March 1811 that the Anglo-Portuguese army was back on the frontiers of Spain. According to the Spanish critique of his operations, it was not for almost another year that it played a significant role in events in that country, but, again, this is dramatically to understate the case. Wellington's operations in 1811 may not have been successful, but they nonetheless had effects that were quite far-reaching. Far from simply allowing himself to be contained on the frontier, he had actually sought the sanction of the British government for offensive operations deep inside Spain, the consequence being that his repeated attempts to recapture Badajoz and Ciudad Rodrigo should be seen, not just as ineffectual pin-pricks but rather the first steps in a much more dramatic campaign that might have taken the Anglo-Portuguese army to Madrid in the summer of 1811 rather than the summer of 1812. To keep Wellington in check, meanwhile, required the full efforts of large forces of French troops, some of them pulled in from as far afield as Andalucía and the Basque provinces, and this in turn ensured that sufficient troops could never be found to put down the various guerrilla forces that were increasingly running amok in such areas as Navarre and Aragón (guerrilla forces that were, incidentally, periodically reinforced by raiding forces that had been transported by British ships from such ports as La Coruña: too often has the subject of Britain's intervention in the Peninsular War been discussed solely in terms of her soldiers).

To conclude, then, even setting aside the leading role that British military intervention played in the history of the Peninsular War from January 1812 onwards, it can be seen that the three years that preceded this date contain plenty of evidence that justifies British pride in the efforts of Moore and Wellington. However limited their participation in the general sweep of military operations, the British troops sent to the Peninsula were in many ways the lynchpin of its defence as well as the key to its liberation (the contrast between the failure of the campaign of Ocaña and the success of that of Vitoria speaks for itself here, though it has to be said that by 1813 other factors, particularly the willingness and ability of Napoleon to commit all his military resources to the Peninsular War, had also changed). To say this is not to engage in jingoism: on the contrary, it is quite clear that, without continued Spanish resistance, the British could never have maintained a permanent foothold in the Peninsula. Writing the Spanish war effort out of the historical record as too many British writers have done is therefore very short-sighted, but, even so, two wrongs do not make a right. Not counting those who died of their wounds or succumbed to illness, approximately 40,000 British soldiers died in the Peninsular War, and it is sad that they should be so scantily remembered in the country where the vast majority of them fell.¹⁶

NOTES

- 1 For readers unfamiliar with the Sharpe novels, a brief overview may be obtained from M. Adkin, *The Sharpe Companion* (London, 1998).
- 2 In many of these instances, the names are not rendered in the standard form: instead, care has been taken to reflect the manner in which they were recorded for posterity at the time.
- 3 The works referred to are E. Longford, *Wellington: the Years of the Sword* (London, 1969); L. James, *The Iron Duke: a Military Biography of Wellington* (London, 1992); C. Hibbert, *Wellington: a Personal History* (London, 1997); G. Corrigan, *Wellington; a Military Life* (London, 2001); R. Holmes, *Wellington the Iron Duke* (London, 2002).
- 4 Excellent introductions to the British army of the Napoleonic Wars may be found in P.J. Haythornthwaite, *The Armies of Wellington* (London, 1994) and R. Holmes, *Redcoat: the British Soldier in the Age of Horse and Musket* (London, 2001).
- 5 For an excellent study of Crabb-Robinson, see E. Durán de Porras, *Galicia, The Times, y la Guerra de la Independencia: Henry Crabb Robinson y la corresponsalía de The Times en La Coruña, 1808-1809* (La Coruña, 2008).

- 6 For an account of the return of Moore's army to Britain, cf. D. W. Davies, *Sir John Moore's Peninsular Campaign* (The Hague, 1974), pp. 258-259.
- 7 C. Oman, *A History of the Peninsular War* (Oxford, 1902-1930), VII, pp. 520-523.
- 8 Cit. Jackson, *Diaries and Letters*, II, p. 374.
- 9 E. Buckham, *Personal Narrative of Adventures in the Peninsula during the War in 1812-1813* (London, 1827), pp. 86-88.
- 10 *Ibid.*, pp. 270-271.
- 11 Not all Spanish views are so condemnatory. Indeed, some authors are positively gracious in their willingness to acknowledge the British contribution. For Carlos Canales, "El pequeño y profesional ejército británico desempeñó un papel esencial en la victoria ante Napoleón", while for José Manuel Cuenca Toribio, "La organización, el método, la disciplina y la constancia correrían fundamentalmente a cargo de los ingleses, a los que, en buena lógica cabe atribuir gran parte si no la exclusividad de la victoria contra los franceses." Cf. C. Canales Torres, *Breve historia de la Guerra de la Independencia* (Madrid, 2006), p. 92, and J. M. Cuenca Toribio, *La Guerra de la Independencia: un conflicto decisivo* (Madrid, 2006), p. 67.
- 12 British historians have always been divided on the subject of Moore. For Napier, he could do no wrong, but Oman has many sharp comments on his handling of the campaign. For a highly critical view, cf. C.J. Esdaile, "El general y el gobierno: la intervención británica en España en 1808", *Revista de Historia Militar*, XLIX (2005), special issue, pp. 79-98.
- 13 Lord Wellington to R. Wellesley, 24 August 1809, University of Southampton, Wellington Papers 1/273.
- 14 At this point it should be remembered that "British army" is the correct term, no Portuguese troops being ready for battle until the summer of 1810; from this it follows that the complaints that are sometimes heard that the covering forces commanded by General Silveira that had been left to protect the frontier of Beira in the summer of 1809 could somehow have forestalled the French concentration in the Tagus valley that put an end to the Talavera campaign are also invalid.
- 15 Oman, *Peninsular War*, III, p. 244.
- 16 In fairness, there are exceptions: the battlefields of La Coruña, Talavera, Vitoria and Albuera all have monuments that commemorate the British part in the fighting.

LOS ENTRESIJOS DE LA ALIANZA
HISPANO-BRITÁNICA: PROBLEMAS MILITARES,
POLÍTICOS Y DIPLOMÁTICOS QUE HUBO
QUE RESOLVER

Don Jesús Maroto

MIEMBRO DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL FORO PARA EL ESTUDIO
DE LA HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA (FEHME)

Desde el principio de la guerra de la Independencia las relaciones hispano-británicas estuvieron marcadas y condicionadas por una conflictividad constante. No fue una alianza fácil, incluso se la ha calificado como «infeliz»¹, ya que la polémica que engendró se extiende todavía en la actualidad. Los historiadores han ocupado el campo que los políticos abandonaron hace casi doscientos años para añadir su interpretación a unos hechos que siguen motivando un desencuentro casi permanente entre españoles y británicos. No parece oportuno entrar a analizar lo que se ha escrito, cómo se ha escrito, puesto que las diferencias de criterio en la valoración de los hechos siguen todavía muy vivas entre los historiadores. No obstante, parece que ambas partes han empezado a hacer un ejercicio de comprensión, ponerse en el lugar de la otra y analizar fríamente los aspectos que justificaban a cada una. La comprensión sólo puede llegar por este procedimiento. No es fácil, pero creo que, como parte española, me debería situar en cómo la británica comprendió el conflicto y cómo su actuación se hizo de una determinada manera.

Para llegar a describir los problemas que hubo que resolver es necesario partir de una pequeña descripción del concepto que ambos lados tenían de la guerra de la Independencia o «Peninsular War».

Para Gran Bretaña el inicio de la guerra en España suponía el cambio radical de una nación con la que todavía se mantenía una guerra en un posible aliado y la apertura de un inesperado frente en el sur de Europa. El emperador se vería obligado a intervenir desviando tropas de Alemania a España. El bloqueo continental se podría romper por este sur. La creación de ese frente interesaba para ir debilitando a Francia, pero Gran Bretaña era consciente de que sus recursos humanos y materiales no eran suficientes para derrotar ella sola a Napoleón. Ni siquiera con la ayuda de todos los españoles era posible hacerlo. Por lo tanto, esta oportunidad suponía que el Reino Unido podría aportar hombres y materiales, pero en cantidades limitadas en el primer caso y según la disponibilidad de los recursos en el segundo caso. A España se podría enviar un ejército poco numeroso de alta calidad profesional que debería entretener a los ejércitos franceses el mayor tiempo posible para que las potencias centrales europeas, Austria, Prusia y Rusia, pudieran recuperarse de las derrotas anteriores y volver a iniciar otra guerra con Francia. Un ejército británico contra varios ejércitos franceses. Por lo tanto, ya que se trataba de un solo ejército habría que cuidarlo al máximo. En realidad éste era el ejército británico. Al poner al frente del mismo a Arthur Wellesley esta estrategia se aplicó de forma rigurosa y coherente. Sólo había que arriesgar a los soldados británicos en batallas defensivas, de puro desgaste, conociendo muy bien el terreno y teniendo siempre la posibilidad de retirarse a Portugal, donde se había establecido una línea de abastecimiento que se prolongaba hasta Lisboa. El mismo Wellesley afirmó que su objetivo principal era la defensa del territorio portugués y no la liberación de la nación española. Sabía que no podía hacerlo con medios limitados. Cuando Wellesley desembarca en abril de 1809 en Lisboa sólo cuenta con 25.000 hombres, a los que se podrían sumar unos 16.000 portugueses. Una cifra muy dispar si se compara con la que los franceses llegaron a disponer en España y que en algunos casos superó los 360.000 hombres. Casi uno contra diez. En consecuencia, ese ejército sólo se podría enfrentar numéricamente con un ejército francés, pero no contra varios al mismo tiempo y ni siquiera de forma consecutiva, como luego veremos. Además, la terrible experiencia de sir John Moore al penetrar por el interior de España sin haber evaluado debidamente los caminos de acceso, para encontrarse con la desoladora realidad, en noviembre de 1808, de que los ejércitos españoles con los que debería colabo-

rar habían sido destruidos —lo que le obligó a una terrible retirada hacia La Coruña que le costó la vida—, era un precedente siniestro que siempre pesaba para evitar llegar a una situación similar. Una línea de retirada hacia Lisboa siempre debería estar disponible por si fuera necesaria una evacuación, que no daría lugar a la citada de sir John Moore. Si se penetraba de nuevo en España sería necesario hacerlo con las garantías suficientes para que se conservaran las unidades con pocas pérdidas. Por lo menos, con el menor desgaste. Este era otro factor decisivo. Si se perdía el terreno conquistado, no importaba, lo principal era conservar hombres. Ese terreno además pertenecía a otra nación, español o portugués. Con el menor número de bajas posibles, la retirada no se consideraba una derrota sino algo diferente. La información sobre la situación de los franceses, el aprovisionamiento asegurado desde Portugal y desconfiar de ciertas promesas de los españoles, tanto de sus informes sobre los movimientos franceses como de su interés en la cooperación, deberían marcar la actuación británica en el principio de su intervención en la Península Ibérica. El ejército británico en la Península debería ser una amenaza latente de tal calibre que, sin ser mortal para Francia, ésta se viera obligada a mantener una fuerza muy numerosa en España que habría sido necesaria en otros teatros bélicos. Esta estrategia obligaría a los franceses a una campaña de una duración mucho más larga de lo que estaban acostumbrados en el resto de Europa. Tiempo largo versus tiempo corto. Para los británicos no había prisa. Mantenerse en España con pocas pérdidas era ya un gran triunfo.

La concepción española de esta guerra era muy diferente, se puede decir que opuesta. El país estaba ya invadido en gran parte al comienzo de la guerra, escaso de recursos materiales, sobre todo en armamento, con una gran cantidad de hombres disponibles que se podrían movilizar, pero a los que difícilmente se podría armar, vestir y mucho menos instruir. No había tiempo para esto último. La alianza con el Reino Unido suponía para los españoles que una nación rica podría resolver todos esos problemas, además de que ayudaría con sus fuerzas a expulsar a los franceses de inmediato. La clave estaba ahí, en el tiempo necesario. Las autoridades que encabezaron la resistencia, convertidas más tarde en Juntas Provinciales, luego en la Junta Central y definitivamente en la Regencia, querían sólo victorias. La derrota lo más rápida posible de los franceses. Bailén actuó como un engañoso espejismo de lo que podía ser un

modelo de las posibles batallas que se soñaban, cuando la realidad era completamente diferente. Pero los españoles pensaban que la ayuda británica sería decisiva para arreglar su situación en muy poco tiempo. Las autoridades españolas sentían que no podían perder más territorio, que la rendición de una plaza fuerte era una catástrofe que pesaría sobre la moral de los que todavía seguían luchando. Los ejércitos derrotados deberían volver una y otra vez a enfrentarse a los franceses para acumular más desastres, que se aceptaban y asumían con el conocido y resignado lema de «No importa». Por eso, aunque, a veces, sólo había restos o esqueletos de ejércitos, la propaganda en la región por donde se movían se magnificaba para dar la sensación que eran mucho más importantes de lo que en realidad podían ser. La fantasía debía alimentar la moral de la población, y en algunos casos funcionó. Algunos generales que se nombraban, o ponían, al mando de estos débiles ejércitos no eran tan ineptos y tan imbéciles como se suponía, sino más bien sabían que contaban con profundas y graves limitaciones. La sensación de aceptar una batalla o un combate, de forma aparentemente insensata, con nulas posibilidades de salir victorioso, pesaba en el ánimo de varios, quizás de muchos, hasta hacerlos aparecer como irresolutos o incompetentes ante los ojos de los británicos. Conocían sus carencias y a pesar de eso había que ir al enfrentamiento frontal sabiendo que casi todas las posibilidades estaban en contra. Desde el punto de vista español, el tiempo, si se prolongaba, era un factor negativo porque creaba en la población que permanecía bajo la ocupación francesa la sensación de que la guerra estaba perdida. Posiblemente esta sensación fue la que movió a la población de Sevilla, Córdoba, Málaga y otras a dar un triunfal recibimiento al rey José I en los primeros meses de 1810 cuando tiene lugar esa invasión. No tiene nada de extraño que la caída de ciudades como Zaragoza, Gerona, Ciudad Rodrigo, Tarragona, Tortosa y otras fueran consideradas como verdaderas catástrofes porque todas ellas representaban acertadamente una simbología de la resistencia que había fracasado en las batallas a campo abierto.

La inicial rebelión española podía considerarse como caótica si se analiza la forma en que se organizó. Cada Junta Provincial actuaba por su cuenta declarando la guerra, en algún caso, de forma unilateral a Francia. Los recursos que se enviaron desde Gran Bretaña para varias juntas después de que se habían enviado delegados para solicitar ayuda, a veces no salían de esa región. Por

ejemplo, la de Asturias había recibido veinte millones de reales de Gran Bretaña y sólo había entregado dos a la Junta Central, y de 20.000 hombres bajo las armas en su zona sólo aportó 8.000 a la batalla de Espinosa de los Monteros². La autonomía en la decisión para repartir estos recursos se convirtió en un egoísmo absurdo a los ojos de los observadores militares británicos que no podían comprender que los envíos no se compartieran con las otras provincias, pero la explicación en muchos casos se basaba en las sospechas de afrancesamiento que se combinaban con las ansias locales de poder. No tiene nada de extraño que estos observadores, que llegaron a España en junio de 1808, encontraran este proceder tan absurdo como siniestro.

Otro aspecto que actuaba como un imán para los responsables de la lucha era la necesidad de reconquistar Madrid a toda costa. La capital tenía una fuerte atracción para ellos y su obsesión era recuperarla, como ocurrió después de Bailén, pensando que la guerra estaba ganada con ese hecho. De esta forma se perdieron ejércitos que podrían haberse conservado intactos al plantear batallas, como Uclés, Almonacid y Ocaña, en la meseta central de Castilla, donde la caballería francesa gozaba de una superioridad más que indiscutible, total. Otro aspecto que condicionaba la marcha de las operaciones desde el lado español era la falta de un mando único. Arthur Wellesley, más tarde Wellington, debía de ponerse de acuerdo con un general español —que parecía a veces obstinado, intransigente y orgulloso— para conjugar cualquier acción y esto suponía multiplicar los problemas de coordinación. Pero como, al mismo tiempo, a los británicos no les gustaba ponerse bajo el mando de un general español que les diera garantías suficientes, los conflictos eran difíciles de resolver. Las impacencias y sobre todo las improvisaciones del lado español enojaban al británico. Pero, además, las gestiones de los diplomáticos británicos para que los responsables españoles resolvieran la cuestión del mando único fueron sentidas como un intento de manipular los asuntos internos.

Al comienzo de la guerra, España era un país cuya economía estaba en total bancarrota. Si a principios del siglo XIX ya había grandes dificultades para alimentar a la población, la presencia continua de tropas en determinadas regiones empeoraba la situación. La hacía tan catastrófica, que los ejércitos de ambos bandos se quedaban inmovilizados por la falta de comida. Esto no era

un caso infrecuente en el norte de Extremadura, zona de continuos combates y circulación de unidades. Por eso, si las mismas fuerzas españolas debían actuar de forma radical y, a veces, muy dura para conseguir alimentos, malamente podían alimentar a los soldados británicos que estaban menos acostumbrados a pasar las privaciones del calibre que aquí se encontraron. Lo mismo se puede decir de los medios de transporte. Un compromiso por parte de la Junta Central o la Provincial de turno en ese sentido carecía muchas veces, la mayoría, de visos de realidad para poderse llevar a la práctica.

Con esta presentación previa, excesivamente larga, pero necesaria, es lógico que los problemas militares y políticos y que había que resolver fueran calificados como impresionantes. Se podrían analizar de forma cronológica.

El inicio de la forma británica de actuar, ya descrita, se encuentra en la carta enviada por Arthur Wellesley al ministro de la Guerra, lord Castlereagh, el 7 de marzo de 1809:

He tenido siempre la opinión de que Portugal podría ser defendido cualquiera que fuese el resultado de la contienda en España y que las medidas tomadas para la defensa de Portugal podrían ser muy útiles para los españoles en su lucha contra los franceses. Mi idea es que la fuerza militar portuguesa debería ser reconstruida y que además de estas tropas, Su Majestad podría utilizar 20.000 tropas británicas incluyendo 4.000 de caballería. Mi opinión es que, aunque España fuera conquistada, los franceses no serían capaces de someter Portugal con una fuerza inferior a los 100.000 hombres. Mientras la lucha continúe en España esta fuerza (los 20.000 hombres) podría estar en acción, lo cual sería de gran utilidad a los españoles y podría eventualmente decidir la contienda³.

Esta carta ya indica la idea de Wellesley sobre el uso de ese ejército numéricamente muy reducido y que su empleo sería de «gran utilidad» a los españoles cuando esté actuando en Portugal. No se menciona una posible actuación permanente en España.

Desde la liberación de los puertos de Galicia el flujo de envíos británicos de armas y pertrechos es abundante y permite que las improvisadas fuerzas patriotas de Galicia consigan la evacuación francesa amenazada además por la presencia británica en Portugal.

Vayamos ahora a la campaña de Talavera donde esta alianza pasaría por una crisis importante. Sobre esta campaña se ha escrito mucho en el Reino Unido donde se han publicado varios libros⁴ y otro tanto sucede en España, uno de los cuales tiene un título tan significativo como *Crisis de una alianza*⁵. Aquí la polémica está servida y a gusto del consumo que los diferentes historiadores de ambos países han podido pasar por la cocina de su interpretación. Esta campaña, que tiene lugar en julio de 1809, es la única que caracteriza en tres años la penetración, o si se quiere, la incursión en profundidad más importante del ejército anglo-portugués en España. La próxima es en Arapiles, julio de 1812. No hay otras.

Después de la expulsión del mariscal Soult de Portugal, Arthur Wellesley tenía varias alternativas. Una de ellas era marchar sobre Salamanca desde Almeida donde no se encontraban fuerzas francesas importantes, pero tampoco había españolas con las que montar una operación combinada. La segunda era enfrentarse al mariscal Victor que después de su victoria en Medellín se había situado al norte de Extremadura sin haber avanzado sobre Badajoz o Sevilla y donde se podía contar con el ejército del general Cuesta. Entre ambos podían llegar a más de 50.000 hombres, duplicando así a los de Victor. Parece que, en principio, el objetivo de Wellesley era sólo de vencer a Victor. Sin embargo, este mariscal, que estaba padeciendo las consecuencias de mantenerse en una región tan devastada por la guerra que no tenía recursos para alimentar a sus hombres, recibió el visto bueno del rey José para retirarse hacia Talavera. Allí podría encontrar suministros estando cerca de Madrid. Esta retirada cambiaba el plan inicial acordado en varios correos con el general Cuesta y obligaba a que el ejército británico debería recorrer una gran distancia en España para presentar batalla al mariscal francés. La colaboración con Cuesta era vital y había que valorarla sobre el terreno. Wellesley se desplazó a Casas del Puerto de Mirabete donde le esperaba Cuesta con su ejército. Allí tuvo la oportunidad, tanto él como sus ayudantes, de valorar la calidad de este ejército y esa valoración no resultó positiva. Según la apreciación de lord Londonderry, que acompañaba a Wellesley, se trataba de campesinos armados parcialmente como soldados, mal equipados, con poca instrucción y disciplina, bajo el mando de generales que eran de edad avanzada con sólo dos excepciones. Todo ello coincidía con los informes de otros observadores que habían acompañado a

Cuesta en los meses anteriores, incluso en el desastre de Medellín. En esta sangrienta batalla que tuvo lugar a finales de marzo de ese año, Víctor aniquiló el ejército de Cuesta y éste había tenido sólo tres meses para reconstruirlo a pesar de las aportaciones de nuevas unidades que había enviado la Junta Central. Era imposible instruir en ese tiempo a campesinos de la Extremadura profunda en el uso de las armas de fuego. Es probable que algunos hicieran su primer disparo en la batalla que se avecinaba con los resultados que lógicamente ocurrieron.

El segundo problema que se le planteaba al general británico era que debía hacer el mismo recorrido que su rival francés: marchar con sus hombres en una región completamente agotada por el tránsito de los ejércitos. El general inglés había recibido promesas desde la Junta Central de que entre Coria y Plasencia podría encontrar carros y alimentos. Pero la realidad fue muy diferente. No sabemos si Wellesley tenía información por medio de uno de sus subordinados, Benjamín D'Urban, de que Cuesta ya estuvo a punto de renunciar en el mes de enero al mando, porque la Junta de Extremadura no le proporcionaba alimentos para sus hombres, ni siquiera para los caballos. La recogida de estos recursos por parte de la Junta de Extremadura no era fácil debido al mercado negro que varios inspectores practicaban por los pueblos que inspeccionaban. Por tanto, el aprovisionamiento del ejército de Wellesley era bastante dudoso. Además, las relaciones personales del jefe británico con el general Cuesta comenzaron a complicarse. Su origen estaba en los interiores, o si se quiere, en los pasillos de la propia Junta Central, la cual, como suprema institución de la resistencia española, generaba numerosas intrigas entre todos los que aspiraban a una parcela de poder cualesquiera que fuera su tamaño. Esta Junta había sufrido varias conspiraciones para sustituir a sus componentes protagonizadas una de ellas por el conde de Montijo, un verdadero profesional, que había convertido el arte de la conspiración permanente en el anhelo principal de su existencia. Cuesta tenía en esta pequeña corte numerosos enemigos. Entre ellos podían incluirse algunos compañeros de armas, como el duque del Infantado, que habían sido destituidos por reveses anteriores, mientras que Cuesta continuaba al mando del ejército de Extremadura a pesar de la catástrofe de Medellín. Algunos de los intrigantes deseaban dar el mando del citado ejército al duque de Alburquerque, que era responsable de una división de caballería del

mismo. El duque era un admirador de los británicos y amigo personal de John Hookham Frere, el ministro plenipotenciario. Éste había dirigido varios escritos a la Junta recomendándole el mando de un cuerpo independiente que funcionara en estrecha colaboración con el ejército de Wellesley⁶. Pero Frere había comentado privadamente a sus amigos de la Junta la posibilidad de que el mando de los ejércitos españoles fuera confiado a Arthur Wellesley. Sin embargo, el diplomático británico era consciente de que, a pesar de que la fama del vencedor de Vimeiro y Oporto era grande, todavía no era ocasión ni momento para que los generales españoles aceptaran que la defensa de su país se confiara a un general extranjero a pesar de las derrotas de Espinosa, Tudela y Medellín. El propio Wellesley sabía que todavía no era el momento oportuno y así se lo hizo saber a Frere en una carta enviada antes de reunirse con Cuesta⁷. Pero como en Sevilla la discreción de muchas personas relacionadas con miembros de la Junta no era una virtud, la caja de resonancia de los rumores estaba lo suficientemente cargada de decibelios como para que los amigos de Cuesta informaran a éste sobre los citados rumores y las sugerencias de Frere. Todo esto debía determinar de forma muy negativa las relaciones entre los dos generales.

Sin intentar hacer una apología del general Cuesta, porque su contrapartida británica es suficientemente conocida, bastará la descripción breve de algunos hechos que hasta entonces habían actuado como importantes condicionantes en su conducta. No se trata de que actúen como justificación, si no por lo menos de comprensión. Este general, que era capitán general de Castilla, se encuentra en Valladolid cuando la rebelión le coge, como a otros muchos cargos militares, con el paso cambiado. Esta confusión que a varios generales les costó la vida, a Cuesta estuvo a punto de sucederle lo mismo. En Valladolid se montó una horca para convencer al obstinado general que ese era el destino que le esperaba si no se incorporaba a la lucha contra los franceses. Cuesta, que contaba sólo con unos dos mil hombres de la guarnición, no tuvo más remedio que aceptar esa «sugerencia» y verse obligado por los «rebeldes», o «patriotas», según se mire, a aceptar un combate en el puente de Cabezón de forma disparatada desde el punto de vista militar. Después interviene en la batalla de Medina de Rioseco junto con el ejército de Galicia al mando de Blake, el cual llevaba instrucciones concretas de la Junta de

Coruña de desconfiar de Cuesta y no ponerse a sus ordenes. Consecuencia: una batalla perdida, porque ambos generales actúan separadamente. Después de este suceso, el general Cuesta debe hacer frente a las maniobras del antiguo ministro de Marina, Valdés, que operando desde la Junta de Galicia pretende que su caballería, lo único que le queda de sus fuerzas, pase a depender del ejército de Galicia, cuyo jefe seguía siendo Blake. Como consecuencia, Cuesta hace aprisionar a Valdés en septiembre junto con su sobrino, pero la Junta Central, a su vez, destituye y arresta a Cuesta ese mismo mes. Cuando la Junta evacua Aranjuez, se le conduce a Sevilla, pero es liberado en Mérida por un movimiento popular que quiere hacerle jefe del ejército de Extremadura. Este nombramiento se hace teniendo en contra a las dos juntas, la Central y la de Extremadura. El general Cuesta debe crear un ejército partiendo de cero y hacerlo con rapidez porque el mariscal Victor se decide invadir Extremadura. La Junta no le abastece, amenaza con dimitir y sólo en tres meses debe preparar a sus hombres para repeler al mariscal francés. Cuando se ve obligado a hacerlo, porque la Junta no acepta que se retire cerca de Badajoz, tiene que plantear la batalla de Medellín, que resulta una auténtica catástrofe. Hay que reconstruir un ejército en tres meses, que es el que coincidirá con el británico en la campaña de Talavera.

Con estos condicionantes es normal que Cuesta actuase de determinada manera en esa campaña ante los militares británicos que le podían calificar a este anciano general de orgulloso, obstinado, siniestro, malvado, achacoso, estúpido y muchos más adjetivos⁸. Todos son pocos. Para acabar de rematar el panorama, la Junta tiene la «brillante» idea de nombrar al general Venegas, enemigo personal de Cuesta, para que realice una diversión cerca de Toledo con objeto de distraer la fuerza del mariscal Sebastiani y que actúe a las órdenes de Cuesta. Con estos precedentes, más bien ingredientes, es fácil comprender que las relaciones hispano-británicas en la campaña de Talavera no podían salir bien. Lógicamente Arthur Wellesley se encontraba con un general desconfiado e intransigente, que recibía con mucho recelo cualquier sugerencia británica y que sospechaba que Wellesley era otro intrigante que aspiraba a ser su jefe. Más aún, porque Cuesta era casi treinta años mayor que su colega británico y sabía que su vida se consumiría en esta campaña con un juicio de la historia que podía ser muy negativo.

No entra dentro de esta ponencia la descripción de la campaña de Talavera después de un preámbulo tan extenso. Baste saber que cuando el ejército británico llega a España comienzan los problemas de abastecimiento al ser incapaz la Junta de Extremadura de suministrar alimentos y sobre todo medios de transporte. Más adelante, cuando Wellesley sugiere desplazar una fuerza de 10.000 hombres en dirección a Ávila para vigilar la posible llegada del ejército del general Mortier, que se le suponía esos días en Valladolid, Cuesta se niega a que esta fuerza la compongan los españoles, porque sospecha que estaría bajo el mando de Alburquerque y sería demasiado darle oportunidades para hacer méritos que le sirvieran para conseguir un futuro mando del ejército de Extremadura. En estas circunstancias, la colaboración de ambos generales en jefe se irá transformando en un lamentable tren de sombras hasta la propia batalla de Talavera.

Parece innecesario contar con detalle la serie de acontecimientos que han rodeado esta batalla relatada por bastantes historiadores⁹ de los dos países, más coincidentes de lo que parece a simple vista, pero en gran parte exculpatorias sobre si los objetivos se malograron por la actuación de la otra parte. Uno de las grandes polémicas ha sido la de la negativa de Cuesta a atacar a Victor al amanecer del día 23 domingo, lo que permitió al mariscal francés escabullirse esa noche al comprobar la presencia de dos ejércitos combinados. Ante esta huida, Cuesta se lanza por su cuenta y riesgo en su persecución esperando, incluso entrar en Madrid, antes que su subordinado Venegas, que tenía instrucciones secretas de la Junta para ocupar la capital en lugar de atacar a Sebastiani. La sorpresa de Cuesta fue que se encontró con las fuerzas combinadas de Victor, Sebastiani y la reserva del rey José, las cuales estuvieron a punto de destruirle en esa aventura. Durante la batalla de Talavera el peso principal del ataque francés lo llevó el ejército británico y durante la misma hubo un incidente lamentable la tarde del día 26. Una masa de jinetes franceses se adelantó frente a las 3.^a y 4.^a divisiones españolas, sus miembros respondieron con una gran descarga de mosquetes pero cuatro batallones de la división de Portago, asustados por el ruido de su propia descarga, gritaron «traición» y salieron huyendo, tirando sus armas y llegando a saquear los bagajes del aliado británico. Esto fue presenciado por el propio Wellesley, que quedó marcado por lo que presenció: «Dos mil de ellos escaparon en la tarde del 27, a no más de cien

yardas de donde yo me encontraba, nadie les atacó ni les amenazó con un ataque, solamente se asustaron del ruido de sus propios disparos. Dejaron sus armas y equipos en el suelo, sus oficiales se fueron con ellos y saquearon el bagaje del ejército británico, que estaba en retaguardia. También huyeron otros muchos que yo no vi», escribió a Castlereagh el 25 de agosto¹⁰.

De poco sirvió que Cuesta quisiese ejecutar a los doscientos fugitivos apresados de los dos mil huidos y se contentara con fusilar a veinticinco a ruegos del propio británico, que opinaba que se excedía en el castigo. Wellesley nunca olvidó este episodio: de todo lo que presenció en esta campaña, esta visión de la huida de los cuatro regimientos españoles fue la visión que más le afectó y que más influencia tuvo en su futura conducta¹¹. De hecho, después de Talavera nunca encontraremos a Arthur Wellesley actuando de forma combinada con otro ejército español de cierta importancia, y cuando eso ocurrió, éste lo hacía bajo sus órdenes en Vitoria. Es evidente que los historiadores españoles han querido restar importancia al incidente y en cambio algunos británicos, como Napier, la dieron bastante más, incluso la exageraron¹². Aunque se tratara de soldados bisoños, campesinos sin entrenar y que el resto de las fuerzas españolas tuviera un comportamiento más que aceptable en esta batalla, los juicios de comprensión o de justificación no entraban en los cálculos de este general de mirada azul glacial. En adelante no confiaría en tropas españolas si éstas no demostraban que estaban debidamente preparadas.

A finales de julio, mientras que el ejército aliado se recupera en Talavera, el mariscal Soult, al frente de tres cuerpos de ejército, aproximadamente 50.000 hombres, procedentes del norte, llega hasta Naval Moral, a 35 kilómetros de donde estaba el puesto de mando aliado, y corta las comunicaciones con Portugal y Extremadura. No era una simple excursión como suponía Wellesley, que decide salir a su encuentro con los 18.000 soldados británicos. Mientras tanto, quedaba la amenaza del ejército batido de Victor frente a Talavera, y Cuesta decide evacuar esta ciudad sin poder trasladar nada más que la mitad de los heridos británicos. Wellesley, al darse cuenta de la realidad de las fuerzas de Soult y de la trampa en que se podía encontrar —de hecho, ya se encontraba— con las comunicaciones cortadas, decide la retirada a Extremadura por los tortuosos caminos de la orilla izquierda del Tajo. Al menos salvaba su ejército. En realidad, había cumplido su objetivo de vencer a Victor y si

hubiera entrado en Madrid, ya que Venegas con sus indecisiones había perdido esa oportunidad, se habría encontrado con sus hombres sitiados y expuestos a una segura destrucción parecida a la que ya había tenido lugar con el ejército de Palafox en Zaragoza. Evidentemente esta decisión de no enfrentarse con Soult por la desproporción de hombres y la dudosa ayuda de las tropas de Cuesta, sirvió para irritar a ciertos historiadores españoles que le acusaron de que había recurrido a una «espantada». Como siempre el tiempo le dará la razón, pero las relaciones hispano-británicas se situaron en el punto más bajo de su existencia después de esta campaña frustrada. La amargura se apoderó del corazón de muchos oficiales británicos, que se lamentaban por no haber conseguido nada positivo tras aquella campaña después de tantos sacrificios como habían hecho. Desde su punto de vista, los españoles eran unos cobardes que se aprovechaban de los héroes británicos. En cambio, desde el español, los británicos habían abandonado a sus aliados, y los españoles se quedaban solos frente al imparable avance de fuerzas francesas más numerosas y de mucha mejor calidad. Esta larga descripción de la campaña sirve como botón de muestra que la colaboración entre ambas partes todavía debería pasar por varios periodos de duras y difíciles pruebas hasta que los españoles aceptasen que la principal solución para expulsar a los franceses pasaría por nombrar a Arthur Wellesley como jefe supremo aliado. Después de esta campaña, Arthur Wellesley ya era lord Wellington, vizconde de Talavera.

Ese mismo año, el espejismo de Bailén actuaba de forma funesta para la Junta Central y ésta se creyó capaz de repetir la campaña triunfal de 1808 que provocó la evacuación de Madrid por parte de los franceses. En contraste, las recomendaciones de Wellesley a la Junta —al negarse a formar parte en esta nueva ofensiva con el precedente de Talavera— eran las de una táctica defensiva en el sur, agrupando y coordinando divisiones para que se fueran formando unidades entrenadas y bien equipadas. Pero esto suponía de facto dejar a los franceses más de la mitad de España. Estos consejos los había dado Wellington personalmente al viajar a Sevilla a principios de noviembre¹³. Pero no eran admisibles para la Junta Central, que temía que el tiempo jugara a favor de los franceses al resignarse los españoles de la parte ocupada a aceptar su presencia y si Napoleón ganaba a Austria en la nueva guerra que había comenzado en el centro de Europa, podría enviar a la Península más hombres. La decisión de la

Junta Central de atacar se toma sin estar las unidades debidamente preparadas y contando con la reagrupación de restos de unidades que han sido vencidas una y otra vez en batallas anteriores. Para rematar esa decisión de la Junta Central, se nombra general en jefe a Juan Carlos de Areizaga, la persona menos indicada para esa misión. El resultado fue muy distinto de lo que las ilusiones esperaban, porque todo acabó con una gran derrota en la batalla de Ocaña. El ensueño se había convertido en un desastre de enormes dimensiones que supuso la aniquilación de los ejércitos del Centro español, Castilla y parte de Extremadura. España volvía a perder la guerra técnicamente, por segunda vez (si suponemos que la primera fue cuando Napoleón entró en Madrid en diciembre del año anterior). En el sur sólo quedaba Cádiz como baluarte de la resistencia y todo indicaba que terminaría rindiéndose al mariscal Victor en poco tiempo. La alternativa más atrayente para muchos soldados veteranos, que habían conocido varias derrotas, era formar parte de las guerrillas que se estaban creando, lo cual tenía muchas ventajas, tales como la del saqueo indiscriminado o la falta de disciplina militar, además de la posibilidad de luchar cerca de sus hogares. Sólo grupos de oficiales del ejército español pensaban que la resistencia a muy largo plazo podía terminar en un triunfo. Pero éste se veía muy lejano si no se podía contar con más ayuda británica.

Las intenciones de los diplomáticos británicos sobre las condiciones para la ayuda se fijaron en las instrucciones que Cannig había dado a Henry, marqués de Wellesley, hermano mayor de Wellington, que llegó a España en julio de 1809 como embajador para sustituir a Frere. Estas instrucciones eran:¹⁴

- Que el ejército español fuera puesto a las órdenes de un comandante británico (por ejemplo Wellington).
- Que los puertos hispanoamericanos quedaran abiertos al comercio británico.
- Que Cádiz tuviera una guarnición británica.

Estas demandas presentadas en varias visitas convenientemente dosificadas al secretario general, Martín de Garay, fueron rechazadas basándose en el mal efecto que podían producir en ciertos sectores, especialmente el militar para la primera y el comercial para la segunda. Esta negativa daba argumentos al general en jefe británico para mantener su posición de no colaborar con ningún otro similar español. Pero, además, las cosas se le complicaron al hermano de

Wellington en su nuevo cargo. Las diferencias con la Junta dieron paso a que se extendieran en ciertos grupos el rumor del disgusto del embajador británico por la manera de proceder de aquélla y avivaron las corrientes de la oposición a la Junta Central que había en ciertos sectores de la alta sociedad, la propia administración de la Central, militares destituidos y sin mando y varias Juntas Provinciales que a duras penas admitían la autoridad de la Central. Entre ellas se encontraban la de Extremadura que atemorizada por una próxima invasión francesa intentó contactar, por medio del conde de Montijo, con el propio Wellington para que la ayudase. Ponía todos los recursos militares a su disposición sin contar con la Central. También los descontentos se localizaban en parte de la Junta de Sevilla por haber perdido poder ante la Central y se personificaban en Rebolledo, el hermano de Palafox, el duque del Infantado y el citado conde de Montijo. Ya se sabe que este último había convertido la conspiración permanente en el afán cristalino de su vida. Los conjurados contaban con parte de la guarnición de Sevilla para un golpe de estado que mandaría a los miembros de la Central a Manila y se constituiría una Regencia que establecería el Consejo Real con todas sus facultades. Para poner en marcha este complot el duque del Infantado se entrevistó con el embajador Henry Wellesley para solicitar su visto bueno. Aunque a éste no le gustaba en absoluto cómo resolvía los problemas la Central, no se prestó al juego y contestó al duque del Infantado su decisión de no comprometerse con ellos. De inmediato, informó a Martín de Garay de la conspiración pero sin dar nombres. La Junta procedió en consecuencia, arrestando a los que pudo encontrar mientras que otros huyeron¹⁵. El estado psicológico del embajador Wellesley se refleja en la carta enviada a su hermano sobre el bajo concepto que tenía de los componentes de la Junta Central, puesto que se sentía dentro de un verdadero nido de avispas:

Durante los últimos dos días he estado ocupado en salvar el cuello de estos bribones redomados (*caitiffs*) de la justa furia e indignación del pueblo y de la soldadesca, y lo he conseguido. Un complot regular se había formado para detenerlos (yo creo que para colgarlos). Aunque no debería sufrir tal ultraje ante mis narices, he intervenido y salvado a los canallas de la soga. Sólo manifestaron gratitud durante una hora, pero como ahora se creen seguros han comenzado a engañarme otra vez¹⁶.

Pasada la tempestad, Martín de Garay solicitó la opinión del embajador británico sobre las orientaciones políticas necesarias y obtuvo cinco sugerencias:

1. La Junta Central debería nombrar un Consejo de Regencia integrado por cinco personas como mucho.
2. Las Cortes se deberían reunir en el plazo más breve.
3. Los restantes miembros de la Central que no entraran en la Regencia pasarían a constituir un Consejo Deliberante.
4. En los decretos para materializar los puntos 1 y 2 se añadirían artículos para reparar las injusticias y corregir los abusos más notorios.
5. la Regencia se debería de ocupar de las reformas necesarias en todo el sistema español para que las tropas pudieran colaborar con eficacia con las británicas¹⁷.

En resumen, la lógica de estas sugerencias se reducía a que todas las medidas se deberían enfocar a que las actividades políticas se subordinasen a las necesidades de la guerra. Curiosamente estas mismas sugerencias coincidían en parte con la idea del «conspirador» duque del Infantado y con otros personajes importantes, como Jovellanos, que deseaban unas reformas en profundidad para movilizar al país en los críticos momentos actuales.

La dimisión de la Junta Central después de la ocupación de Sevilla por los franceses dio paso a una Regencia que se parecía bastante a lo sugerido por el embajador británico. Las propuestas se habían convertido en una pequeña profecía que se cumplía un año más tarde. No le fue fácil esta actuación al embajador, porque antes de partir para España Canning le había recomendado que evitara cualquier apariencia de deseo de intervenir en los asuntos internos de España y que cuando la Central le pidiese opinión, la diera de forma que no pareciera autoritaria, ni hiriera las susceptibilidades de ese nuevo Gobierno.

La ayuda británica no podía materializarse porque la invasión de Portugal por el mariscal Massena iba a tener lugar en la primavera de 1810 con unidades procedentes de las campañas de Alemania. Unos 138.000 soldados entran en España entre diciembre de 1809 y septiembre del siguiente año¹⁸, de los que 50.000 se destinarán al citado mariscal. Wellington ya había tomado las medidas necesarias para aguantar este golpe de ariete francés que progresivamente se iría atenuando hasta la línea de Torres Vedras.

Antes, el sitio de Ciudad Rodrigo crea otra muralla de incompreensión entre españoles y británicos. Esta ciudad sucumbió después de un asedio de veinticuatro días, de los cuales dieciséis fueron de un continuo bombardeo. El ejército británico se encontraba en la frontera con una vanguardia al mando del enérgico Crauford, el mítico jefe de la Light Division, cerca de la fortaleza y a pesar de las incesantes llamadas de socorro de su defensor, Herrasti, éste tuvo que capitular sin que Wellington se decidiera a abandonar su estrategia defensiva y plantear batalla con sus 32.000 hombres a su rival que además llevaba como segundos a Ney y Junot. Los españoles lo tomaron como una «traición» e incluso el general La Carrera se separó de la vanguardia británica para reunirse en Extremadura con las tropas del marqués de la Romana. Como todo se olvida, éste general decidió entrar en Portugal dos meses más tarde con dos divisiones al mando de La Carrera y O'Donnell para reforzar a Wellington en Torres Vedras.

De forma sorprendente, la fortaleza de Cádiz resistía el cerco francés e incluso había comenzado a montar expediciones en las zonas ocupadas a base de pequeños contraataques. A principios de 1811 las fuerzas que había en Cádiz casi duplicaban a las del ejército sitiador al mando del mariscal Victor y se decide atacar a éste con la idea de levantar el sitio. En la ciudad estaba también una unidad británica de 5.217 hombres al mando de sir Thomas Graham. Éste tenía instrucciones de su Gobierno de no emprender operación alguna en que no tuviera el mando de las fuerzas aliadas¹⁹. Como los españoles aportaban en la operación casi 15.000 hombres, el teniente general Manuel de la Peña, comandante interino del cuarto ejército español, reclamó el mando de la misma por ser el que mayor contingente aportaba. Este general, antiguo y discreto colaborador de Castaños en Bailén, se distinguía como hombre precavido e indeciso en grado sumo, con tendencia a eludir las responsabilidades del mando. Por lo tanto, al ponerle al frente de estas fuerzas combinadas su obsesión será la de no ser derrotado y conservar a salvo a sus hombres. También es verdad que en otras expediciones la Regencia daba instrucciones a los jefes para que se arriesgaran lo menos posible y eso debía pesar en el ánimo de este hombre que sabía que si se comprometía en una acción podía perder unas unidades de buena calidad que se habían entrenado durante los meses del sitio. Graham decidió que podía merecer la pena colaborar con los españoles y se resignó a ceder el mando a La Peña. Es el tercer intento de colaboración

hispano-británico que se materializa en la batalla de La Barrosa (Cerro del Puerco) o de Chiclana. Esta batalla se decidió en favor de los aliados, aunque la victoria se debió en realidad a la división británica, que se enfrentó aisladamente a fuerzas muy superiores. Los españoles no les ayudaron con todos los hombres que disponían, sino que se limitaron a restablecer la comunicación con la ciudad sitiada siguiendo las disposiciones del general La Peña. A pesar de oír el fragor del combate, y desoyendo los consejos de subordinados, como el general Zayas, que ardían por incorporarse a la batalla que rugía tan cercana, La Peña se limitó a enviar una pocas unidades para apoyar a Graham que además llegaron tarde, pues La Peña suponía que el general británico ya había perdido la partida. Los oficiales británicos se sintieron traicionados y Graham mandó una nota a su colega español donde se negaba en la sucesivo a concurrir con sus tropas. La Regencia no decidió destituir a La Peña después de una investigación y en consecuencia se planteó una gran controversia en la ciudad, que seguiría sitiada, pues esta expedición no había conseguido su objetivo final de levantar el asedio. El resentimiento entre ambas partes se incrementó con este penoso episodio. Los españoles no podían esta vez culpar a los británicos de falta de ayuda, ya que la batalla de La Barrosa mostraba más bien lo contrario. Y lo que es peor, estas tropas españolas habían recibido un entrenamiento eficaz. No se trataba de soldados bisoños, sino de hombres muy bien adiestrados por los generales Zayas y Lardizábal en el campo de San José.

El comienzo de 1811 transcurrió con británicos y españoles lanzándose continuos reproches y acusándose los unos a los otros de haber provocado la delicada situación en la que se encontraban. Incompetencia española según los británicos y falta de colaboración según los españoles. Según éstos los desastres acaecidos se debían a la falta de medios materiales que no habían sido suministrados por Gran Bretaña, cuando en realidad esos medios no habían sido correctamente repartidos. Al final, la Regencia y el embajador Wellesley llegaron al peculiar arreglo de sustituir a La Peña por el marqués de Coupigny y a Graham por el general Cooke.

A principios de marzo de 1811 el mariscal Massena evacua Portugal y el ejército británico se sitúa nuevamente en la frontera. Este cambio positivo permite al embajador Henry Wellesley proponer a la Regencia que si su hermano regresa a Extremadura debían pasar bajo su mando las provincias limí-

trofes e incluso Asturias. De esta forma se evitaría lo sucedido en Talavera y La Barrosa. Sin embargo los generales españoles estaban irritados por lo sucedido entre Graham y La Peña. «La soberbia nativa, que soportaba de mal grado la prepotencia británica, salió a relucir a través del manto de acendrado patriotismo en que hicieron gala de envolverse los regentes»²⁰. Especialmente el general Blake y los marinos Agar y Císcar. El embajador argumentaba que no había un solo general español cuya reputación no hubiera quedado malparada en los últimos tiempos por diferentes causas. Era necesaria una reorganización del estamento militar, pero ése era un tema demasiado delicado para la propia Regencia. La Regencia rechazó a finales de ese mes las sugerencias del embajador escudándose en el carácter propiamente popular de la guerra. Se aceptaban operaciones combinadas con los británicos, pero poniendo al lado del general en jefe británico un general español que obrase de acuerdo suyo en el mando de esas provincias y de sus ejércitos, pero no como subordinado. Se proponía a Castaños, un hombre con fama de conciliador y poco conflictivo, en ese mando para que actuara de acuerdo con Wellington en Extremadura, Galicia y Asturias. El embajador británico respondió al secretario Bardaxí las sucesivas incoherencias en el tratamiento de ciertos hechos como las armas y municiones enviadas a Galicia que continuaban allí, la derrota de Mendizábal en el Géborá por no seguir los consejos de Wellington, la precipitada rendición de Badajoz, por parte del general Imaz, etc. La Regencia temía que en la petición del embajador inglés subyacería la velada intención de que la ayuda británica podría cesar. Una reunión entre el Consejo de Regencia y los tres militares citados anteriormente puso de manifiesto la cerrada oposición de éstos a que ninguna provincia española quedase bajo el dominio extranjero por la mala sensación que eso podría causar en el pueblo español y que si era necesario se podría renunciar a los auxilios británicos. Al principio del conflicto no había ayuda británica. Se dedicaron en las Cortes cinco sesiones secretas para discutir este asunto y se dejó al secretario Bardaxí en la difícil circunstancia de rechazar la propuesta del embajador y preparar un tratado militar que se basara en subsidios a España. Informado Wellesley de esta situación dejó que los acontecimientos siguieran evolucionando en la dirección que le interesaba. Esta evolución fue rápida porque en muy pocos días, a principios de abril de 1811, Bardaxí tuvo que remitirle una carta a Henry Wellesley, en la

que en términos angustiosos le rogaba financiación, «por el amor de Dios», para la nueva expedición que preparaba la Regencia. Esta expedición sería mandada por uno de los críticos regentes, el general Blake, y tenía como misión unirse al ejército británico que asediaba Badajoz. Esa unión originaría como consecuencia la batalla de Albuera al acudir el mariscal Soult con sus fuerzas de Andalucía en ayuda de la plaza. El 16 de abril las Cortes fueron informadas que el embajador británico había acordado un auxilio de 60.000 pesos fuertes y anticipar 500.000 para reintegrarse de ellos en libramientos sobre las cajas de Lima²¹.

No se describirá lo que sucedió en la batalla, pero baste saber que el ejército expedicionario español se encontró con el del general Beresford. Las instrucciones que había dado Wellington, cuando esta unión tuviera lugar, es que el mando lo ostentara el general de más antigüedad y graduación militar. Según esto correspondía a Castaños, pero éste renunció en Beresford porque aportaba mayores fuerzas. En esta batalla las divisiones españolas de Zayas y Lardizábal —especialmente los cuatro batallones de las Reales Guardias Españolas que habían recibido un entrenamiento de varios meses en el campo de San José en Cádiz— resistieron el choque frontal de varias divisiones francesas que les superaban en número hasta que fueron relevadas por los británicos. Las pérdidas en ambos bandos fueron muy elevadas y, entre las consecuencias, Wellington achaca a los españoles su falta de movilidad aunque se reconoce su buen comportamiento²². Es otra polémica que no puede dar lugar al detalle. La victoria de Albuera fue celebrada tanto por el Parlamento, que reconoció «el distinguido valor e intrepidez con que se había distinguido el ejército español al mando de S. E. el general Blake», y las Cortes decretaron que este ejército se había hecho acreedor a «benemérito de la Patria». Antes de finalizar el año hay otra colaboración entre españoles y británicos. El teniente general Hill con 9.200 hombres sorprende y destruye en Arroyomolinos a la división del general Girard que se dirigía de Mérida a Cáceres para buscar abastecimientos. En este combate participan 3.100 españoles del tercer ejército de Extremadura que Castaños había enviado a las órdenes de su jefe de Estado Mayor, general Girón.

El año siguiente comienza con una verdadera catástrofe para la parte española. El mariscal Suchet consigue el 9 de enero la rendición de Valencia con

todo su ejército cercado. Más de 16.000 hombres pasan a los campos de prisioneros en Francia y esto supone la pérdida del último ejército español importante. En esta unidad se encontraban las unidades que tan alta calidad habían demostrado en Albuera con su jefe, el general Blake. Podría afirmarse que con esta pérdida es la tercera vez que España pierde la guerra porque ya no quedan unidades importantes que puedan enfrentarse a los franceses y sólo el recurso de evitar los combates frontales e iniciar una larga guerra de desgaste. El aniquilamiento de este ejército dejaba libre a los franceses casi todo el Levante, en donde sólo permanecían unas débiles divisiones cerca de Alicante. La guarnición de Cádiz apenas era suficiente para proteger la sede de las Cortes. La misma población de Valencia pensó que la guerra terminaba porque ofreció una entusiasta recepción al mariscal que la había conquistado. En el resto del territorio no ocupado la palabra «ejército» no correspondía a una realidad numérica y mucho menos cualitativa para identificar a las fuerzas españolas. Para los militares franceses el porvenir aparecía radiante porque si se unían varios ejércitos, los de Andalucía y Levante, se podría expulsar definitivamente a los británicos de Portugal y Galicia, que se había evacuado tres años antes, caería por su peso al carecer de efectivos importantes.

Pero el tiempo ya no jugaba a favor de este futuro tan prometedor. Napoleón decide retirar de inmediato unidades de España para la campaña de Rusia y éstas salen del Levante que, a su vez, había recibido soldados del ejército de Montbrun que se enfrentaban a los de Wellington. Paradójicamente, éste podía pasar a una ofensiva que se inició de inmediato. En enero cayó Ciudad Rodrigo y en abril Badajoz. En ambos asaltos, las luces victoriosas se combinan con las siniestras sombras de los saqueos que los soldados británicos, enloquecidos por sus bajas, sometieron especialmente a Badajoz, a pesar de los esfuerzos desesperados de sus propios oficiales. Con la primera toma, las Cortes nombran a Wellington grande de España y duque de Ciudad Rodrigo y con la segunda le otorgan la gran cruz de San Fernando. Sobre los lamentables sucesos de ambas ciudades, la parte española no quiso entrar en averiguaciones que sólo podrían perturbar el nuevo clima que se comenzaba a crear. Wellington tenía enfrente al ejército de Marmont que no tenía opciones de ayuda inmediata de otro mariscal y por ello fue derrotado de forma decisiva en los Arapiles el 22 de julio. Esta batalla era una victoria británica de gran magnitud no

sólo por sus efectos al destruir a una unidad importante, sino porque la participación española solamente puede definirse como testimonial al ser sólo de 3.360 hombres de la división del general Carlos España, que tuvieron únicamente seis bajas, mientras que los británicos eran 30.562 hombres y los portugueses 18.017, con 3.129 y 1.627 bajas respectivas²³.

Como consecuencia de los Arapiles Wellington recibe el Toisón de Oro y entra triunfalmente en Madrid el 12 de agosto, precedido por las partidas de los guerrilleros a las que no quiso ahorrar su parte de la victoria y honores.

Había llegado el momento en que el general británico asumiría el mando de los ejércitos aliados en la Península. La paciencia de Wellington sería al fin recompensada. Un acontecimiento sucedido en el sureste tuvo cierto peso en la decisión del mando único. Los ejércitos españoles segundo y tercero del Levante al mando del general José O'Donnell habían sido derrotados en Castilla el 22 de julio, el mismo día de Arapiles, por el general Delort, subordinado del mariscal Suchet, que llevaba un número inferior de hombres. La instrucción posterior de esa catástrofe, supuso la dimisión de Enrique O'Donnell, hermano del general vencido, como regente del Reino. El contraste con Arapiles era demasiado vergonzoso como para que la situación con respecto a Wellington no cambiara. En las Cortes varios diputados encabezados por Andrés Ángel de la Vega, muy amigo de Henry Wellesley y partidario de la alianza con Gran Bretaña, se movieron para promover el nombramiento del general británico como jefe de los ejércitos españoles. La base argumental era la recuperación de Madrid y las recientes victorias. Una serie de diputados liberales, entre los que se encontraban Francisco Císcar (hermano del ex regente Gabriel), Agustín Argüelles, José María Calatrava, José Mejía, el conde de Toreno, José María Herrera, apoyaban la propuesta que se debatiría en sesión secreta por las Cortes. La sesión tuvo lugar el 16 de septiembre y la propuesta presentada por Francisco Císcar y aprobada tres días más tarde con la oposición de varios diputados catalanes, entre ellos Jaime Creus, por el temor de que en el futuro el comercio británico afectase negativamente las fábricas de esa región. La intención de las Cortes era dar a Wellington todos los poderes que necesitase y se publicó en el siguiente decreto de 22 del mismo mes:

Siendo indispensable para la más pronta y segura destrucción del enemigo común que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados

en la Península, y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las Cortes generales y extraordinarias, atendida la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin a los males que han afligido a la Nación; y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del Duque de Ciudad Rodrigo, capitán general de los ejércitos nacionales, han venido en decretar y decretan: Que durante la cooperación de las fuerzas aliadas en la defensa de la misma Península se le confiera el mando en jefe de todos ellos, ejerciéndolo conforme a las Ordenanzas Generales, sin más diferencia que hacerse, como respecto del mencionado Duque se hace por el presente decreto, extensivo a todas las provincias de la Península cuanto previene el artículo VI, título 1, tratado VII de ellas; debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con el Gobierno español por la Secretaría del Despacho universal de la Guerra. = Tendralo entendido la Regencia del Reino, y dispondrá de lo necesario para su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular. = Dado en Cádiz a 22 de septiembre de 1812 = *Andrés Ángel de la Vega Infazón*, Presidente. = *Juan Nicasio Gallego*, Diputado Secretario. = *Juan Bernardo O’Gavan*, Diputado Secretario. = A la Regencia del Reino. = *Reg. Lib. 2, folio 64.*»²⁴.

Este decreto no dejaba a Wellington las manos tan libres para actuar como aparentemente se supone. Calificado por Esdaile como «monstruosamente tortuoso»²⁵, describe que el general en jefe, que no es «generalísimo», no tiene competencias en las decisiones o disposiciones internas. Además, el artículo 6.º de las Ordenanzas Generales deja libre a los poderes civiles de la autoridad del jefe militar que estén dentro de la misma provincia, lo cual tiene una enorme repercusión sobre los deberes de estos civiles para abastecer a un ejército²⁶. Es decir, los poderes conferidos eran limitados, sobre todo para las decisiones no estrictamente militares. Además la palabra «entenderse» con el Gobierno español significa en realidad «recibir la aprobación» y no dar una mera información de operaciones militares al Despacho para la Guerra de la Regencia.

Antes de publicar el decreto era necesario que Wellington recibiera el permiso de su Gobierno para aceptar el mando. Consciente de las limitaciones del

decreto, el diputado Vega rogó a Wellesley que preguntara a Wellington que, si no le parecían bastantes «los poderes que le conferían las Ordenanzas Generales las Cortes, le otorgarían los que estimase necesarios»²⁷. El beneplácito del príncipe regente llegó el 26 de septiembre, pero el general británico no aceptó hasta el 22 de noviembre el mando de las fuerzas españolas. Este retraso de dos meses tenía bastante justificación. Después de la decisión del 22 de septiembre este decreto permanecía secreto y sólo los generales españoles fueron informados del mismo. El general británico contaba ya con la aprobación de la mayor parte de los generales españoles que además de felicitarle por los éxitos del verano seguían las sugerencias que les remitía Wellington como si fueran órdenes sin mayores problemas. Pero éstos se presentaron de forma notable en la persona del general Ballesteros. Este general era capitán general de Andalucía y comandante del cuarto ejército que permanecía en Granada. Ese ejército permaneció en Andalucía después de la liberación de Cádiz sin moverse a pesar de que la Regencia le ordenara, y el propio Wellington le sugiriera, que marchara a la Mancha y conectara con el general Hill que estaba de guarnición en Madrid para apoyarle en caso de una reacción francesa procedente del Levante. Wellington, por su parte, estaba asediando el castillo de Burgos. Esta inmovilidad, sólo justificada por su megalomanía de convertirse en otra especie de virrey de Andalucía y creerse el más importante personaje de España²⁸, supuso la evacuación de Madrid por Hill cuando el rey José regresó apoyado por las fuerzas de Soult. La Regencia ya se disponía a relevarlo, cuando Ballesteros envió una carta a la misma de la que remitió copia a una imprenta con fecha 24 de octubre con el objeto de que se publicara. Esta carta decía que «se hallaba sorprendido al ver nombrado a Wellington general en jefe de los ejércitos españoles, y que no se consideraría haber nacido en Aragón si no hiciera presente al Gobierno que no podía condescender a una determinación que desdice del honor español, degradando a los jefes de nuestras tropas. Disculpaba la publicación del decreto que comprometía el honor de los individuos de todas clases como ciudadanos y militares»²⁹. Terminaba solicitando se pidiera el parecer a los ejércitos nacionales y a los ciudadanos y si condescendían con aquel nombramiento, se retiraría a su casa para acreditar que sólo el honor y el bien de la nación le conducían a presentar aquella exposición. La Regencia resolvió destituir de inmediato a Ballesteros, pero al temer que éste contara con sus tropas,

hubo que recurrir a ciertos métodos poco regulares para conseguir arrestarle. Quizás se les podría calificar de rocambolescos. El arresto se llevó a cabo por dos generales de su propio ejército que consiguieron sacar de Granada a los soldados con el pretexto de una revista y rodear la residencia de Ballesteros con un batallón de Guardias Españolas que no se hallaba bajo el mando directo de su jefe. Ballesteros fue conducido bajo custodia a Ceuta, pero el daño de no haberse desplazado hacia el norte estaba hecho. El rey José volvió a entrar en Madrid. En Cádiz, además, este incidente apareció en algunos periódicos e incluso uno de ellos, *La Abeja Española*, llegó a publicar el decreto del nombramiento del 22 de septiembre. Este decreto era un secreto a voces y su aparición provocó las consiguientes polémicas e investigaciones que se salen de este trabajo. Es posible que el asunto Ballesteros afectara bastante al general en jefe británico, especialmente la desobediencia de no acudir a Alcaraz para cubrir a Hill.

Cuando casi concluye el año con la retirada del ejército aliado a la frontera de Portugal para pasar el invierno, el general en jefe británico decidió marchar a Cádiz para clarificar todas las cuestiones referentes a su nueva situación. Para que se supiera con anticipación cuáles eran sus exigencias había remitido a principios de diciembre una carta al ministro de la Guerra de España, José M.^a de Carvajal, donde planteaba cuatro condiciones para ejercer sus funciones. La primera: que todos los destinos o ascensos se hicieran a su recomendación. La segunda: que se le confiriera la facultad de separar del servicio a todos los oficiales que se crean dignos de ese castigo cuando lo considerase necesario; de esta forma se evitaba el largo proceso de un consejo de guerra. La tercera: que los recursos del Estado aplicables a las necesidades de la tropa lo sean del modo que recomiende; la razón es que esos recursos no son suficientes para el mantenimiento de todas las tropas activas. Y cuarta: que el jefe del Estado Mayor con cierto número de oficiales fuera enviado a su cuartel general. El Gobierno cuidará que todas las comunicaciones militares le fueran enviadas a él. Wellington solicitaba además una reunión con la Regencia y una representación de las Cortes, con la presencia de los generales Castaños y La Bisbal, para exponer el estado deplorable del ejército español, su indisciplina, falta de vestuario y recursos mínimos de subsistencia. Pero esta solicitud de mantener una sesión expositiva fue rechazada por las Cortes alegando que los asuntos que quería discutir el general británico eran de la competencia del poder ejecutivo representado por la Regencia³⁰. En realidad, es posible que los

diputados no quisieran escuchar las duras, y sobre todo, terribles realidades que Wellington quería exponerles sobre el mal estado de los ejércitos españoles, insuficientemente atendidos por esas Cortes, lo cual les obligaría a aceptar todo lo que solicitaba. Mejor era no tenerle delante.

Durante varios días se discutieron las propuestas, de éstas, la tercera era la que planteaba mayores objeciones, ya que parte de los diputados se alarmaron ante la perspectiva de que la autoridad civil quedara sometida a la militar, además concentrada en un extranjero. Pero la propuesta de Wellington era que en las actuales circunstancias, que se podrían calificar como críticas, querría unificar el mando militar de las fuerzas armadas al político en las provincias afectadas por la guerra, a fin de que los jefes políticos, ayuntamientos e intendentes o comisarios de los ejércitos y provincias prestasen una más eficaz colaboración a los generales en jefe. Esta propuesta tendía a asegurar el suministro a las unidades, pero como era una especie de movilización general de hombres y recursos, no cayó muy bien a los diputados, que intuían que su poder político quedaba en casi nada. De hecho, algunos diputados la consideraron anticonstitucional. La Regencia aceptaba en contraprestación que todos los subsidios procedentes del Reino Unido fueran dedicados a las necesidades militares que el general en jefe designara, ampliando estos subsidios hasta aceptar que el 90% de las tasas o impuestos recibidos de las zonas reconquistadas fueran destinados a gastos militares. En cuanto a los nombramientos de los oficiales se dejaba a Wellington el poder de que ningún oficial pudiera ser designado para el mando de un ejército de una división o de un mando extraordinario si no era con la recomendación del general en jefe, es decir de la suya. En cambio, las Cortes conservaban el poder de nombrar a oficiales con rango de brigadieres o inferior³¹. Con respecto a la citada tercera propuesta las Cortes acordaron que se mantuviera la autoridad de los jefes políticos, alcaldes, salvo, en cuanto dispusieran los generales, aunque sólo en las cosas concernientes al mando de las armas y servicio de los ejércitos de su cargo, quedando libre y expedito el ejercicio de sus facultades en todo lo demás.

El compromiso de las Cortes sólo satisfizo a medias a Wellington, pero como toda negociación es un arreglo y no una imposición, es posible que la otra parte, la Regencia y las Cortes, tampoco quedaran satisfechas. El decreto CCXV de 6 de enero de 1813 recogía las facultades y responsabilidades de los generales en jefe de los ejércitos nacionales reflejando el artículo II los párrafos antes citados

sobre las competencias de civiles y militares³². Hay que reconocer que el jefe británico había conseguido lo esencial y pasaba un informe a su ministro de la Guerra donde decía que había resuelto sus asuntos de Cádiz «tolerablemente bien y casi como deseaba»³³. Durante su estancia en Cádiz Wellington había también propuesto la reducción del número de ejércitos españoles para mejorar su efectividad, ya que la movilización contra los franceses había creado una expansión incontrolada de oficiales, que ahora se trataba de depurar y analizar. El 17 de febrero Wellington recibió una propuesta del ministro de la Guerra, Carvajal, con una nueva distribución territorial y con los generales que habían sido nombrados. El general en jefe británico se dedicó a mejorar la organización de las unidades que estaban a sus órdenes directas especialmente en la disciplina, instrucción y subsistencias. Una de sus preocupaciones fue la reforma de la caballería y de la propia infantería. Sin embargo, combinar la reorganización con que las unidades fueran operativas en poco tiempo no era viable, de forma que sólo se pudieron aceptar como operativas para mayo y junio de 1813 a 21.000 hombres del cuarto ejército y 3.000 del coronel Longa.

Las noticias del fracaso de la campaña de Rusia dieron un giro total a la situación en el territorio español y se podía empezar a contar con las fuerzas españolas en un papel distinto del de auxiliares, pero solamente los números citados antes pudieron participar en la campaña de verano que finalizó con la batalla de Vitoria.

Después de la entrada de los ejércitos aliados en Francia y la conclusión de la guerra con la toma de Toulouse, los acontecimientos se desarrollan rápidamente con la llegada de Fernando VII a Madrid. El rey, tras un verdadero golpe de estado, disuelve las Cortes y ordena, en mayo de 1814, la prisión de los regentes, ministros y la mayor parte de los diputados liberales. Henry Wellesley tuvo una primera entrevista con el rey en Valencia donde pudo intuir cuáles eran los pasos que pensaba dar el rey para no jurar la Constitución, lo cual fue confirmado en Madrid por una visita que le hizo el duque de San Carlos donde le pedía el apoyo, mediante una carta de Wellington en su calidad en jefe de los ejércitos españoles, para el golpe de estado como se lo habían dado la mayoría de los oficiales españoles³⁴. Como es lógico, Henry Wellesley se negó de forma rotunda y categórica a dar ese apoyo y recomendó a su interlocutor que se procediera con precaución y se midieran las consecuencias en otras partes

de España. Wellington se encontraba por esas fechas en París donde había sido destinado como embajador acompañado por su ministro de Asuntos Exteriores Castlereagh. Al conocer lo sucedido decide hacer un rápido viaje a la capital de España abandonando una misión tan importante como era el embarque y la repatriación del ejército británico, informando del objeto de este viaje a lord Liverpool en carta del 9 de mayo: «Tengo el propósito de ir a Madrid para tratar de conseguir que todos los partidos se muestren más moderados, que adopten una Constitución con mayores probabilidades de ser aplicable y que contribuya a la paz y la felicidad de la nación»³⁵. Como primera medida intenta conseguir que los dos ejércitos españoles que estaban en Francia se sometieran al rey prestándole obediencia y acatamiento. Se trataba del tercer ejército al mando del príncipe de Anglona y el cuarto del general Freire con militares tan abiertamente liberales como Morillo, Bárcena, Longa, Porlier y Espoz y Mina, que se mantenían leales a la Constitución y las Cortes, cuya actitud era el último recurso de imponer a Fernando VII una política de moderación. El día 17 de mayo por la mañana envía otra breve nota a Castlereagh desde Toulouse: «Según noticias llegadas ayer, los liberales han abandonado Madrid, ignoro si por temor real o fingido a las intenciones del rey, o con el propósito de provocar levantamientos en las provincias. Parece, sin embargo, que tienen gran confianza en los ejércitos tercero y cuarto, sobre los cuales espero ejercer cierta presión a mi paso». Esta presión dio los resultados apetecidos porque en dos cartas enviadas al duque de San Carlos informaba que después de pasar revista a ambos ejércitos les instruyó que debían de mantener la disciplina de obediencia para que no se produjera una guerra civil en España³⁶. Al llegar a Madrid Wellington se encontró que, en cuanto al intento de hacer prevalecer criterios de moderación que el duque de San Carlos le había prometido a su hermano embajador y a él mismo, como una convocatoria de nuevas Cortes por otro procedimiento electoral, que los presos políticos serían liberados el día de San Fernando y que se daría independencia a los jueces, no se cumplían. El general informó a su ministro de esta situación y de que además continuaban los encarcelamientos por motivos políticos. Cuando intentó abordar con sus interlocutores temas de política internacional se encontró con que las reivindicaciones españolas eran desmesuradas y tratadas con un tono altanero. Wellington que, pensaba abordar el tema de la devolución de Olivenza a Por-

tugal, no consideró oportuno hacerlo. Su misión había fracasado totalmente y lo que es peor su gestión de impedir una rebelión en los ejércitos tercero y cuarto fue considerada como un apoyo a la política represiva del rey, cuando en realidad lo que intentó era evitar una guerra civil. Por muy conservador ideológicamente que fuera Wellington en sus ideas, conocía perfectamente la frontera de la arbitrariedad y el despotismo que podía llenar a España de nuevos odios. Considerada liquidada su misión envió un memorándum al rey en donde, además de presentar las ventajas que tendría para España una alianza con Inglaterra en los terrenos políticos y comerciales que servirían para solucionar el tema de la rebelión de las provincias americanas, añadía consejos de moderación, pero esos consejos aparecían en un lugar secundario y desde luego no fueron tomados en cuenta por el rey debido a su gestión en los ejércitos tercero y cuarto. Parecía que su misión había sido más bien contraproducente.

El día 13 de junio el general británico envió una carta al rey desde Burdeos presentándole la dimisión de su cargo como general en jefe de los ejércitos españoles y terminando con:

No puedo terminar con todo, sin recomendar a las bondades y a las gracias de Vuestra Majestad los generales, oficiales y soldados de su ejercito. Aunque extranjero, he recibido siempre de los primeros toda la cooperación que estaba en su poder proporcionarme y me consideré siempre feliz de dar testimonio de las virtudes militares de los soldados españoles³⁷.

El general en jefe británico de mirada azul glacial había terminado su misión en España después de casi seis años, pero esa mirada no parece tan glacial sino mucho más humana, cuando alaba caballerosamente a esos soldados españoles que al final de la guerra lo hicieron bastante mejor que cuando les conoció en Talavera. Ahora son otros hombres. Pero también deberá recordar a 40.000 de sus hombres que han quedado sepultados en las tierras secas y marrones de España. Muchos de ellos, unos 30.000, habían fallecido por enfermedades y privaciones. Este general en jefe piensa ahora, si los españoles no guardarán para ellos una gratitud que les corresponde, que en justicia merecen, en vez de dejar que esos campos del silencio donde están sepultados tengan un recuerdo material que supere el olvido con que el tiempo les amenaza.

La respuesta todavía sigue estando en los españoles.

NOTAS

- 1 Así la califica Charles Esdaile en su primer capítulo, «An Unhappy Alliance» en *The duke of Wellington and the command of the Spanish Army*. Mac Millan Press, 1990, p. 1.
- 2 Servicio Histórico Militar, Juan Priego López ponente, *Guerra de la Independencia Campaña de 1808*, Edit. San Martín, 1972, v. 4, pp. 138 y 139, y José M.ª Queipo de Llano (conde de Toreno), *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España* Baudry, Librería Europea París, Nueva edición 1851 lib. VIII apéndice nº 7, p. 507.
- 3 Charles Oman, *A History of the Peninsular War II: January-September 1809. From the Battle of Corunna to the End of the Talavera Campaign*. Greenhill Books London, 1995, p. 287.
- 4 Peter Edwards, *Talavera. Wellington's Early Victories 1808-1809* The Crowood Press Ltd, Ramsbury, Marlborough Wiltshire 2005, Andrew W. Field, *Talavera. Wellington's First Victory in Spain*, Pen & Sword Military, Barnsley, South Yorkshire, 2006.
- 5 Juan José Sañudo, Leopoldo Stampa, *La crisis de una alianza (La campaña del Tajo de 1809)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996; J. M. Rodríguez y Dionisio Álvarez Cueto, *Talavera 1809. Primera victoria aliada*. Almena, Madrid, 2004.
- 6 Oman, v. II, p. 465. Sobre este punto hay varias interpretaciones una de ellas, la de Priego, dice que bajo las ordenes de Wellesley, Priego, v. 4, p. 195.
- 7 «I am much flattered, by the notion entertained by some of the persons in authority at Seville, of appointing me to the command of the Spanish armies. I have received no instruction from Government upon that subject: but I believe that it was considered an object of great importance in England that the Commander-in-chief of the British troops should have that situation. But it is one more likely to be attained by refraining from pressing it, and leaving it to the Spanish themselves to discover the expediency of the arrangement, than by any suggestion on our parts», Oman, v. II, p. 466, Esdaile, p. 34.
- 8 No sólo Cuesta era calificado así por algunos militares o historiadores británicos, el diplomático español Ramírez de Villa-Urrutia lo define como «soberbio, presuntuoso y terco». Marqués de Villa-Urrutia, *Relaciones entre España e Inglaterra durante la guerra de la Independencia* Librería de F. Beltrán. Madrid, 1914, t. I, p. 443.
- 9 Por parte británica desde un punto de vista más clásico y de forma general serían Napier, Oman y la española Gómez Arteché. Relativamente recientes podríamos citar a Pablo de Azcárate y Charles Esdaile.
- 10 Sañudo, p. 251; Oman, v. II, p. 514; Field, p. 73.
- 11 Oman, p. 515.
- 12 «As the French horsemen rode boldly up to the front, and commenced skirmishing with their pistols, the Spaniards made a general discharge of small arms, and then, as if deprived of all sense, ten thousand infantry, and all the artillery, breaking their ranks, fled to the rear: the artillery-men carried off their horses, the infantry threw away their arms, the adjutant-general O'Donoghue was amongst the foremost of the fugitives, and even Cuesta himself was in movement towards the rear» William Napier, *History of the war in the Peninsula and in the South of France from the Year 1807 to the Year 1814* 5, Constable London, 1992, v. II, p. 387.
- 13 Andreas Berthold von Schépler, *Histoire de la Révolution d'Espagne et de Portugal ainsi que de la Guerre qui en résulte*, J. Desoer, Editeur, Liège, 1831, t. II, p. 477.
- 14 Oman, v. III p. 3 y 4; Esdaile p. 37.
- 15 Priego, v. IV, p. 303 y 304; Oman, v. III, p. 4 y 5.
- 16 Oman, v. III, *September 1809 to December 1810*, p. 5, Pablo Azcárate *Wellington y España*, Espasa Calpe, Madrid, 1960, p. 73.
- 17 Priego, v. IV, p. 304; Villa-Urrutia, t. II, p. 41.
- 18 Priego, v. V, p. 163.

- 19 Villa-Urrutia, t. II, p. 452.
- 20 Villa-Urrutia, t. II, p. 462.
- 21 Villa-Urrutia, t. II, p. 470.
- 22 Hay varios libros dedicados a esta batalla entre los que se encuentran: Ian Fletcher, Ian, *Bloody Albuera. The 1811 Campaign in the Peninsula*, The Crowood Press Wiltshire, 2000; Thomas Gerald Robinson, *Los sitios de Badajoz y la batalla de Albuera*, Univesitas Editorial Badajoz, 1998; Mark S. Thompson, *The Fatal Hill. The Allied Campaign under Beresford in Southern Spain in 1811*. Mark Thompson Publishing Sunderland, 2002; Juan José Sañudo, *La Albuera 1811 ¡Glorioso campo de sufrimiento!*, Almena, Madrid, 2006; Richard Partridge and Michael Oliver, *The Battle of Albuera-1811*, Pen & Sword Military Barnsley, South Yorkshire, 2007.
- 23 Oman, v. V, p. 599.
- 24 *Colección de los decretos y órdenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias desde 24 de febrero de 1812 hasta 14 de septiembre del mismo año en que terminaron sus sesiones*. Imprenta Nacional. Madrid, 1820, v. 4, pp. 90 y 91.
- 25 Esdaile, p. 52.
- 26 Este artículo de las Ordenanzas dice: «Si la guerra se hiciera en la provincia de Asamblea, o ésta fuere confinante con la extranjera en que ha de obrar el ejército, tendrá el capitán general el absoluto mando de las armas en tropas y plazas de la provincia; pero siempre quedará libre a su capitán o comandante general el ejercicio de su jurisdicción en lo económico y gubernativo de ella; de modo que los magistrados, tribunales y jueces que dependan de él para asuntos que no sean puramente militares no han de mudar jurisdicción; y sólo en las cosas que sean al mando de las armas y servicio del ejército han de obedecer las órdenes que en derecho les comunique el capitán general del ejército nombrado» (José Gómez de Arteche y Moro, *Guerra de la Independencia. Historia Militar de España de 1808 a 1814*, Imprenta del Crédito Comercial, t. XII, p. 241).
- 27 Villa-Urrutia, t. 3, p. 150.
- 28 Estas son las calificaciones de José Priego en *Guerra de la Independencia 1808-1814. Campaña de 1812*, v. VII 2º, Ministerio de Defensa, Editorial San Martín, 2000, p. 129. Villa-Urrutia afirma «siendo su ignorancia grande, desmedida su presunción e ilimitada su soberbia», id. p. 142.
- 29 Arteché, t. XII, p. 241.
- 30 Azcárate, p. 139.
- 31 Priego, v. 8 1º pp. 41 y 42.
- 32 Id *Cortes*, p. 194-196.
- 33 Azcárate, p. 139.
- 34 Esdaile, p. 178.
- 35 Azcárate, p. 223.
- 36 Esdaile, p. 180.
- 37 Villa-Urrutia, t. III, p. 198 y 199.

3.^a SESIÓN

**CONSECUENCIAS DE ESTOS HECHOS
EN ESPAÑA Y EL REINO UNIDO**

LA IRRUPCIÓN DE ESPAÑA EN EL REINO UNIDO TRAS «THE PENINSULAR WAR»

Mr. Tom Burns Marañón

PERIODISTA

Como ya ha quedado muy dicho al llegar a la tercera sesión de este Foro Hispano Británico que se centra en el bicentenario de 1808, estamos reflexionando sobre lo que españoles llaman el comienzo de la guerra de la Independencia y lo que los británicos conocen como el pistoletazo del «Peninsular War».

Y ha quedado ya muy dicho que los británicos se involucraron mucho en esta guerra de doble nombre. El hecho de que entre la batalla de Talavera en 1810 y la de Vitoria dos años después, cuando Wellington por fin expulsa a la tropa napoleónica de España, murieron en combate 40.000 miembros del ejército de tierra del Reino Unido lo dice todo. Nunca desde tiempos de Felipe II y la Gran Armada los ingleses llegaron a interesarse tanto por España.

Hemos escuchado interesantísimas ponencias sobre los actores de la guerra de la Independencia y de la «Peninsular War». Ahora vamos a reflexionar sobre lo que vino después. Generalmente lo que viene después de las guerras donde pelearon cuerpos expedicionarios es el intento de comprender el lugar donde se luchó. Después de los soldados vienen los viajeros y después de los generales vienen los escritores. Es bastante normal pensar que dos pueblos que se alían contra un tercero en los campos de batalla se conocerán mejor. Yo no estoy nada seguro de ello al repasar las relaciones culturales entre España e Inglaterra a lo largo del siglo XIX. Mi tesis es la siguiente:

1. «The Peninsular War» despertó, como es natural, un enorme interés por España entre los británicos.

2. Los ingleses no se dedicaron exactamente a conocer y a describir España tal como la encontraron. Más bien lo que hicieron fue inventar una España que existía en su imaginación y que estaba alimentada por una multitud de tópicos y de estereotipos. Esto, por desgracia, es lo que suele ocurrir cuando se cruzan culturas.
3. El encuentro con España por parte de los ingleses en los años posteriores al «Peninsular War» no fue un proceso enriquecedor, cosa que es lo que se espera de todo intercambio cultural. Al contrario, en lugar de expandir la mente británica gracias al descubrimiento de otras sensibilidades, lo que consigue la invención de España fue reforzar los prejuicios existentes.

En resumen, mi tesis es que lo que ocurre en el siglo XIX es más bien el desencuentro entre dos viejas culturas que, por otro lado, siempre habían desconfiado la una de la otra. De esto escribí en un libro que publiqué hace unos años. Ahora acaba de aparecer otro sobre más o menos el mismo tema que es muy recomendable y que se titula *The Invention of Spain*, escrito por David Howarth, que es profesor de arte en la Universidad de Edimburgo, y que ha sido publicado por Manchester University Press.

Les quisiera situar ahora en unas fechas muy concretas. Estamos en el comienzo de 1836, a los tres años de haber muerto Fernando VII y de haber heredado el trono la muy niña Isabel II, a los tres años de haber vuelto los liberales que habían pasado la década ominosa en el exilio, muchos de ellos en Londres, y a los tres años de comenzar la primera carlistada contra la vuelta del constitucionalismo que nació en las Cortes de Cádiz. Y les quisiera introducir a uno de los máximos inventores de España entre los muchos que escribieron sobre ella que fue George Borrow. Y junto con Borrow hay que hablar de Richard Ford, tan importante o más que él en esto que nos ocupa y que estuvo en España durante los tres últimos años del reinado de Fernando VII.

El seis de enero de 1836, habiendo cruzado el plácido país de Portugal desde Lisboa montado en una «triste mula, sin riendas ni estribos», George Borrow, agente de la British and Foreign Bible Society, se acercó al amplio pero poco caudaloso río Guadiana, a la fronteriza ciudad de Badajoz, enclavada en la lejana orilla, y «a la romántica, a la caballeresca y vieja España». Si uno se cree todo lo que escribió Borrow en su espectacular best seller *The Bible in Spain*, su

llegada a la agreste tierra hispana debió perturbar a los lugareños. Borrow, que pronto sería conocido como «don Jorgito el Inglés» y, más específicamente, como «don Jorgito el de las biblias», vadeó el Guadiana subido en su decrepita cabalgadura al grito de «¡Santiago y cierra España!». Comenzaron en aquellos momentos lo que llamó «los años más felices de mi existencia... [en] el país más esplendido del mundo». Bienvenidos sean todos a la invención de España por intrépidos extranjeros del XIX, la mayoría de ellos ingleses, que fueron conocidos por los españoles como los Curiosos Impertinentes. Entre los muchos relatos, o fábulas, de paseos por España en aquel siglo, el más popular y el único permanentemente reeditado es el *Bible* que escribió don Jorgito. El diminutivo, dicho de sea de paso, era irónico o cariñoso, según se mire, puesto que el agente de la poderosa sociedad victoriana de propagación del protestantismo en su versión anglicana era un torre de hombre y el español medio de la época no le llegaba al hombro. Como extravagante escritor de lo que hoy llamamos *fiction*, muy pocos han estado a su altura.

Borrow se emborracharía de España a lo largo de los próximos años repartiéndolo los sagrados textos de la «verdadera religión» a librerías liberales y desafiando a bandoleros, a curas y a partidas de apostólicos carlistas. Compartió el camino con los arrieros, montado ya, como consumado jinete que era, en un magnífico corcel, y el rancho con los gitanos, discutiendo con éstos los misteriosos «asuntos de Egipto» que le interesaban sobremanera. A mediados de 1838 el Gobierno cerró la librería que había inaugurado en Madrid, confiscó sus biblias y le detuvo. Puesto en libertad sin cargos poco después, Borrow volvió a sus andanzas y aventuras: «Montaré mis caballos, que relinchan en la cuadra, y me iré a recorrer en persona los pueblos y las llanuras de la polvorienta España». Borrow explicó a sus lectores que los «genuinos españoles» se hallaban en pueblos apartados y solitarios. En ellos el viajero encontraría «la gravedad en el porte y la caballeresca disposición de ánimo que se dan por destruidos por la sátira de Cervantes; y allí oírás, en la conversación de cada día, esas expresiones grandiosas, que son objeto de mofa, como exageraciones ridículas, al encontrarlas en los libros de caballería».

Los Curiosos Impertinentes fueron la punta de lanza de una fascinación entre los ingleses sobre todo, pero también entre los americanos, véase Washington Irving, y por supuesto entre los franceses, cuyo Curioso campeón fue

Théophile Gautier, por lo que ellos mismos llamaron «Las cosas de España». Su folclórica búsqueda de «genuinos españoles», y su afán por situarlos en un escenario conforme con las románticas ideas preconcebidas que albergaban sobre España, permiten un riquísimo estudio sobre el cruce de culturas.

Marcelino Menéndez Pelayo, el docto políglota, severo autor de *Historia de los heterodoxos* y relator de una España que juzgó como luz de Trento, espada de Roma y martillo de herejes, consideró a Borrow un «personaje estafalario y de pocas letras». Admitió, sin embargo que el relato de don Jorgito era «disparatado y graciosísimo [...] capaz de producir inextinguible risa en el más hipocondríaco leyente». *The Bible in Spain*, una esperpéntica mezcla de historias imaginadas, deseadas y reales, le ganó a Borrow una fama literaria imprecadera. Publicado en 1843, se agotaron seis ediciones de mil ejemplares en tres volúmenes y otra de diez mil ejemplares en dos volúmenes en el año de su aparición. Dos años después Richard Ford publicó con parecido éxito su monumental *Handbook for travellers in Spain and readers at home*, fruto de una estancia anterior a la de Borrow y de un similar recorrido por las *highways* y los *byeways* de España. El año siguiente publicó una versión abreviada del grueso *Handbook* bajo el título de *Gathering from Spain*, que fue aún más popular.

Al contrario de Borrow, que fue hijo de un sargento chusquero y un autodidacta que, después de abandonar el hogar familiar de adolescente, llegó a hablar, leer y escribir dieciséis idiomas, incluido en manchú, el hebreo, el euskera y el caló gitano, Ford era el perfecto milord. Era muy culto, al haber aprovechado con brillantez su paso por el colegio de Winchester y la Universidad de Oxford, rico por familia y se casó con una heredera. Ford instaló a su familia y a sus criados en un palacete sevillano en 1830 porque los médicos aconsejaban un clima cálido para mejorar la salud de su mujer. Él se dedicó a visitar todos los lugares donde estuvo su héroe el duque de Wellington batallando contra la *grande armée* napoleónica. Lo hizo a lomos de una jaca cordobesa y disfrazado de campesino serrano con zamarra, faja, manta y sombrero calañés, que es el sombrero de ala vuelta hacia arriba que lucía el bandolero José María Hinojosa Corbacho, el Tempranillo, conocido como el rey de Sierra Morena. En las alforjas de Ford nunca faltaban blocs para tomar apuntes y realizar bocetos y aguafuertes. Al igual que Borrow unos años más tarde, Ford pasaba jornadas enteras con los arrieros, eso muleros transportistas y trashumantes del

«arre, arre» y con ellos, al anochecer, metió su cuchara en los pucheros de las posadas de medio país. Así conoció España palmo a palmo por puro placer.

Conviene detenerse en estos dos aventureros, auténticos *old age travellers* ambos, porque la invención de España tiene nombres y apellidos. Los suyos fueron los principales. Ford se interesó mucho por el hecho de que el inclasificable Borrow, a quien afectuosamente llamaba «el Gitano», había recorrido sus mismos pasos por sierras y estepas haciendo proselitismo protestante. Decidió que don Jorgito tenía materia sobrada para escribir lo que hoy se llama un *potboiler* y le presentó a su amigo John Murray que sería el editor tanto del *Bible* como del *Handbook*. «Una y otra vez mi consejo es evitar un prosa refinada... la poesía tiene que ser completamente evitada», escribió Ford a Borrow. «Sé fiel a ti mismo, a lo que has visto y a la gente con quien te has entremezclado... danos aventuras... brujería, judíos, callejeos y el interior de las cárceles españolas —cómo entraste y cómo saliste—». Borrow siguió a pie de la letra los consejos del inesperado y refinado mentor que le había salido al encuentro. Con su amigo Murray, un pionero de la edición moderna, Ford se deshizo en elogios sobre Borrow. *The Bible in Spain*, le escribió, sería «una extraña mezcla de gitanos, judaísmo y aventuras misioneras... Puedes estar seguro de que el libro venderá. Borrow te va a poner huevos de oro».

Lo que, por su parte, Ford entregó a Murray fue toda una erudita enciclopedia, escrita con gran fluidez y aderezada con juicios subjetivos, a veces ciertos y a veces meros prejuicios imbéciles, sobre el país y el paisanaje español. El *Handbook* trata de la historia de España y de su geografía, de sus costumbres y su refranero popular, de su arte y su arquitectura, de los motivos de su secular retraso económico, del nocivo efecto del clero (Ford, como todo buen *tory* británico, tuvo una permanente y aguda animadversión por la Iglesia de Roma), de la lánguida inutilidad de la aristocracia y de las clases dirigentes españolas (Ford despreciaba a sus homónimos hispanos) y de un sinfín de cuestiones más.

De la misma manera que animaba a Borrow a poner negro sobre blanco, Ford tenía muy claro el libro que escribiría sobre el país que había «descubierta». A su vuelta a Inglaterra, tardó casi una década en completarlo y puso manos a la obra en una torre al estilo mudéjar que mandó construir en su casa de campo, cerca de la ciudad de Exeter. Ford le puso el nombre de La Madriquera a su torre/estudio y la rodeó de pinos y cipreses traídos de Andalucía,

algunos de los últimos trasladados desde los jardines del Generalife de Granada que él conocía muy bien porque pasó una temporada viviendo en la mismísima Alhambra. Para escribir, Ford se enfundaba en una chaqueta de piel y lana de merina negra que utilizaba en sus paseos a caballo por España. Era el atuendo y el lugar idóneos para recrear un país exótico que había visitado años atrás.

Ford quería introducir el último territorio virgen en Europa a sus acomodados paisanos que ya tenían el *Grand Tour*, el triángulo Alemania, Italia y Francia, muy visto. «Aquí, ciertamente, encontrará terreno abonado —explicó en su *Handbook*— todo el que quiera en estos tiempos de tan escasas novedades publicar algo nuevo: hay paisajes para llenar una docena de portafolios y asunto para una veintena de volúmenes en cuarto. ¡Cuántas flores se marchitan sin figurar en ningún tratado de botánica! ¡Cuántas rocas se deshacen sin que se las mencione en la geología! Cuántos paisajes dignos de ser dibujados, cuántos osos y ciervos que cazar, cuántas truchas que pescar y comerse, cuántos valles tienden su pecho deseosos de abrazar a sus visitantes ocultos, cuantas bellezas vírgenes desconocidas hasta ahora esperan al feliz miembro del Travellers Club, que en diez días puede cambiar el aburrimiento eterno de Pall Mall por estos sitios solitarios». Ford conocía muy bien a su público. Se dirigía a los adinerados trotamundos que mataban el tiempo en Travellers, uno de los clubes londinenses de más solera que se encuentra en la señorial calle de Pall Mall, paralela al precioso parque de St. James, y en cuyos salones Julio Verne situó el comienzo y el final de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Lo que quisiera proponerles a todos ustedes es que en el gran lienzo que conjuntamente crearon, Borrow y Ford escribieron para los anglosajones la perdurable narrativa de la romántica y tan «diferente» España. Suyo fue el canon definitivo para sus paisanos y los de habla inglesa, al igual que el que perfiló Gautier para los franceses. ¿Perdurable? ¿Canon? Sin duda. Demos un salto al futuro y reunámonos, un siglo después del *Bible* y del *Handbook*, con Robert Jordan, profesor de estudios hispanos en un pequeño *college* americano, convertido en dinamitero de las Brigadas Internacionales al servicio de la República española, un Curioso Impertinente convicto y confeso y el alter ego total de Ernest Hemingway.

En uno de los monólogos interiores de Jordan que se prodigan en *For whom the bell tolls*, nuestro héroe recuerda un libro que escribió sobre España

después de haber viajado por el país «a pie, en vagones de tercera clase, en autobús, a caballo en mula y en camionetas» y de haber conocido bien Navarra, Aragón, Galicia y las dos Castillas. Jordan reflexiona que su volumen había añadido muy poco a la literatura existente sobre España porque «ya se habían escrito libros tan buenos por Borrow, Ford y los demás». En *For whom the bell tolls*, Hemingway escribió el capítulo central de su propio *Bible* y de su propio *Handbook*. La obra de Hemingway como Curioso Impertinente comenzó con *Fiesta/The Sun also rises* y acabó con el póstumo *Dangerous Summer*, habiendo pasado por varios de sus mejores cuentos cortos que se sitúan en España y por *Death in the Afternoon*, su minucioso estudio sobre la tauromaquia que constituye su credo estético. España es el país del todo o nada, del *grace under pressure*, de la violencia, de la muerte y de la redención y de la resurrección como persona individual, completa y verdadera. España es el país de las juergas y de la vida; de hombres que son muy hombres y de mujeres, como Pilar la guerrillera que guía los pasos de Jordan, que también pueden ser muy hombres, o como María la joven que se entrega a sus brazos, que son muy mujeres. «[Los españoles] son fantásticos cuando son buenos... No hay gente como ellos cuando son buenos pero cuando son malos, no hay gente peor», explica Jordan.

Hemingway subraya que lo que atrajo a Borrow y a Ford en el siglo XIX a España seguiría siendo un potente imán en el XX. Lo fue, desde luego, en el caso de Gerald Brenan, un lejano satélite del *Bloomsbury Group* que, después de sobrevivir la Gran Guerra del catorce, se refugió en un pequeño pueblo serrano al sur de Granada porque era un lugar barato para leer y escribir y que acabó siendo una referencia ineludible de la España contemporánea para la imaginación anglosajona. Brenan se trasladó a Inglaterra durante la guerra civil y la Segunda Guerra Mundial e hizo una corta excusión a España en 1949 antes de volver definitivamente a esta patria chica suya que había elegido. Al regresar a Londres después de aquel viaje, habiendo contemplado desde el avión un país «tan ordenado como una huerta bien cuidada», se fijó en «las caras redondas» de los ingleses «que carecen de la distinción de ser realmente feas». Eran caras «lisas como unas legumbres... plácidas como una vaca... ondeadas por pequeñas preocupaciones». Brenan volvió al país de su adolescencia con sus «facultades condicionadas por España». Reconoció que el pueblo inglés tenía algunos dones admirables:

era sensato y tenía sentido de *fair play* y de humor. Pero no era un pueblo «dinámico o bello».

Brenan bebió hasta saciarse en las fuentes de la curiosa impertinencia. Elevó a lo altares al fiero y franco pueblo español que se movía, según el estereotipo, entre el blanco muro de cal y el negro toro de pena. «Nosotros en Inglaterra —escribió en unas notas sobre la literatura española que se encontraron entre sus papeles depositados en la Universidad de Texas— medimos nuestro egoísmo y nuestro altruismo según lo requiere la ocasión. Tenemos la medida apropiada para cada situación y si carecemos de ella fingimos que la tenemos. La manera de ser natural del español es la de moverse, en un solo paso, de un extremo al otro. Cuando nos invade el horror ante la insensibilidad española, ante la actitud negativa del español y su egoísmo, nos cruzamos con algún acto de generosidad y de auténtica bondad de corazón que difícilmente existe en ninguna otra nación». Se trataba de un pueblo distinto que se dedicaba a lo suyo en un contexto determinado. Este era un antiguo mundo, y desde luego premoderno, que respondía a unos valores que el siglo XX había olvidado.

En *South from Granada*, la memoria de su tiempo en la sierra de las Alpujarras en los años veinte, Brenan cuenta cómo observaba la utilización del trillo que, al igual que en toda la España rural de la época, no había cambiado desde tiempos de Isaías, y del arado, que era el mismo que utilizaron los romanos. Observaba la faenas del campo al tiempo que leía el Antiguo Testamento y estudiaba a Virgilio, y el poder ver y tocar los mismos objetos que poblaban sus lecturas le transportaba en una cápsula del tiempo: «Estas supervivencias arcaicas me daban un placer especial». A Brenan se le colmó el vaso de su felicidad cuando en su pueblo de Yegen, en las Alpujarras, consiguió unas monedas púnicas e ibéricas. Se hizo con ellas cuando fue a comprar tabaco en el estanco del pueblo y se las entregaron como moneda de cambio. Más tarde las donó al Ashmoleum Museum de Oxford. Hombre de letras él, le parecía perfecto que sus vecinos fuesen analfabetos: «Los habitantes de Yegen sabían todo lo necesario para su prosperidad y felicidad y sólo habrían tenido unas frases pedantescas de haber sabido más». Brenan inventaría o no. Lo que sí quiso fue preservar «su» España en una ancestral tinaja bien empapada de aceite y protegida del paso del tiempo.

Richard Ford, que como todo inglés culto de su época se conocía los clásicos de memoria, consideraba España como un parque temático de estampas y actitudes de la antigüedad que estaba a salvo de cualquier desarrollo. Cuando él «descubrió» su España no existía el ferrocarril que ya había invadido Inglaterra y Ford se congratuló de ello. Consideró que la vía férrea no llegaría en parte por la accidentada geografía hispana y también porque sus amigos arrieros, los indómitos señores de las sierras que transportaban enseres por los cañones y las altas estepas, se levantarían en armas contra la «locomotora luterana» que amenazaba con quitarles el pan. Un siglo después un personaje muy distinto a Ford, el sociólogo centroeuropeo Franz Borkenau, que estuvo en España como agente del Comintern a comienzos de la guerra civil, entendió perfectamente lo que tanto le entusiasmaba al aristócrata inglés.

Amigo de Brenan, que le consideraba un «romántico nietzscheano» que buscaba la verdad luchando consigo mismo, Borkenau acabaría siendo un tenaz crítico de Moscú. En *The Spanish cockpit*, su testamento sobre al comienzo del fratricidio español, analizó con lucidez ese imán irresistible para tanto forastero literato y aventurero, melancólico y romántico. La importancia de España, explicó, era que «la vida todavía no es eficiente; eso quiere decir que no está mecanizada; que la belleza es todavía más importante para el español que lo son sus usos prácticos; que el sentimiento es más importante que la acción; que el honor es muchas veces más importante que el éxito; que el amor y la amistad son más importantes que el trabajo. En una palabra, es el aliciente de una civilización cercana a la nuestra que está muy conectada con el pasado histórico de Europa pero que no ha participado en nuestro último desarrollo hacia la mecanización, la adoración de la cantidad y el uso utilitario de las cosas».

Esto lo hubiera firmado George Orwell, que tuvo mucho aprecio por Borkenau y compartió con él una similar travesía ideológica. En *Homage to Catalonia* hay, sin embargo, unos párrafos tan llenos de estereotipos que pasan por ser *purple prose*, puro y duro, digno del más cursi entre los Curiosos Impertinentes, y su lectura provoca rubor. El caso es que Orwell, cuando por fin pudo abandonar, como herido de guerra, las milicias del POUM con las cuales había combatido y tenía el documento de su licencia absoluto en la mano, explica que sintió por primera vez que estaba «realmente en España, un país que había

ansiado visitar toda mi vida». Es entonces cuando le llega «una especie de rumor venido de lejos de esa España que existe en la imaginación de todos». ¿Cómo era ese país? Adivínenlo. «Sierras blancas, las mazmorras de la Inquisición, palacios moros, filas de mulas formando serpentinas a su paso por los cerros, olivares grisáceos y limonares, mujeres jóvenes con mantillas negras, los vinos de Málaga y de Alicante, catedrales, cardenales, corridas de toros, serenatas —en resumen, España—».

A cualquier conocedor de la historia y la cultura de la España moderna y contemporánea no puede menos que sorprenderle, y acaso indignarle, el sofocante e ignorante paternalismo de la visión forastera, sobre todo la inglesa. Algunos, como el potentado lord Holland que fue amigo de Gaspar Jovellanos y apoyó los discípulos liberales de aquel gran español cuando fueron exilados, tenían cierto interés en la modernización de España bajo, eso sí, el benévolo tutelaje británico. Pero a los más, los que escapaban de la revolución industrial y de la vida «mecanizada» que con tanto acierto explicó Borkenau, sólo les interesaba lo romántico, lo exótico y lo «diferente». En busca de ello fueron a España, o la estudiaron. Eso fue lo que encontraron porque eso fue lo que les interesaba. Y eso fue lo que contaron en sus discursos, sus libros y sus lienzos. Siempre se halla lo que con ahínco se persigue.

La otra cara de la moneda es que lo que no concordaba con los prejuicios preconcebidos de los Curiosos o se ignoraba o se mandaba a la hoguera. Es el caso del autor del *Handbook*. «*Ford could not abide Goya, because he saw him as a dangerous radical*», apunta Howarth en unos de los múltiples dardos que lanza con destreza en su *Invention of Spain* para desinflar la autosatisfacción de tanto hispanista de biblioteca, de salón y de jaca cordobesa. A partir de la guerra de la Independencia y de la expulsión de los gabachos, lucha épica que precedió a la de cualquier otro pueblo europeo invadido por Napoleón y que Goya retrató para la posteridad, España se embarcó en la titánica labor, con todas sus luces y sus sombras, de constituirse en una nación de hombres y mujeres libres e iguales. A los que solamente se interesaban por «descubrir» o «inventar» en España «bellezas vírgenes desconocidas», esto del progreso les interesó un comino.

Es así que Howarth introduce, con gran maestría, a los británicos del XIX que estudiaron el arte español y a quienes comenzaron a comprarlo y cómo y

por qué coleccionaban —Murillo sí, Velázquez también, aunque se apreciaba más a Van Dyck, Ribera quizás, Zurbarán no porque era demasiado católico—. En un soberbio último capítulo titulado *Picturing Spain*, Howarth introduce a los artistas británicos que se inspiraron en España. Unos idealizaron la decadencia de sus ciudades monumentales y otros, al recrear escenas costumbristas, dieron rienda suelta a todos los tópicos del canon impertinente. Howarth, como profesor de arte que es, da buena muestra de sus conocimientos específicos con soltura y sin pedantería alguna.

Yo recomiendo mucho *The Invention of Spain*. Quisiera creer que el autor ha reservado el fascinante y muy poco investigado tema de coleccionistas y artistas hispanistas, estudiosos y marchantes, que tan claramente domina, para otro libro en el cual podría entrar con más detalle en el tema. La mejor colección de arte española fuera de España es la que reunió Archer M. Huntington, ya en el siglo XX, en Nueva York para la Hispanic Society of America y queda fuera de los límites que se autoimpuso para este libro.

La apertura por Howarth de varios frentes a la vez —aquí los historiadores, allá los políticos, ahora pasemos al plano de la religión, y así seguidamente— y el tratamiento conciso que dedica de cada uno de ellos, muy a modo de los *interdisciplinary* y los *cultural studies* que están tan en boga, tiene sus desventajas. *The invention of Spain* es un libro corto para un tema tan sugerente, rico y vasto. Lo que plantea Howarth es un «asunto», como sentenció Ford, «para una veintena de volúmenes en cuarto». El lector no familiarizado con los Curiosos puede perderse y el que sí lo está, ansía más detalle, más desarrollo. Unos y otros, sin embargo, podrán acordar que esta es una original y oportuna historia que desemboca en un *confirmation of prejudice* en lugar, por desgracia, en un *broadening of the mind*. Cabe preguntarse si todo cruce de culturas acaba, inexorablemente, siendo un choque. Puede ser que fundaciones como la Hispano Británica y foros como este que ha organizado sirvan para evitar, o al menos suavizar, tales choques.

LOS ORÍGENES DEL LIBERALISMO ESPAÑOL. LA CONSTITUCIÓN DE 1812

(Síntesis de la ponencia)

Dr. José Álvarez Junco

CATEDRÁTICO DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO
Y DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICOS.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Las circunstancias de la España de 1808 eran totalmente inéditas. Había una guerra, lo cual en principio no tenía mucho de excepcional, pero:

- Era en territorio español. Y es terriblemente destructiva y moderna, afectando a toda la población civil.
- Es contra Francia, el aliado de todo el siglo. Y con Gran Bretaña, la enemiga secular, como aliada.
- En Francia ha habido revolución (contra la que se ha desatado poco antes otra guerra, la de la Convención, muy ideológica, por religión, rey y Antiguo Régimen).
- En ausencia de la familia real (completa, y tras división y desprestigio).
- El ejército extranjero está ya dentro del territorio propio. No por invasión, sino que ha entrado pacíficamente, aunque sin saber por qué.
- Se produce levantamiento popular y constitución de juntas. Éstas llevan a Junta Central, y luego a Regencia y reunión de Cortes. Y éstas declaran la soberanía nacional, igualdad de los ciudadanos, abolición de señoríos y de la Inquisición y redactan Constitución de 1812.
- *Last, but not at all least.* El imperio ultramarino entra en crisis y, pronto, en abierta rebelión.

Resumen: enorme ruptura en la historia española. Tras doscientos cincuenta años de aislamiento, repentino contacto masivo y traumático con el exterior.

Pero sobre todo es sorprendente de aquella situación que unas Cortes, en las que recae el poder de manera un tanto coyuntural e inesperada, compuestas en un tercio por clérigos y en otro tercio por funcionarios (entre civiles y militares) del Antiguo Régimen, se vean dominadas por el liberalismo, ideología bastante ajena a la cultura política tradicional del país. Y hagan uso de conceptos y retórica de la Revolución francesa, país con el que están en guerra.

El caso más llamativo es el de los clérigos llamados «liberales». Dos precisiones para entenderlo: una sobre la herencia intelectual escolástica y otra sobre la relación Iglesia-Estado en el Antiguo Régimen y el problema del jansenismo.

La identidad española se forma en la Edad Moderna, alrededor de lealtad al rey y a la Iglesia. Entre las élites, domina durante mucho tiempo la escolástica medieval, reformulada por última vez y de manera brillante por los dominicos y jesuitas salmantinos del XVI. Partían de la sociabilidad natural del ser humano (Aristóteles), con el Estado como comunidad permanente y natural, cúspide de las varias en que se organiza la vida social del hombre (familia, estamentos, oficios...).

Esta escuela no era defensora formal del absolutismo regio. Legitimaba el poder político por proceder de Dios, pero la divina providencia lo había transmitido al pueblo, a la comunidad de los creyentes, y no directamente al monarca. Esa comunidad, ese *populus Dei*, lo transfería al monarca, con límites y condiciones. Los reyes representan a Dios, son «ministros de Dios», aunque la monarquía sea institución humana. Hay una referencia *democrática* en esta manera de plantear el problema, pero no en el sentido de que se defendiera la participación del pueblo en el poder (ni mucho menos en el de la existencia de derechos individuales que recortasen las atribuciones del poder), sino en el sentido de que el bien de la comunidad es el objetivo de ese poder, y que el monarca, o los representantes de la soberanía en último extremo divina, se veían deslegitimados si no servían a este bien colectivo y se convertían en tiranos.

La monarquía es absoluta en la práctica, pero teóricos salmantinos del XVI-XVII consideran que tiene límites. Según Suárez, límites derivados de la

finalidad del Estado, que es el bien común (la *felicitas externa*), pues las cosas existen *respectu sui finis*; de las franquicias y derechos de las colectividades locales, que son concedidas por el rey (no originarias), pero irrevocables; del poder eclesiástico, que funciona en otro terreno, pero es sociedad perfecta, como el Estado, e incluso superior a él (por espiritual); y del derecho natural y, como derivado suyo, el de gentes (normas tienen cierta universalidad; guerra se someten a cierta moral).

En la práctica, la única garantía de que estos límites o condiciones sean respetados era la existencia de instituciones como la propia Iglesia, las colectividades locales y otros *collegia* que representan los cuerpos en los que la sociedad se suponía organizada de manera natural (i. e., divina), únicos capaces de enfrentarse con las pretensiones excesivas de los monarcas.

Esta manera de plantear el problema no es muy diferente a la de los primeros iusnaturalistas no católicos (Althusio, Grocio, Pufendorf), que partían también de la sociabilidad natural del ser humano y de la soberanía originaria de la comunidad (*populus, regnum*). Nada de que el individuo es la realidad social básica, el fundamento tanto de la moral como de los derechos.

A esta tradición heredada se había añadido, con gran fuerza, a lo largo del siglo XVIII, una afirmación o expansión de las regalías o derechos del monarca, como representante del bien común frente a esas instituciones tradicionales que perdían legitimidad al ser vistas como defensoras de intereses particulares, egoístas o mezquinos. Tanto los intelectuales ilustrados como los funcionarios regios venían defendiendo la ampliación de los derechos de la corona, representante de la racionalidad, del progreso, del bien colectivo, frente a los derechos eclesiásticos, nobiliarios, forales o corporativos. Es antiguo forcejeo que se reaviva, especialmente con la Iglesia, en el XVIII. Una manifestación de esta pugna fue la división y el odio cerval, que dominó todo el siglo, entre los llamados *jansenistas*, herederos de la tradición galicana, defensora del aumento del poder regio en materias eclesiásticas, y los *jesuitas*, o papistas, también presentados como ultramontanos o curialistas. La declaración «jansenista» de Pistoia, la expresión más completa de las posiciones de los primeros, fue declarada herética por el Papa. En lo que creen es en los derechos del Estado frente al papado. Y su ideal es organizar una Iglesia estatal. Frente a ellos, los jesuitas. De ahí su expulsión en diversos reinos europeos, como España.

En todo caso, la pugna es entre el derecho del monarca (la regalía, el derecho del Estado) y, frente a él, los derechos de las corporaciones, de la Iglesia o del reino en su conjunto. Pero no de los ciudadanos individuales.

Tal era, muy en síntesis, el panorama político-intelectual al producirse la inesperada coyuntura de 1808. Y lo que básicamente hacen los diputados de Cádiz es considerar que la nación ha asumido la soberanía, las competencias regias. Lo interesante de los constitucionalistas gaditanos no fue que asumieran tantas competencias e invadieran tantos terrenos que antes pertenecían a organismos privilegiados; eso era algo que, en definitiva, venían haciendo o queriendo hacer los funcionarios ilustrados; lo nuevo, lo verdaderamente rupturista, fue que decidieron asumir estas competencias regias en nombre de la nación, un ente orgánico hasta entonces desconocido, procedente del revolucionarismo francés (que tampoco era exactamente liberal, en sentido individualista-libertario; también tendía a creer en la nación, ente orgánico y no agregado de individuos, como sujeto político básico).

Constantes apelaciones a la nación en los principales debates de Cádiz. Por ejemplo, en el primer decreto, presentado por Muñoz Torrero, proclamando la soberanía nacional. Pero también en debates en que la nación, en principio, no tendría por qué aparecer, como en el de la libertad de prensa. Los argumentos liberales, en aquella ocasión, no se basaron tanto en el «derecho de los ciudadanos» a expresar libremente su opinión, sino en que la libertad de imprenta era el medio idóneo para que los gobernantes conocieran la opinión pública, de la que son representantes y en la que deben basar sus acciones; que es un medio para ilustrar al pueblo (de hecho, la declaración entrará en la Constitución en el título referido a la educación pública); que es necesaria para que España evite en el futuro los errores del pasado y enderece el curso decadente de su historia; que fomenta el patriotismo, especialmente necesario en las presentes circunstancias bélicas... Lo interesante es que es un derecho que se atribuye a «la nación» o al «pueblo». No es un derecho colectivo, porque es imposible de ejercer en la práctica de forma colectiva, pero se utiliza el sujeto colectivo, en lugar del individual, para justificar la exigencia de reconocimiento de este derecho.

Algo parecido ocurre con la ausencia de una declaración de derechos individuales en la Constitución del doce. ¿Fue para evitar parecidos con textos franceses o simplemente porque no lo creían necesario?

Esta nación que se convierte en sujeto político fundamental se define además en términos historicistas y culturales (España, nación milenaria, católica, monárquica, liberal, luchadora por su independencia), no como agregado de individuos:

- Historicismo de Martínez Marina, a la Savigny (base luego de catalanismo y vasquismo). Se dibuja un momento de plenitud, con los godos y en el resto de la Edad Media, en que los españoles pudieron desplegar su identidad de forma plena. No necesitan recurrir a ficciones racionalistas tales como «estados de naturaleza» previos a la constitución en sociedad. Les basta con recurrir a las leyes e instituciones de los reinos medievales hispánicos (inventadas). Pero identidad anclada en referencias historicistas (étnico, no cívico). Mito liberal, de gran éxito: monarquía medieval templada, cortes, fueros, lucha contra musulmanes. Lo copiarán los conservadores, medio siglo después, pero apoyados en el catolicismo.
- Catolicismo esencial «de la nación española» (tampoco de los ciudadanos). El catolicismo como elemento configurador de la identidad, signo de pertenencia identitaria. No libertad religiosa. Porque no pertenece al individuo, sino a la nación, que está conformada por la *unidad religiosa* (no por el mero catolicismo). «No es una mera cuestión de simple confesionalidad, sino que la interposición del compromiso religioso arrastraba un tipo objetivo de derecho» (Clavero). Liberales españoles no plantearán la tolerancia religiosa hasta mediados de siglo. Argüelles dice, en los años treinta, que fue por prudencia, para no provocar al clero. Pero puede que fuera porque no estaban en desacuerdo.

Otros elementos de la cultura política originada en el liberalismo de los años 1808-1814:

- Reforzamiento de la imagen nacional en términos etnohistóricos, como luchadores en defensa de la identidad propia frente a invasores extranjeros. Reforzamiento de vieja tradición. Conexión con viejas guerras contra invasiones extranjeras (Numancia, Sagunto; sobre todo, el islam). Guerra demostraba que había una identidad *española*, antiquísima, estable, popular, fuerte. Desde el punto de vista de la construcción nacional, parece positivo: el mejor comienzo posible. ¿Qué más se podía pedir que una guerra de liberación nacional, popular, victoriosa?

- Ingrediente populista, nuevo, directamente antiilustrado (y grave). Era el pueblo el que se había sublevado, abandonado por sus élites dirigentes. Nuevo héroe mesiánico, incluso antiintelectual: Capmany, «debilidad» de los filósofos frente a «bravura» o «verdadera sabiduría» de los ignorantes. Elemento (romántico) esencial en la retórica política posterior. No existió en otros liberales moderados (y oligárquicos), como el británico.
- En cambio, se desmantela el Estado. Funcionarios de Carlos III y IV desaparecen (muchos, afrancesados). A cada cambio político se hunde el Estado (hasta 1931; no en 1976-1982).
- También se inicia la tradición insurreccional. Echarse al monte. No mitificar a guerrilleros. Muy cercanos al bandolerismo. Desertores que aterrorizan a pueblos vecinos, etc. El cura Merino ahorca a cuarenta o cincuenta vecinos de un pueblo donde habían sido atacados tres de los suyos.
- Fue una guerra de exterminio. Enemigos, sin derechos. Mutilados, dejados morir de sed (en Cabrera). O guerrilleros que entran en un pueblo y acuchillan a cincuenta franceses heridos o enfermos. Se inicia tradición.

Demasiadas dificultades como para que el experimento liberal pudiera salir bien. Tras la guerra de 1808-1814: retorno del rey y anulación de toda la legislación gaditana, aparentemente con apoyo popular, o al menos sin resistencia alguna.

EL PENSAMIENTO LIBERAL BRITÁNICO Y LOS ECONOMISTAS ESPAÑOLES

Dr. Carlos Rodríguez Braun

CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

El liberalismo británico anudó con los economistas españoles una intensa relación que giró en torno a dos ideas, una buena y una mala. La buena fue la libertad de comercio. Y la mala fue que la propiedad privada podía e incluso debía ser parcelada, limitada y condicionada en aras de consideraciones plausibles de carácter colectivo. Para bien y para mal esa tensión ha proseguido hasta nuestros días.

El interés y el conocimiento que en España existían sobre el pensamiento británico quedan ratificados también por el aprecio español hacia los economistas que escribían en inglés. Aún no había terminado el siglo XVIII cuando ya aparecía en Valladolid la primera traducción española de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, que a su vez conoce y cita al relevante economista navarro Uztáriz. El contacto fue poco después tan importante como personal, puesto que los avatares de la política condujeron al exilio en Londres a destacados economistas españoles, en una aventura recogida por el clásico de Vicente Llorens *Liberales y románticos*.

Tradujo a Smith el licenciado Joseph Alonso Ortiz, abogado y diplomático. No fue la suya una traducción literal, pues suprimió algunas partes que consideró ofensivas para «la santa religión que profesamos» —Javier Lasarte ha estudiado las peripecias de la obra de Smith no sólo ante la Inquisición sino también ante la Academia de la Historia—. Añadió asimismo Ortiz unas notas

que comportan discrepancias con el escocés, al defender el proteccionismo arancelario para la industria naciente; fue sin embargo este licenciado un monetarista smithiano en sus ideas sobre el papel moneda convertible, plasmadas en el *Ensayo sobre la moneda-papel*, de 1796, que han analizado Pedro Schwartz y Francisco Fernández Marugán.

Los principales economistas españoles conocían a sus colegas británicos. Fue el caso de Campomanes y en particular de Jovellanos, que ya es un liberal *à la Smith*, conocedor también de Hume, y opuesto al control de precios y a la doctrina mercantilista de la balanza comercial favorable. El enfoque de Jovellanos evoca al del autor de *La riqueza de las naciones*, porque el asturiano habla de los «estorbos» que se alzaban ante la prosperidad española, y centra la labor del poder político en removerlos. Más en *laissez-faire* que en *faire*. Ahora bien, esto no comportaba pasividad, puesto que había tres tipos de estorbos: los naturales, los morales y los políticos. Para superar los primeros eran menester las obras públicas; para sortear los segundos, la educación, y para neutralizar los primeros, los más difíciles y urgentes, había que acabar con la protección de industrias y gremios, con privilegios como los de la Mesta, con los impuestos excesivos, pero también con la amortización civil y religiosa. Campomanes había pedido asimismo la desamortización, que se hará realidad en el siglo XIX. Tenemos, pues, un planteamiento que combina la defensa de la libertad en el caso del comercio con la violación de la libertad en el caso de la propiedad privada de un recurso específico: la tierra. En este caso los españoles también tenían un referente británico, pues John Locke había dejado abierta la peligrosa excepción conocida como *Lockean proviso*: la propiedad privada de la tierra era legítima sólo en la medida en que se dejase para los demás *enough and as good*.

El contacto de los economistas españoles con Inglaterra fue aún más estrecho en el primer tercio del siglo XIX. Dos veces, en 1814 y 1823, se exilió en Londres el asturiano Álvaro Flórez Estrada, considerado el economista mejor formado de su tiempo. En ambos casos fue juzgado en ausencia y condenado a muerte —sólo regresó a España tras la muerte de Fernando VII—. En Londres publicó en 1828 su obra más importante, el *Curso de Economía Política*, cuyas marcadas influencias recibidas de la economía clásica británica desveló Salvador Almenar.

Otro economista, también asturiano y también miembro del grupo liberal de Cádiz asociado a la Constitución de 1812, fue José Canga Argüelles, el gran hacendista español de la época. No marchó al exilio en 1814 sino que fue encarcelado en el castillo de Peñíscola. Ministro de Hacienda en 1820-1821, tras la restauración sí se exilió en Londres donde publicó sus dos obras más renombradas: *Elementos de la Ciencia de la Hacienda* (1825) y *Diccionario de Hacienda* (1828).

Canga y otros españoles tuvieron relación con el jurisconsulto inglés Jeremy Bentham, autor asimismo de textos económicos de relieve, y cuya filosofía utilitarista asume contradictoriamente elementos liberales y antiliberales. Entre sus difusores españoles se contaron José Blanco White y José Joaquín de Mora, e intelectuales de Salamanca como Juan Meléndez Valdés, Ramón de Salas y Toribio Núñez; se relacionó también con políticos como Argüelles, Toreno y Alcalá Galiano. En América fue corresponsal de personajes como Bello, Bolívar, Miranda y Rivadavia. En ese tiempo fueron publicadas en español obras de Bentham como *Consejos que dirige a las Cortes y al pueblo español Jeremías Bentham* (1820) y *Cartas de Jeremías Bentham al señor conde de Toreno, sobre el proyecto de Código Penal* (1822), ambas traducidas por el activo José Joaquín de Mora; y también *Principios de la Ciencia Social o de las Ciencias Morales y Políticas*, en edición de Toribio Núñez (1821), y *Tratados de Legislación Civil y Penal* en cinco volúmenes traducidos por Ramón de Salas (1821-1822).

Sin traducción española hubo dos obras de Bentham relacionadas con España, una económica y otra jurídica pero con bastante atención también a problemas económicos. La primera apareció en 1821: *Observaciones sobre el sistema comercial restrictivo y prohibicionista*, en el que criticaba, de modo exagerado, el nuevo arancel de aduanas aprobado en octubre de 1820 por las flamantes Cortes españolas. Y la segunda obra lleva por título un consejo a los españoles: *Libraos de Ultramar*, un voluminoso e incompleto escrito antiimperialista, que es un extenso comentario de la Constitución de Cádiz, que Bentham criticó, no siempre con razón, pero siempre con un mensaje anticolonialista. Merece destacarse que esta obra nunca ha sido publicada en castellano y de hecho permaneció inédita incluso en inglés hasta 1995.

La cuestión colonial era central en esos tiempos, y el mensaje de los economistas españoles recogió el de los liberales británicos. En efecto, *La riqueza*

de las naciones, publicada el mismo año en que se independizaron las colonias norteamericanas, 1776, incluye alusiones a los *present disturbances* y un mensaje que era más liberal que antiimperialista: lo malo, afirma Smith, no son las colonias de por sí, sino el sistema mercantilista que cierra sus mercados y les impide producir y comerciar libremente. Es el mismo mensaje que Álvaro Flórez Estrada lanzará en 1811 en su *Examen imparcial de las disensiones de América con España*, porque él también pensaba, como Smith, y como pensaban muchos entonces en las dos orillas del Atlántico, que era posible, en un marco de libertades, la existencia de una nación española que fuese «la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios», como reza el artículo 1 de la Constitución de 1812.

La libertad de comercio era tan fundamental para los economistas españoles de esa época que se ha atribuido a Flórez Estrada una notable frase que habría pronunciado años más tarde, en 1846, con motivo de la visita a España de Richard Cobden, el líder de la liberal Escuela de Manchester: «El hombre que dé a España el librecomercio habrá hecho mayor beneficio a su patria que Colón al enseñar el camino a América». No asombra, entonces, que Flórez ocupara el sillón que había ocupado Bastiat en la Academia de Ciencias Sociales y Políticas de París.

Los economistas españoles respaldaron la ola librecambista europea que alcanzó su cénit al promediar el siglo XIX, con la derogación de las proteccionistas *Corn Laws* británicas en 1846, el Tratado Cobden-Chevalier de 1860, y el relativamente liberal arancel español cuyo autor fue Laureano Figuerola en 1869.

A las prédicas en favor del libre comercio se unían también los llamamientos en pro de todas las libertades civiles y políticas, desde la participación democrática, con la gradual extensión del sufragio, hasta la plena libertad de emigración e inmigración. Flórez Estrada tiene unos párrafos en contra de la existencia misma de los pasaportes que resultan emocionantes a tenor de las restricciones al libre movimiento de personas que serían después la norma hasta nuestros días.

Esa libertad se perdió, como se perdió también la libertad de comerciar: el proteccionismo apareció en Europa y en el resto del mundo ya en las postrimerías del siglo XIX, y junto con el imperialismo y el nacionalismo rampantes envenenarían las relaciones internacionales, volverían efímero el liberalismo

decimonónico e impondrían la ola antiliberal que arrasó el planeta en la primera mitad del siglo XX.

¿Cómo fue posible que un liberalismo supuestamente tan acendrado, tan generalizado y tan bien argumentado resultase tan endeble?

Quizá la explicación estribe en la otra idea fundamental que recorre esos años codo con codo con el comercio libre: la idea de la no legitimidad plena de la propiedad privada. El mismo Flórez Estrada que esgrime con talento y valentía la bandera de la libertad civil, política y comercial no titubea en afirmar que la tierra no puede ser propiedad privada, siendo por tanto totalmente legítimo que el poder político la expropie y la administre y reparta —por ejemplo mediante cesiones de dominio como la enfiteusis, que al mismo tiempo propuso para su patria Bernardino Rivadavia, el primer presidente argentino—.

La desamortización duró prácticamente un siglo y fue un proceso mediante el cual políticos liberales en nombre del liberalismo y del progreso expropiaron a la Iglesia y la nobleza. Increíblemente, no les pareció que podía haber algún problema en ceder al poder político la capacidad arbitraria de jugar con la propiedad de los ciudadanos. Se ampararon en el equívoco *Lockean proviso* y pensaron que la expropiación sería limitada tan sólo a la tierra y que la desamortización, que además convenía para pagar la deuda pública, instauraría una nueva sociedad, más justa y mejor.

Fueron pocas las voces que advirtieron que todo ello descansaba en una concepción fundamentalmente pueril y optimista de la política, que ignoraba que la propiedad privada no es un instrumento meramente económico o asignativo, sino que es un baluarte de la libertad. Fue perceptivo Claudio Moyano en las Cortes en 1855: «¿No reparáis que antes la propiedad particular ha estado al amparo de otra porción de propiedades que, digámoslo así, formaban otras tantas líneas de defensa que impedían que se atacase aquélla? [...] Haced desaparecer estas barreras y poco a poco irán cayendo las diversas propiedades». Antes había advertido Alcalá Galiano que la abolición de los privilegios podría «convertir en muy poco tiempo un Estado monárquico en popular y despótico». Pero estas posiciones moderadas nada pudieron hacer frente a la idea de que en la nueva sociedad ilustrada y rousseauniana no había que temer al poder político: un pueblo no puede actuar contra sí mismo, había dicho Bentham. La pasividad ante los problemas sociales, es decir, el respeto

a la propiedad privada y los contratos voluntarios frente a las intromisiones bienintencionadas del poder político para resolver cualquier dificultad, empezó ya entonces a ser mal considerada. Se denostaba «la incuria liberal», y así seguiría hasta nuestros días, porque hoy los intervencionistas de izquierdas y derechas, los «socialistas de todos los partidos», en palabras de Hayek, podrían repetir el mensaje antiliberal del krausista español José Manuel Pieras Hurtado en 1874: «La escuela llamada individualista se ha ocupado siempre más de consagrar la libertad de un modo externo que de procurar su recto uso [...] no ha logrado fijar el sentido de lo económico ni el verdadero objeto, por tanto, de la ciencia que lo estudia, y se ha reconocido impotente a la vista de males económicos, que la libertad, por sí sola, no remedia, con una resignación en que hay algo de fatalismo y no poco de contradicción».

Tal era el espíritu de John Stuart Mill, que también defendió a la vez el comercio libre y la intervención del Estado en lo tocante a la distribución de la renta, que se va a convertir en el pensamiento único de nuestro tiempo, porque, superado el apogeo del proteccionismo tras la Segunda Guerra Mundial, y colapsado el socialismo «real» en 1989, renace con fuerza nuevamente esa combinación decimonónica, que ya reina sin reparos ni adversarios: libertades civiles, políticas y económicas (al menos cuando no hay crisis), pero una amplia intervención del Estado en nuestras propiedades y contratos (y aún más amplia si hay crisis).

Fueron los liberales, paradójicamente, los que sacaron al genio de la lámpara, y después, como temió Moyano, ya no hubo manera de volverlo a meter. Con enorme irresponsabilidad, por ejemplo, muchos pensaron que era mejor arrebatarse la educación a la Iglesia y dejarla en manos del Estado; y fantasearon con que la religión, la moral, la tradición y las costumbres eran obstáculos al progreso y no refugios de la libertad.

En cuanto a la propiedad, lo que sucedió fue que cambiaron los argumentos para la expropiación, pero no su fondo conceptual; hoy en día, por ejemplo, sería inconcebible que el Estado se apropiase de la mitad de la tierra, pero todos los años se apropia de aproximadamente la mitad de la renta de los ciudadanos y nadie levanta la mano para protestar, porque se supone que es lo que hemos elegido libremente. Es evidente que algo profundo ha cambiado en nuestra noción de libertad para que admitamos tamaña usurpación, pero tam-

bién es evidente que había cambiado ya hace dos siglos, cuando en nombre del progreso y la libertad se empezó a avalar la expansión estatal. Y así como hoy no sería admisible la expropiación de las tierras, entonces no lo era la tributación sobre los salarios, hoy fuente principal de la Hacienda Pública.

Cabría preguntarse: ¿y qué hicieron las leyes para proteger a los ciudadanos? Pues a pesar de la idolatría constitucional, típica de la Edad Contemporánea, no protegieron su libertad ni sus bienes, y hoy está entronizada la noción del derecho tuitivo o la llamada justicia social, conforme al cual la igualdad teórica liberal, que es la igualdad ante la ley, mutó en la igualdad práctica socialista, que es la igualdad mediante la ley. Y también encontramos a comienzos del XIX el origen de esta mutación, fuente del antiliberalismo, que invierte la relación entre libertad y ley, y sostiene que no tenemos leyes porque somos libres, sino que somos libres porque tenemos leyes.

Esta misma noción la encontramos en unas palabras del general Francisco de Paula Santander, prócer de la independencia de Colombia y conocido como «el hombre de las leyes». Santander, que visitó a Bentham en Londres, es autor de una célebre frase que le habría gustado mucho al utilitarista inglés, y que campea hoy en el dintel de la puerta principal del Palacio de Justicia de Bogotá: «Colombianos: las armas os han dado independencia, las leyes os darán libertad».

Ni entonces ni hoy, ni en política ni en economía, ni en español ni en inglés, proliferaron los desconfiados capaces de advertir que si la ley nos da la libertad, la ley también nos la puede quitar.

FUNDACIÓN HISPANO BRITÁNICA

PUBLICACIONES

Monografías de los Foros Hispano Británicos

La incorporación de las Indias al mundo occidental en el siglo XVI (1998)

Iberoamérica y la crisis económica mundial: una perspectiva hispano británica (1999)

Desarrollo sostenible, medio ambiente y patrimonio cultural (1999)

Empresa, cultura y medios de comunicación: el desafío de las nuevas tecnologías (2000)

La gestión del Patrimonio Histórico (2001)

Los Museos Públicos en el siglo XXI (2002)

Arquitectura, espacio urbano y calidad de vida (2003)

La cultura en el turismo (2004)

La cultura y el fenómeno migratorio actual (2005)

La dimensión cultural en la Unión Europea: impulsores y euroescépticos (2006)

La inmigración musulmana en la Europa actual: cultura y sociedad (2007)

Otras publicaciones

La alianza de dos monarquías: Wellington en España, 1988

Cuatro reinas hispano británicas en la baja Edad Media «Póker de reinas»,
D. Fernando de Ybarra y López-Dóriga, Marqués de Arriluce de Ybarra, 1995

La historia de dos Monarquías: seis siglos de relaciones hispano británicas,
D. Pedro Schwartz, 1996

Reflexiones de un peregrino anglo-español. Homenaje a Sir John Elliot, 1996



Fundación Hispano Británica

La Fundación Hispano Británica es una fundación privada con arreglo a la Ley 30/1994 de 24 de noviembre, recogida por Orden Ministerial de 26 de junio de 1988 (BOE 21.07.88) e inscrita en el Registro de Fundaciones Culturales del Protectorado de Fundaciones del Ministerio de Cultura, y con CIF G78101722.

Una producción de

© FUNDACIÓN HISPANO BRITÁNICA

Avda. Pío XII, 92 28036 Madrid

Tel.: 91 345 63 44

www.fundacionhispanobritanica.org

Diseño: María José Subiela Bernat

Impresión: YELTES, S.A.

Impreso en España. Printed in Spain

